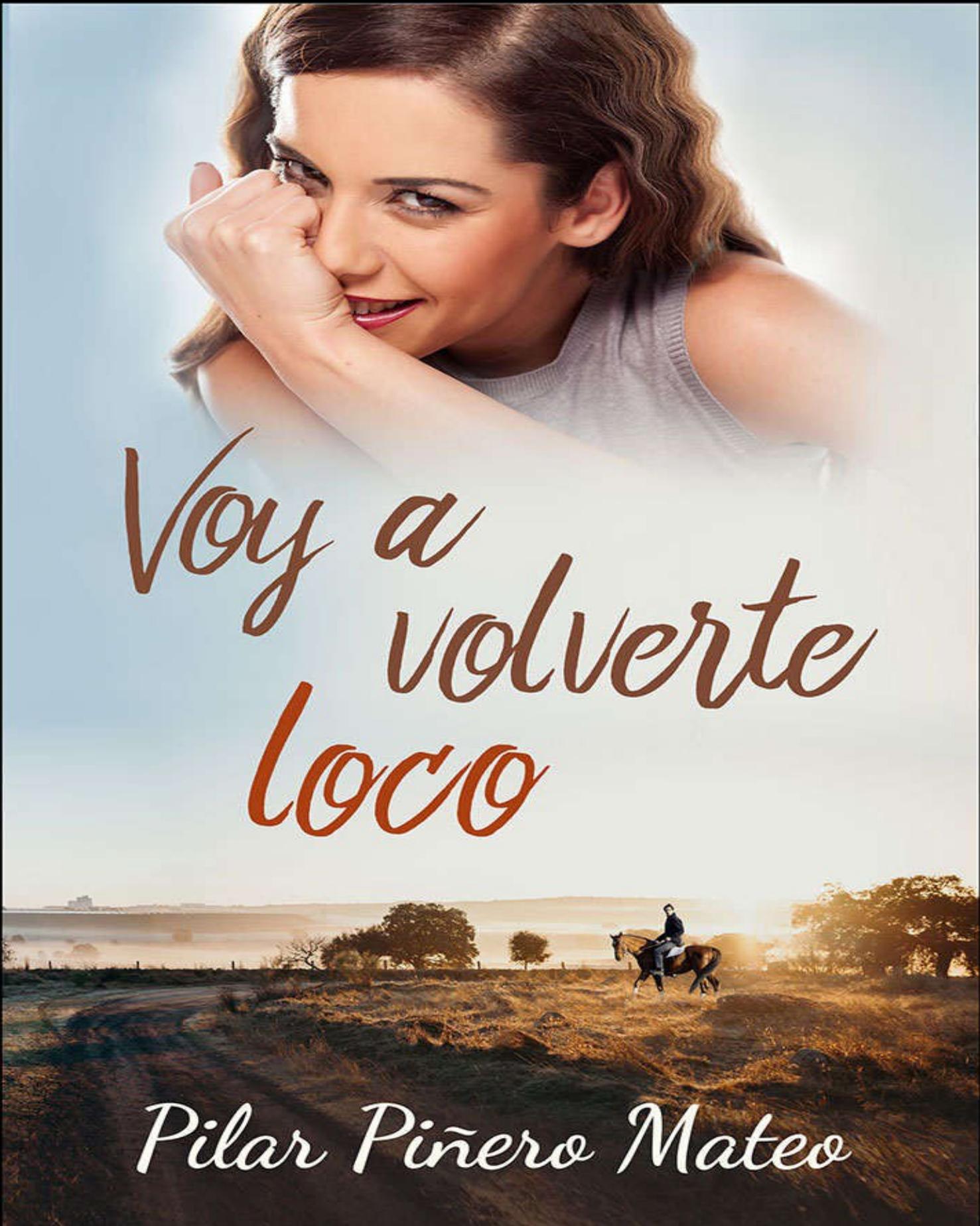


Selecta



*Voy a
volverte
loco*

Pilar Piñero Mateo

Voy a volverte loco

Pilar Piñero

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Ya vuelvo a llegar tarde: no me lo puedo creer. Es la segunda vez esta semana. Tengo que dejar de trasnochar. Me va a costar un disgusto en el trabajo y mil arrugas, y eso sí que sería una tragedia. Pero es que la lectura me gana cada noche. Soy una devoradora de libros, tal cual, sobre todo novela romántica y, si hay algo de picante, pues mejor. Me gusta Noé Casado, Megan Maxwell, Nadia Noor, Noelia Amarillo, Lena Valente, Fabiana Peralta, Anna Casanovas; hay muchas escritoras que me apasionan, por las historias que cuentan y por cómo lo hacen. Es divertido vivir otras vidas a través de la lectura, situaciones divertidas e intensas que sé que no voy a vivir, pero que me hacen olvidar la mierda de vida que tengo.

Lo primero: soy Eva, tengo 28 años, nací y vivo en Barcelona, y no tengo familia. Mis padres murieron en un accidente de coche junto con mi hermano. Yo fui la única superviviente. Me quedé sola con siete años y, desde entonces, me cuidó mi abuela María, que murió hace diez años.

Mis padres eran personas de buena posición económica y me dejaron un dinero que me ayudó a salir adelante cuando mi abuela murió y, gracias a ese dinero, también pude estudiar. Después de mucho pensar, me decidí por geriatría. Me gustan las personas mayores, sus historias de vidas tan distintas a las nuestras, de sus luchas, sus miedos, su sabiduría, y mi instinto protector me llevó a querer ocuparme de nuestros mayores. Cuando ya tenía el título y trabajo, estudié enfermería, soy una chica inquieta.

Trabajo desde hace ocho años en la residencia Alba; es un lugar precioso en el que se cuida a los ancianos como se merecen, con respeto y cariño, y donde se les ofrece todo el apoyo y los cuidados que necesitan en el último tramo de sus vidas. Hacerlos felices para mí es una prioridad.

Últimamente se rumorea que la cosa no va bien; la verdad es que se nota que falta material, pero no hay que ser alarmista; seguro que se soluciona. No me puedo permitir ser pesimista. Ese pozo oscuro y solitario me da miedo.

Mis ahorros menguaron bastante cuando mi abuela enfermó. Sin ella saberlo, pagué un dineral por tenerla ingresada en la clínica donde finalmente murió. Ella no tenía ni idea, y yo le decía que era de la Seguridad Social. Era una buena mujer, pero tacaña hasta decir basta. Nunca hubiera consentido que le pagara esa clínica. Y no solo fue su estancia allí, fueron las pruebas que le realizaron y las consultas médicas las que se comieron casi todo mi dinero y mi piso, el que me habían dejado mis padres. Lo tuve que vender para afrontar todos los gastos hospitalarios, así que cuando murió, me quedé un poco pobre, pero con la sensación de haber hecho todo lo que pude por ella.

Así que entre los estudios y cuidar de mi abuela, mi vida social ha sido y es, un desastre, bueno, simplemente no tengo. Tengo compañeras de trabajo, pero solo son eso: compañeras, y solo he salido con un chico, Román. Lo conocí cursando enfermería. Era cinco años mayor que yo. Nos hicimos amigos y, cuando ya estaba coladita por él y dispuesta a que me desflorara, descubro que el muy capullo estaba casado.

Después de ese desengaño que me dejó hundida, no he tenido ganas de repetir la experiencia y he mantenido alejado a todo maromo que ha intentado un acercamiento. Así estoy de coña, tengo mi curro, mi pisito de alquiler y mis libros. Mi mundo es seguro y eso me encanta.

Por fin llego a la residencia, solo diez minutos tarde.

—¡Buenos días, Sami! —saludo a la recepcionista mientras vuelo hacia los vestuarios.

—Buenos días, Eva, ¡me han dicho que en el descanso te pases por el

despacho de Germán! —Me paro de golpe. ¿El director quiere verme?

—Vale... esto. Gracias, guapa. —Ahora a comerme la cabeza toda la mañana.

A la hora del descanso, me cojo un café en el office y me voy para el despacho de Germán. La incertidumbre me ha tenido inquieta toda la mañana.

—¿Se puede?

—Pasa Eva, pasa y siéntate. —Germán es un hombre de unos sesenta años, tranquilo y amigable, es un buen jefe.

—Me has mandado llamar. ¿Pasa algo? —Estoy un poco escamada, lo noto más serio de lo normal.

—Sí, Eva, verás... no sé cómo decirte esto. Tu trabajo es impecable y no tengo ninguna queja, pero el consejo de dirección me ha mandado decirte... que estas despedida.

—¡¡¡¡¿CÓMO??!!!! —Me he puesto de pie como un resorte y más tiesa que la vara de un zahorí.

—Lo siento de veras; ya sabes que, aparte de ti, tenemos otro enfermero titulado, Paco, que hace el turno de tarde, pues el consejo ha decidido despedirte a ti, ya que Paco es padre de familia y su sueldo es el único que entra en su casa y tiene cincuenta años. Tú eres joven, soltera y con más posibilidades de encontrar trabajo. —Estoy alucinandooooo. ¿Qué mierda de excusa es esa?

—Pero, Germán, yo también como y tengo un alquiler. ¡Tengo que trabajar para poder vivir! Yo...

—A ver Eva, tú tienes más preparación académica y más posibilidades de encontrar un trabajo, ya que tienes dos carreras. Te pagaremos un buen finiquito y podrás arreglar el paro. —Joder, joder, joder.

—Ah... bueno, vale. ¿Cuándo acabo? —No sé qué más decir y me niego a mendigar.

—Pues, hoy mismo, lo siento, Eva. Sabes que te aprecio, pero son órdenes de arriba. —Parece hasta afectado, pero aquí la desahuciada voy a ser yo.

—Ya... lo supongo. —No me reconozco, con el carácter que tengo, y no soy capaz de decirle cuatro cosas bien dichas, pero ¿para qué? Germán es un mandado.

—Te llamaremos para que vengas a recoger el finiquito y los papeles del paro. Mucha suerte, Eva —Y me tiende la mano; se la acepto, claro.

—Gracias, adiós —Ahora sí que estoy en un lío. Mi economía no me va a permitir estar sin trabajar, y ya sé que por rollos de nóminas y retenciones, el paro que me pertenece va a ser de risa. Otra más Eva, otra más. ¿¡Por qué Señor, por qué!?

Hace ya un mes que me echaron de la residencia. Me llamaron y me dieron los papeles del paro y el finiquito, una MIERDA de finiquito. Veinte días por año y el paro que me ha quedado solo cubre gastos. No me puedo permitir ni el Canal+ y no encuentro nada. Estamos casi en verano y encontrar curro en esta época es difícil. Al final, me veo sirviendo copas, aunque no creo que dure demasiado. Soy patosa por naturaleza, mis manos son de papel, soy torpe y despistada. Solo sirvo para trabajar en lo mío, no soy una superviviente. No soy como las chicas de las novelas que leo; no sirvo para gran cosa.

Estoy mirando la tele cuando me suena el móvil. Me extraño porque no me suele llamar nadie. En realidad, mi lista de contactos es la más corta del mundo mundial.

—¿Diga?

—Hola, Eva, soy Germán. —Y a mí que me importa imbécil de mierda.

—Ah... hola.

—Te llamo para saber si ya has encontrado trabajo. —Que majo él.

—Pues no, está difícil la cosa.

—Ya... bueno, mira, tengo una oferta que te puede interesar. —Soy toda oídos, imbécil.

—¿Ah sí? tú dirás.

—Pues un amigo me ha comentado que un conocido suyo está buscando una enfermera particular. No sé demasiados detalles; solo que no es un señor demasiado mayor, pero hace una semana se cayó y necesitan ayuda con él.

—Bueno, puede interesarme ¿me puedes dar más datos? —Me levanto del sofá y me pongo a bailar. Tranquila, Eva, no puedes aparentar desesperación.

—Como te digo, no tengo demasiada información, pero te puedo dar un teléfono al que llamar si te interesa el puesto, les corre prisa Eva—volando que voy.

—Vale, dámelo; llamaré ahora mismo. Gracias.

—Me alegra poder ayudarte. Te lo mando por WhatsApp y dime algo, por favor.

—Claro, descuida. Muchas gracias. Adiós.

—Adiós.

—¡No me lo puedo creer! después de todo voy a tener suerte. Estoy ansiosa por llamar. En un minuto me manda el número de teléfono y llamo. Suena, suena, suena, suena... pero nadie responde; joder, si es que nada me puede salir a la primera. ¿¡Por qué, Señor, por qué!>? En ese momento de hundimiento personal, me suena el móvil, ¡joder, casi se me cae de las manos!

—¿Sí, hola? —Qué nervios.

—Hola, tengo una llamada perdida de usted. —Ay, ay, ay... que voz de alcoba, por Dios... y que acento tan sexi—. ¿Hola? —Habla, coño.

—Sí, sí, verá, soy Eva, el señor Gómez, Germán, me ha dicho que necesita usted una enfermera y me ha dado su número.

—Ah, ya... entiendo que usted es enfermera diplomada.

—Sí, además soy geriatra. He trabajado durante ocho años en la residencia Alba; puede pedir referencias si lo desea.

—No será necesario; el señor Gómez me ha llamado y me las ha dado — Mira que majete mi exjefe el gilipollas.

—Vale, pues, ¿podemos vernos para hablar del trabajo?

—Yo le doy los datos y usted se lo piensa —Que seco que es. Si no fuera

por su voz y su acento que me están nublando la razón, diría que es otro gilipollas.

—De acuerdo, usted dirá —Soy toda oídito, guapetón, porque esa voz no puede pertenecer a un feo; eso fijo.

—Verá, Paco tiene sesenta y nueve años. Está como un toro, pero se cayó hace una semana y me es imposible ocuparme de él como necesita. Se rompió la tibia. Usted tendría que ocuparse de él durante el día. Por la noche me ocuparé yo casi siempre, pero tiene que saber, que alguna noche también se tendrá que hacer cargo. —Andaluz, este tío es andaluz, ¡ja!

—Me parece bien. ¿En qué parte de Barcelona vive usted?

—¿Barcelona? Señorita, creo que no se ha enterado usted bien del puesto de trabajo. —Ahora sí que no lo entiendo.

—Perdóneme, no le entiendo.

—Vivo en Sevilla, se tendría que trasladar aquí. —¡A-lu-ci-no!

—¡SEVILLA! —Igual no lo he entendido bien.

—No grite, por favor, no lo soporto. —Uy, que se ha enfadaooooo.

—Lo siento, es que Germán no me dijo nada... está un poco lejos.

—Sí, un poco. ¿Le interesa o no? No puedo perder toda la mañana. —Ni yo tampoco soso guapetón.

—Ni yo. Me interesa saber más; me tengo que trasladar allí y necesito saber las condiciones económicas. —El quid de la cuestión.

—Claro... le pagaremos mil setecientos euros al mes; tendrá un día libre a la semana. Las noches que yo no esté y usted se tenga que ocupar de Paco, se la pagaré aparte y vivirá aquí en el cortijo con todos los gastos pagados. La duración del contrato dependerá de la evolución de Paco. Cuento seis meses mínimo. —A ver, a ver, ha dicho... ¿¡cortijo!?! Ji, ji, ji, ¿eso aún existe? Y el sueldo me ha dejado muda y encima sin gastos. En seis meses puedo hacer un buen rincón. Pa' Sevilla, que voy de cabeza.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo quiere que me incorpore?

—Pues la verdad es que la necesito ya —No me digas eso...

—Pues en cuanto compre el billete de avión, le digo la fecha exacta en la que apareceré por allí.

—Perfecto. Adiós.

Y cuelga el tío, y dicen que los andaluces son salaos, pues me ha tocado el más soso de todos. A eso me entra un WhatsApp con un número de teléfono y, al lado, su nombre, Salva, lo agrego y me vuelve a sonar.

SALVA:

Cuando sepa día de llegada, le ruego que me lo diga. Soy un hombre ocupado. La iré a buscar al aeropuerto y nos vendremos para el cortijo.

Ni abreviaturas ni emoticonos... ¡que aburridito eres, mi arma!

Juro que cada vez que pienso que voy a vivir en un cortijo me meo de la risa.

EVA:

Descuide, se lo diré ipso facto.

SALVA:

Bien. Adiós.

Y vuelve a cortarme. Creo que no me voy a llevar nada bien con este *señorito*, bueno, no adelantemos acontecimientos. ¡¡Me voy para Sevilla!!

Capítulo 2

Ya estoy aterrizando en Sevilla. El *señorito* me ha dicho por un WhatsApp de los suyos, que me espera fuera del aeropuerto, así que allá voy. Estoy nerviosa por verlo. Parece tan serio... por lo poco que lo conozco, me da la sensación de que somos como el día y la noche.

Salgo del aeropuerto con mi carrito cargado a tope y empiezo a mirar a un lado y a otro, pero no veo a... ¿a quién coño busco si no lo conozco? Eres de lo que no hay, chica. Tan distraída voy, que no veo que el señor que va delante de mí se detiene y me lo como literalmente. Choco con él, pierdo el equilibrio y acabo en el suelo despatarrada. Las maletas se caen del carrito y una me golpea la cabeza. ¡Me cago en tó! me duele tanto el culo y la cabeza, que hasta se me corta la respiración y el señor contra el que he chocado me dice de todo menos bonita, pero no me ayuda el muy capullo, sino que se marcha despotricando. ¡Anda y que te den.! No podría haber entrado con peor pie en Sevilla.

—Es usted Eva, ¿verdad? —Esa voz la conozco. Alzo la cabeza, porque aún estoy en el suelo, y lo veo. MADRE MIA, este tío es espectacular, muy alto, aunque lo esté mirando desde el suelo. Morenazo, ojos negros... habla, Eva, hija.

—Sip, ha acertado.

—Pues, si se levanta del suelo, nos vamos. —Este tío es guapo pero tonto, además de soso. Cada vez tiene más adjetivos calificativos y negativos.

—Eso quiero, pero es que me duele tanto el culito que no me puedo mover. ¿Sería usted tan amable de ayudarme? —le digo con ironía.

—Deme la mano. —Y me tiende una mano que parece una alfombra y se la cojo.

Cuando le cojo la alfombra, o sea, la mano, me recorre una corriente por el brazo que me hace hasta daño. Me levanta como si fuera una muñeca de trapo, de un tirón. Una vez en pie, me suelta de sopetón. Creo que él también la ha sentido. Se queda serio mirándome y yo sería también, aunque yo tengo la boca abierta y estoy babeando. Es guapo de verdad.

—Bueno, ya está de pie, andando. —Amontona todas mi maletas en el carrito y comienza a andar, yo aún sigo recogiendo las cosas de mi bolso que se han desperdigado por el suelo. ¿Cómo puedo llevar todo esto en el bolso?

—No tengo todo el día, ¿quiere darse prisa? —Joder con el *señorito* de los cojones.

—Que sí hombre, que ya voy. —Y sigo intentando meter las cosas en el bolso, pinta labios, gomas de pelo, una caja de tiritas, un tapón de cava (¿?), barra de labios, chicles, clínex... y de pronto se detiene y me mira serio.

—Tenemos una hora de camino hasta el cortijo, y ya he perdido una hora viniendo a buscarla, así que muévase. —Me entra la risa al escuchar «cortijo» y, cuando lo miro, se me corta de golpe. Me mira muy serio, primero a mí y luego a mi mano. Bajo la cabeza siguiendo su mirada y me doy cuenta de que sujeto un Támpax como si fuera lo más normal del mundo... que vergüenza.

—Sí... sí... lo siento; es usted un hombre ocupado. —Y guardo el Támpax. Frunce el ceño y lo sigo a toda prisa. Esta relación no ha empezado nada bien, no señor, nada bien.

El *señorito* tiene un Grand Cherokee negro precioso. Abre el maletero, que es más grande que mi piso, y guarda todo el equipaje como si no pesara nada. Ahora que lo puedo mirar bien, veo que está bueno de verdad. Lleva una camiseta blanca que deja ver unos bíceps de infarto. Tiene una pequeña protuberancia en el abdomen, pero hasta le queda bien. Está proporcionado.

Sus piernas son largas e intuyo que musculosas porque el pantalón está a punto de estallarle, y ante semejante espectáculo, un suspiro traicionero me sale alto y claro.

—¿Nos vamos? —¡Me ha pillao, fijo!

—Sí, claro... Esto... el... cortijo ji, ji, ji, lo siento, ejem... ¿en qué pueblo está? —Me mira enfadado. Es porque me he reído, ¡pero es que no lo puedo evitar! Y para mi desgracia tengo una risita nada discreta, me río con la «i» y a todo volumen.

—Está en Posadas, ¿había venido alguna vez a Andalucía?

—No, no he salido nunca de Barcelona. Me gusta mucho mi ciudad.

—Bien —Y se calla, que andaluz más soso por Dios.

—¿Viven usted y su padre solos en... su casa? —No quiero cabrearlo, así que no digo cortijo ji, ji, ji. Es que me parto.

—No. Julia es la cocinera y vive en una casita colindante con su hijo Marcos, que es el mozo.

—¿Mozo de qué?

—Pues del campo, de que va a ser. —Y resopla con fastidio. Este *señorito* está colmando mi paciencia.

—Perdone mi ignorancia, pero lo más cerca que he estado de un campo fue cuando fui a ver al Barça al Camp Nou. —Toma esa.

—Yo soy del Madrid —Sí, no podía ser de otra manera.

—Me alegro por usted.

—También se aloja a menudo en el cortijo Tomás, el hijo de Paco, aunque también lo hace en una casita colindante.

—O sea, su hermano.

—¿Hermano de quién? —Este tío es tonto.

—¡Pues suyo! —le digo exasperada.

—¿Mío? —Este tío es tonto, tonto.

—A ver, si usted es hijo del señor Paco, ¿digo yo que Tomás será su hermano no? —Me estoy exasperando de verdad.

—Pues no. Tomás y yo no somos hermanos porque yo no soy hijo de Paco, ¿lo entiende? —No soy tonta, chulito, solo me faltaba información.

—¡Ahh! pensé que el señor Paco era su padre. —Ahora sí que he metido la pata.

—Es que me ha criado y él me considera su hijo, pero no lo soy. —Uy, uy, uy, por la forma de decirlo, aquí hay algo.

—Vale, vale. ¿Es grande el rancho?

—Cortijo. —Ji, ji, ji.

—Vale, ¿es grande?

—¿Por qué se ríe cuando se menciona la palabra cortijo? —Ji, ji, ji.

—¡Ay! Perdona, de verdad, pero esa palabra me suena obsoleta, desfasada, del siglo XIX. No lo puedo evitar.

—Pues aquí se va a reír mucho, porque hay más cortijos que panes. —Ji, ji, ji pues anda que...

—Supongo que me acostumbraré. Hay luz y agua en el... cortijo, ji, ji, ji. Perdón. —Nos paramos en un semáforo y se gira para mirarme muy serio, claro.

—¿Usted que cree que es un cortijo? —Me mira fijamente, esperando mi risita, pero me controlo, no le voy a dar el gusto.

—Pues una casa de campo, rústica, rodeada de árboles y animales, como una masía.

—Una masía. Eso es una casona semejante a un cortijo. —Ji, ji, ji.

—Vale, pero ¿hay luz y agua? —Espero que sí porque no creo que este *señorito* esté dispuesto a ver mi pelo sin lavar por las mañanas.

—¡Que sí! es una casa, por Dios, ni más ni menos. —Vaaaaale...

—¿Quién limpia?

—Julia.

—¿Quién cocina? —Porque si espera que yo cocine algo comestible, va listo.

—Julia.

—Vale, ¿hay caballos?

—Sí.

—¿Y ovejas o cabras?

—Sí.

—¿Sí hay ovejas o sí hay cabras?

—¡JODER! ¿¡Quiere callarse de una maldita vez!? Cuando llegue mire todo lo que quiera y lo averigua usted sola, ¿de acuerdo? Y ahora, por favor, cállese, aprecio mucho el silencio. No me gusta llenarlo con cháchara inútil.
—Me ha dejado de piedra, ¡qué carácter!

Ni que decir tiene que no vuelvo a abrir la boca en todo el trayecto. Me entretengo mirando el paisaje, el de fuera y el de dentro. Me parapeto detrás de las gafas de sol para mirarlo con disimulo. Tiene una nariz larga, recta, bonita y la boca bastante grande. Es guapo, el jodido, pero estúpido hasta decir basta. Espero que Paco sea más simpático, si no vaya mesecitos me quedan por pasar.

Al cabo de una hora de silencio sepulcral, llegamos al cortijo —Ji, ji, ji—. El *señorito* no me ha preguntado si quería que parara en alguna estación de servicio, y mi vejiga está a un suspiro de vaciarse sin que yo pueda evitarlo.

Entramos por una verja enorme con unas letras de hierro que dicen «Los Chopos». Seguimos un camino de tierra con olivos a ambos lados, veo perros correr libremente. Me encantan los perros. Al fin puedo empezar a ver la enorme construcción, ¡joder con el cortijo! ya no me río. Esto es una mansión en mi pueblo. Es grande, pintado de blanco, con muchas ventanas y balcones con muchas macetas con flores de colores. Tiene tres plantas por lo menos, ¡es precioso!, pero tengo que mear yaaaaa.

—Perdone. Necesito urgentemente, un baño —le digo dando saltitos.

—Pues se espera, entra en la casa y va a uno de los ocho que hay —que gilipo... ¡¡¡¡ocho baños!!!! Joder, como la Preysler.

—No sé si voy a poder aguantar, de verdad que estoy un poco apurada. —
Resopla exasperado.

—Joder... ¿ve esa caseta de madera? pues dentro hay una letrina. —No quiero preguntar por qué no ha dicho lavabo y ha dicho letrina. ¿Qué coño es una letrina? Miedito me da, pero me dirijo hacia allí andando rápido y juntando bien las piernas para no perder mis aguas menores por el camino. Abro la puerta y veo un trastero lleno de herramientas y demás artilugios de campo... y en un rincón veo algo parecido a un banco, pero con una tapa, me acerco y veo que la tapa tiene un agarrador, lo cojo, lo levanto y veo un agujero negro, ¿esto es una letrina, aquí quiere que orine? Menudo desgraciado el *señorito*. Pues nada... la uso y salgo de allí horrorizada de haber sido capaz de poner mi trasero en semejante lugar. El muy desgraciado de Salva me mira divertido. Esta me la paga.

—¿Todo bien Eva? —Ahora me tutea el muy...

—Todo bien Salva. —Y le sonrío enseñándole toda mi piñata.

—Entra. —Juro que casi le hago el saludo militar.

Entramos y me quedo pasmada. El cortijo es muy bonito por dentro, espacioso y soleado, aunque decorado de una manera... tosca, las vigas le dan un aire antiguo, todas las paredes están pintadas de blanco y en el recibidor hay una gran escalera que sube al piso superior. En un lateral del gran recibidor hay una puerta por donde aparece una señora no demasiado mayor y nos sonrío. ¡Alguien que me sonrío, que bien!

—Buenos días preciosa, soy Julia.

—Hola, soy Eva, la enfermera.

—Bienvenida cariño, pasa a la cocina, hace un calor que se pueden freír huevos ahí fuera. Salva, lleva las cosas de Eva a su cuarto por favor. —Y se acerca a él y le da un beso en la mejilla, bueno, se lo da porque Salva se ha agachado, ya que la señora es pequeñita, pequeñita, ¡que mona!

Julia me cae bien al instante. Es simpática, alegre y vivaracha. Me dice que Paco está en el salón. Supongo que se refiere al comedor. Al rato aparece Salva con cara de «pomes agres» y me indica que lo siga, no con palabras, sino con un gesto tosco de cabeza. Nos paramos frente a una puerta maciza de

madera y la abre. Es una estancia muy acogedora e iluminada por grandes ventanales. Hay estanterías repletas de libros, un escritorio que parece muy antiguo y un gran sofá. Paco está sentado en una butaca leyendo. Lleva la pierna derecha enyesada, levanta la mirada y me sonrío. Me cae bien nada más verlo. Seguro que es de esas personas mayores con espíritu de joven.

—Hola, Salva, hola, chiquilla, acércate a saludar a este fósil.

—Hola, señor Paco, soy Eva. —Y le estrecho la mano.

—De señor, nada, Paco, solo Paco, y me tuteas. ¿Cómo ha ido el viaje? —
¡¡¡¡De mieerrrrrdaaaa!!!!

—Bien, Paco, gracias.

—Perfecto. Salva, hijo, siéntate con nosotros un rato.

—No puedo, tengo trabajo. Hasta luego. —Y se va, menos mal, juro que este tío me ahoga y siempre con la prisa, parece el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Perdona a mi hijo, es tosco y un poco huraño. —¡Qué vaaa!

—No pasa nada.

—Bueno, ya verás que, cuando lo conozcas, no es mal chaval, solo... bueno, en fin, como ves me he lesionado y tengo que estar aquí como un inválido. — No me pasa desapercibida la mirada de tristeza que ha puesto al hablar de Salva.

—¿Tiene usted una silla de ruedas para moverse?

—Sí, Salva me la consiguió el mismo día que me caí. —Qué majete él.

—Perfecto. ¿Y su habitación?

—¡Eres muy directa chiquilla! Ja, ja, ja. —Yo también me río. Es un cachondo—. Ahora me alojo en la habitación que hay en esta planta. Hay dos, por la noche Salva duerme en la otra, aunque la suya y la tuya están en la planta superior.

—Vale, ¿quieres preguntarme algo?

—Yo no lo llamaría preguntar. Quiero cotillear, ¿te parece bien?

—¡Claro! dispara. —Me lo voy a pasar bomba con él.

—¿Tienes novio?

—No. Nunca. Quiero decir que no, vaya, que no tengo novio. —Joder, Eva, un poco más y le cuentas que tienes el muro de Berlín intacto ahí abajo.

—No me lo puedo creer. No sé lo que la juventud de hoy día tiene en la cabeza, si yo fuera cuarenta años más joven, no te me escapabas, ja, ja, ja.

—Eres un cachondo, eso está bien, el buen humor te hará más llevadera la recuperación. Te lo tienes que tomar como un descanso, no sé, pero me da a mí que eres un culo inquieto.

—Pues sí, me está matando estar aquí sentado sin poder hacer nada.

—No te preocupes, ahora que estoy yo aquí, intentaré hacerte los días más agradables.

—¿¡En seriooooo!?! —Y pone una voz seductora, que truhan.

—Ayyyyy, Paco, eres todo un personaje...

Cenamos los cinco juntos en el comedor. Se nos ha unido Marcos, el hijo de Julia, es un chico de unos veinte años súper simpático. Todos hablamos y reímos, menos el ogro. Me siento cómoda siempre y cuando no lo mire, porque me observa serio. ¿Qué le pasará a este tío conmigo? Es joven aunque algo mayor que yo, pero parece... amargado. Me despido de todos y me voy a la cama. Estoy muerta.

Mi habitación es muy espaciosa, con una cama de matrimonio y un armario inmenso. Me han colocado un escritorio y unas estanterías que me irán geniales para colocar los libros que me he traído aparte del ebook. ¿Lo malo? que comparto baño con Salva, que tiene su habitación justo al lado de la mía, demasiado cerca para mi gusto, pero en fin, no estoy en un hotel.

Me ducho tranquilamente, me meto en la cama y en cero coma; ya estoy drogui.

Capítulo 3

Los días aquí se me pasan volando. Me levanto a las 7 y bajo a desayunar. Salva me da el parte de la noche de Paco; él se va y yo paso a ejercer.

Paco es un hombre sano y fuerte para su edad, solo lo ayudo a desplazarse y poco más. De su higiene y de vestirlo, se encarga Salva. La verdad es que es el mejor trabajo que podría imaginar. A mediodía, Paco se tira un rato a dormir la siesta y yo aprovecho para pasear por el cortijo, leer o hablar con Julia.

Julia es una mujer muy divertida; tiene 55 años, pero su vida no ha sido fácil. Se casó muy joven. Su marido no la trataba bien; vivía en Córdoba y, hace veinte años, se quedó en estado. Las palizas eran constantes y un día que casi la mata, lo abandonó y se vino a Sevilla. ¡Con dos bebés en brazos nada menos! Vio el cortijo y paró a preguntar si le daban trabajo, y Paco y su mujer la acogieron como a una más de la familia.

Su hijo Marcos se quedó aquí a trabajar, y su hija Laura estudia y vive en Jaén, cursa segundo de magisterio y se ha criado en esta casa como una hija más de Paco y hermana de Salva y Tomás, igual que Marcos.

De Tomás, solo me dice que es abogado en Sevilla, tiene 35 años y es soltero, y por como habla Julia de él, me da que no le cae muy bien. Cuando habla de Salva, en cambio, se le ilumina la cara y me entero de que tiene 32 años y no me cuenta nada más; cuánto misterio.

Las primeras semanas aquí en Los Chopos, las paso un poco desubicada, pero poco a poco, me voy haciendo a la rutina, al entorno, y decido investigar lugares. Doy paseos por los alrededores. Descubro un riachuelo, grandes extensiones de tierra de olivos y árboles gigantescos. Este lugar es precioso. Un día me decido a ir a las cuadras: son enormes. Hay por lo menos veinte caballos a cuál más bonito. Me llama la atención uno negro, precioso.

—Hola, guapo, eres precioso. Otro día te traeré un terrón de azúcar —le digo tocándole el hocico.

—Ni se te ocurra. —El *señorito* ha aparecido de la nada.

—¡Joder, que susto! —He dado un salto que casi me subo al caballo.

—No hace falta gritar. —Este tío es gilipollas, confirmado.

—Me has asustado, podrías avisar que estabas aquí.

—Trabajo aquí; tú en la casa. No le des nunca azúcar a un caballo. Si quieres ofrecerle algo, que sea una zanahoria o una manzana.

—Vale, ¿tiene nombre?

—Si te fijas, hay un cartel en cada cuadra. Esos son sus nombres. —Este hombre hace que me sienta tonta.

—Ah... no lo había visto. Me voy. *Adeu*. —No lo soporto más; mejor me largo de aquí.

—¿*Adeu*?

—Perdona, quise decir adiós; *adeu* es en catalán.

—Ah. Oye, esta noche tienes que encargarte de Paco. Debes dormir en el cuarto que está al lado del suyo, ya cambié las sábanas. —Mira tú, que apaño.

—Vale, ve tranquilo. Que te vaya bien. —Y me largo.

Paco se acuesta sobre las 11 y yo me salgo un rato al jardín de atrás para leer. Julia también se ha ido a su casita y estoy aquí sola, esto es increíble, el silencio, las estrellas, que relax, pero la puerta de la casa se abre de golpe y hace que pegue un bote que hasta hace que se me caiga el libro de las manos. Es Salva. Está muy guapo, con un tejano negro y una camisa blanca remangada

hasta los codos, ¿dónde irá a estas horas y con quién? ¿Tendrá novia?

—Eres muy asustadiza niña. —¿¡NIÑA!?

—Y tú muy sigiloso, *señorito*, pareces un ladrón. —Me mira muy serio. Igual me he pasado, pero es que me saca de quicio.

—Ve ya para adentro; no es seguro que te quedes aquí sola, y hecha el pestillo.

—¿¡Qué quieres decir!?! ¡Yo no hecho peste, ese serás tú! —Ahora sí que me he cabreado. Me pongo en pie y lo encaro, bueno solo le llego por el pecho, pero me pongo chula.

—¡¡Pero qué coño dices!! No te he insultado. Te digo que eches el pestillo, la balda, el cerrojo —¡Pestillo, pestillo! Vaya palabra para decir cerrojo.

—Ah, es que a veces no entiendo lo que decís, tenéis unas expresiones que...

—Pues vete haciendo a las expresiones de aquí que ya toca. Adiós.

Me quedo de piedra, siempre está irascible. Salta por todo, aunque solo conmigo. No le caigo bien, estoy convencida. Cuando nos sentamos a comer o cenar casi no habla, solo si se dirigen a él directamente y me mira, me mira mucho y serio. Le hago caso y entro en la casa y cierro el «pestillo» del demonio.

Cuando llevo unas horas durmiendo, un ruido me despierta sobresaltándome. Alguien ha entrado en la casa. Me levanto con cuidado de no hacer ruido y me dirijo a la cocina. Oigo otro ruido, este en el pasillo. Me asomo con cuidado acojonada, perdida, y veo un enorme cuerpo apoyado en la pared. Entonces me fijo bien y veo que es Salva, borracho como una cuba, deduzco por cómo se tambalea intentando subir las escaleras. Dudo en si acercarme, pero veo que está a punto de caerse y corro para ayudarlo.

—Salva, espera que te ayudo. —Intento pasar un brazo por su cintura, pero me empuja.

—Déjame, joder. No necesito ni tu ayuda ni la de nadie. —Huele que marea, a alcohol, sudor y... ¿perfume de mujer? Barato, eso sí, pero es perfume de mujer. Vaya juerga que se ha corrido este.

—A ver, *señorito*, déjame ayudarte a subir las escaleras o vas a despertar a Paco. Agárrate a mí.

—¿Eres sorda o qué? Déjame en paz. Eres muy pequeña para ayudarme. Vete, joder. —Pero no le hago caso y, en un tropiezo, lo cojo y por fin acepta mi ayuda.

—Hueles muy bien, enana. —Desde su altura me huele el pelo, majadero.

—Pues tú hueles fatal, «mitja merda».

—No entiendo lo que dices. Eres guapa o es que estoy un poco borracho, ja, ja, ja. —Un poco dice el muy capullo.

—Tú camina y calla. Como pesas, tío. Vaya fiestecita te has corrido, a la próxima me apunto.

—Nop, tú no puedes venir. Las niñas no pueden entrar.

—Vale, vale. —Abro la puerta y lo hago tumbarse en la cama. Se deja caer como un saco. Le quito los zapatos y lo dejo allí que duerma la mona.

Me vuelvo a la habitación y me meto en la cama. Que tío más raro.

Cuando voy a desayunar a las siete y media, me encuentro a Salva en la cocina bebiendo agua, ¡resacón, resacón!

—Buenos días —lo saludo divertida.

—Buenos.

—Tendrías que tomarte algo para el dolor de cabeza.

—¿Cómo dices? —me dice serio; bueno, como siempre.

—Ya sabes el dicho: «noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno», ji, ji, ji. —Me mira más serio aún.

—No he pedido ni tu opinión ni tu consejo.

—Pues si no llega a ser por mí, hubieras amanecido en el rellano de la escalera. —Me estoy cabreando, el muy desagradecido.

—No tendrías que haberte metido. Soy perfectamente capaz de lidiar con una borrachera; no necesitaba tu ayuda.

—Pues yo creo que sí, pero nada... no te preocupes; la próxima vez te dejaré que te las apañes tu solito así te partas la crisma. —Me levanto cabreada.

—Lo he hecho toda mi vida, así que no te metas. —¡Será posible el tío!

—Pero ¿ja ti qué coño te pasa conmigo!? Solo intentaba ayudarte. Eres un prepotente y, para ser un hombre de más de treinta años, pareces un adolescente inconsciente. Ibas como una cuba y seguro que condujiste hasta aquí, y por el olor que hacías a alcohol y a... —Casi se me escapa lo del perfume. Estamos los dos de pie y él se acerca más a mí.

—¿A qué, niña? —Uyyyyyy, se ha acercado hasta que casi nos rozamos. Me estoy poniendo nerviosa y me habla con un tonito de prepotencia.

—A todo, a alcohol, a sudor y a perfume de mujer barato. —Ala, ya se lo he soltado.

—Pues si no te gusta, otro día no te acerques... niña —sisea.

—Vete a la mierda «cap de suro» —le digo con el mismo tonito y me giro dispuesta a irme, pero me agarra del brazo y me vuelve a acercar a él.

—¿Qué coño me has llamado? —Parece un ventrílocuo, juro que tiene los dientes tan apretados que parece que la voz no viniera de él. Me dan hasta ganas de reír, pero me controlo.

—Que te vayas a la mierda. —Ay que me estoy pasando.

—Lo otro. —Por cierto, ¿que ojazos tiene el *señorito*!

—Aprende catalán y lo sabrás.

—Eres una...

—Buenos días. ¿Qué pasa aquí? —Julia acaba de entrar en la cocina y nos mira seria.

—Nada. Me voy a trabajar. —Huye cobarde.

—Que pases un buen día. —Y lo saludo con la manita deseándole el peor dolor de cabeza del mundo.

—¿Qué ha sido eso Eva?

—Nada... uf, no sé qué le pasa a este chico conmigo, de verdad; es tan irascible y desagradable.

—Bueno, es especial. Tiene sus cosas, pero es muy buen chico, eso no lo dudes. —Lo dudo, lo dudo.

—Puede que lo sea, pero conmigo se comporta como un idiota. Sé que es mi jefe, pero no lo puedo sufrir.

—Dale tiempo. Es algo seco con la gente en general. Ven a sentarte y acábate el desayuno. —Le hago caso porque me siento agotada.

—Julia. ¿Salva tiene novia?

—No, bueno, la tuvo, pero de eso ya hace tiempo. No te puedo contar nada de eso; son cosas suyas. —Así que el *señorito* tiene secretitos, interesante...

—Vale. Voy a ver a Paco. Creo que Salva se ha ido tan enfadado, que ni siquiera lo ha ayudado a vestirse.

—Ya voy yo si quieres...

—Soy enfermera y geriatra. Estoy acostumbrada, pero gracias, eres un amor, Julia.

Y, a partir de ese día, me doy cuenta de que Salva me esquivo. Ya no lo veo en la cocina desayunando y no come con nosotros. Una mañana, estoy con Paco jugando a las cartas en su despacho cuando entra un hombre que se parece bastante a él. Deduzco al instante que es Tomás, su hijo.

—Hola, papá, ¿cómo te encuentras? —A mí no me dice nada, pero me mira muy serio.

—Bien, hijo, ¡ya era hora de que vinieras! —le reprocha.

—Sabes que estoy muy ocupado. —Entonces me tiende la mano.

—Soy Tomás, el hijo de Paco.

—Yo soy Eva, la enfermera de su padre, encantada.

—Muy bien. Pareces de fuera.

—Sí, soy catalana.

—Vaya. pues esto te debe parecer otro planeta. —¡Uno que me entiende!

—Un poco al principio, pero ya me voy acostumbrando.

—Mejor, bueno, voy a la cocina a comer algo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando Paco se retira a dormir la siesta, salgo al patio trasero y me estiro en una tumbona a leer. Al cabo de un rato sale Tomás.

—¿Te molesta si me quedo un rato contigo? Esta casa a mediodía está tan muerta como siempre.

—No, claro que no.

Y así empezamos a conversar. Me cuenta cosas de su vida en la capital, de su trabajo, y yo me sorprendo contándole cosas mías. Es fácil hablar con él y yo estoy muy necesitada de interactuar. Esa rutina se repite cada mediodía durante los días que Tomás está aquí. Él me hace reír, es divertido, amable y educado. No es guapo, pero tiene algo que le hace atractivo y carismático.

Algunos días paseamos, otros jugamos a las cartas, pero me empiezo a dar cuenta de que a veces se acerca demasiado para mi gusto, o me acaricia el brazo como con descuido... No seas malpensada, Eva, ni que fueras Beyoncé.

Una tarde que estamos los dos en el patio jugando a las cartas y riendo, aparece Salva y se queda muy serio mirándonos. No nos dice nada, solo nos saluda con la cabeza y se mete en la casa. No lo entiendo, aunque no sean hermanos, los veo muy distantes. Salva y Marcos conversan a menudo animadamente. Los he visto/observado/espionado muchas veces, pero entre estos dos pasa algo.

Tomás me ha invitado a cenar en el pueblo. Paco me dijo que me fuera tranquila. Me arreglo lo mejor que puedo, con unos pantalones cortos tejanos y una camiseta que me deja un hombro al aire. Hace un calor sofocante. Me veo guapa y estoy contenta porque hace años que no salgo. Cuando abro la puerta del baño, me encuentro a Salva esperando.

—Perdona si he tardado, todo tuyo—pero al pasar por su lado me agarra del brazo.

—Ten cuidado.

—¿Qué?

—Tomás no es lo que parece, ten cuidado, no te fíes de él.

—Déjame. —Y me suelto de su agarre—. Solo voy a comerme un bocadillo

por ahí. No seas paranoico.

—Mira, solo es un consejo. Conozco a Tomás, y tú, no.

—Sé cuidarme solita, gracias y adiós. —Me he puesto borde, pero es que me exaspera. Anda y que le den.

La noche va de maravilla con Tomás. No ha intentado ningún acercamiento y me he sentido muy relajada. Nos hemos reído mucho, hemos cenado, paseado por Triana y volvemos a casa bastante tarde. Nos despedimos como buenos amigos y nos vamos a dormir.

A la mañana siguiente, cuál es mi sorpresa cuando me encuentro a Salva en la cocina después de no verlo por aquí en semanas.

—Buenos días —lo saludo seria.

—Buenos días. ¿Lo pasaste bien anoche? —me pregunta sin mirarme, que cotilla el tío.

—De maravilla, gracias. —Y yo no lo miro a él tampoco, pa' chula, yo.

—Eva...

—Que tengas un buen día. —Y lo dejo con la palabra en la boca. Paso de su sarcasmo, de sus advertencias y de su persona.

Capítulo 4

Una mañana cuando entro en la cocina, oigo a Julia que canturrea.

—¡Vaya, hoy alguien está contenta! —Y le doy un beso como cada mañana.

—Sí, estoy feliz. Hoy viene mi niña. Pasará aquí unos días; estoy muy contenta de poder tenerla aquí.

—Me alegro mucho, por fin voy a conocerla.

—Te caerá bien, es muy buena niña.

—Eso seguro, con una madre como tú, no puede ser de otra manera.

Y tenía razón: Laura resultó ser una niña simpática y preciosa por dentro y por fuera. Fue un soplo de aire fresco para mí. Laura vino a Los Chopos con su propio coche, y eso nos permitió algunas salidas lejos del cortijo. Paco está muy contento de tener a su ahijada en casa y quiere que nos lo pasemos bien.

Una noche, Salva me dijo que tenía que encargarme de Paco porque él iba a salir. Me dispuse a bajar a su habitación para decirle que esa noche era yo su centinela.

—Paco, ¿puedo pasar?

—Claro, chiquilla, no vas a ver nada que no hayas visto ya.

—Solo quería decirte que esta noche me quedo yo contigo.

—Pero Laura me dijo que esta noche os ibais a Sevilla a cenar.

—Será otro día, Salva va a salir. —El muy capullo sabía de nuestros planes,

pero se lo pasó por el forro y me dijo que esta noche se iba él.

—De eso nada. Tú y Laura os vais a ir ahora mismo. Yo ya estoy en la cama y sabes que no me despierto en toda la noche, mi vejiga aún aguanta diez horas sin protestar.

—No, Paco, y si...

—Y si nada, vete, tú tenías planes; era Salva el que se tenía que quedar, pero también lo entiendo, sois jóvenes. Vete, no me hagas sentir un inútil absoluto. Anda, vete.

—¿Seguro? —Tengo mis dudas, pero unas ganas de salir con Laura.

—Que sí, pesada.

—Vale. ¡Gracias! —le doy un beso y me voy.

Aviso a Laura y en media hora nos montamos en el coche y nos vamos a Sevilla. Es una ciudad preciosa y alegre. ¡Me encanta! Cenamos a base de tapas de chocos, carne mechada y en salsa y tortilla de papas, todo regadito con una buena cerveza, una «milnos» como la llaman aquí. Cuando salimos, decidimos ir a bailar a un puf en Triana. Dejamos el coche en un parque cercano y vamos caminando. Las calles están repletas de gente; es alucinante la vida que tiene esta ciudad. Hace una noche estupenda y me estoy divirtiendo mucho; me siento genial.

Nos paramos en una calle para cruzar y veo a lo lejos a alguien que me es familiar, esa espalda, esos andares. ¡Coño, es Salva! Se lo digo a Laura y decidimos seguirlo cual marujas cotillas. Va solo y vemos que entra en un edificio. Nos acercamos y vemos que es un portal muy lujoso, está abierto y al fondo hay un patio típico andaluz con una fuente en medio. Decidimos entrar muertas de curiosidad. Cuando ponemos un pie en el patio, sale a nuestro encuentro una mujer guapísima, alta, rubia, delgada y con un vestido que deja poco a la imaginación.

—Hola, niñas, creo que os habéis equivocado de lugar. —Nos dice sonriéndonos amablemente.

—Es que buscamos a alguien —dice Laura.

—Aquí no se busca a nadie, «mi arma»—nos dice muy simpática.

—¿No podemos pasar? —insisto.

—Esto es un negocio donde las niñas no pueden entrar; es un local para caballeros.

—¿Para caballeros? —Qué machistas, ¿no?

—Sí, SOLO para hombres, es un local de citas niñas, ja, ja, ja—¡¡¡Ahhh, ahora caigo, vaya, vaya, con el *señorito*ooo!!!

—¡Vaya! vale, lo sentimos, disculpe las molestias. Adiós. —Y agarro a Laura para salir volando de allí.

—¡Niñas! Sois muy bonitas, si alguna vez necesitáis trabajo, venid a hablar conmigo, soy Triana. —Anda, anda, que ya le vale a la madama.

—Muchas gracias, adiós. —Y salimos volando de allí.

—Eva, no he entendido nada —Que inocente es Laura.

—Verás, ese lugar es una casa de putas.

—¿¿¿Quééé!!?? pero ¿cómo puede ser? ¿Y qué hace Salva en un lugar como ese?

—Pues imagínatelo Laura: pagar por sexo.

—Pero no lo entiendo. Salva no...

—Laura, Salva es un hombre y a los hombres les van esas cosas.

—Ya, pero él...

—Yo también he alucinado, pero en fin. Anda, vamos de fiesta.

Alucinada es poco, me quedé fuera de juego, ¿por qué un hombre guapo y joven recurría a un lugar como ese? ¿No es capaz de ligar con mujeres normales? ¿No tiene amigos para salir? Qué misterioso era aquello. Aunque, pensándolo bien, con el humor que se gasta, no creo que sea capaz de ligar ni un resfriado.

Después del incidente en la casa de citas, la noche nos va genial. Cuando llego a casa a eso de las cuatro de la mañana, voy a ver a Paco, que duerme plácidamente, y me voy en dirección a la habitación de al lado, entro a oscuras y me siento en la cama, pero allí ya hay alguien. Doy un grito y me caigo de

rodillas en el suelo e intento gatear para escapar, pero un cuerpo se pone tras de mí y una mano me tapa la boca. Aún estamos a oscuras.

—Calla la puta boca. —¡Es Salva! maldito idiota. Su susurro me provoca un escalofrío, una sensación extraña me recorre entera.

—¿¡Se puede saber qué haces tú aquí!? —le susurro con los dientes apretados.

—Y ¿se puede saber por qué no estabas tú? Te dije que te quedabas tú con Paco y luego, y está solo. —Está enfadado y eso que ha folla...

—Pues es que Laura le dijo que íbamos a ir a Sevilla e insistió en que nos fuéramos. —Me lo quito de encima, me pongo de pie, enciendo la luz y veo su cara de puro cabreo.

—Pues que no vuelva a pasar. Te pagamos para que Paco no se quede solo. Si yo no estoy, tú te quedas, ¿entendido? —La he pifiado, pero bien.

—Vale, entendido. Lo siento, él insistió y... —cada vez me hago más chiquitita.

—Me da igual, que no vuelva a pasar o te largas. Ahora vete a tu cuarto. — Su tono de voz me tiene acojonada.

—Claro, lo siento. —Y salgo de allí cagando leches y a punto de llorar porque, aunque me duela reconocerlo, tiene razón.

A la mañana siguiente, cuando estoy desayunando sola en la cocina, entra Laura con la cara desencajada y, al verme, se queda clavada en el suelo; está muy colorada y juraría que está a punto de llorar.

—¿Qué te pasa Laura, estás bien? —Me preocupa.

—Sí... sí, es que, nada, he dormido mal, algo no me sentó bien anoche. —Y en ese instante entra Tomás en la cocina y mira fijamente a Laura. Esta agacha la mirada y se gira para prepararse el café. Aquí pasa algo y no es nada bueno.

—Buenos días chicas —habla por fin Tomás.

—Buenos días —decimos a la vez, aunque el saludo de Laura es casi

inaudible.

—¿Qué pensáis hacer hoy? —nos pregunta Tomás.

—Pues íbam... —Laura me interrumpe abruptamente.

—Yo tengo que ayudar a mi madre, os dejo. Adiós. —Me quedo helada; hoy íbamos a pasar la mañana en el rio porque Julia se iba a quedar con Paco, pero parece que Laura ha cambiado de opinión ¿Qué le ocurre?

—Bueno, yo voy a hacer unos mandaos a Sevilla, hasta luego Eva.

—Hasta luego. —Todo muy rarito la verdad.

Pues ya que no tengo planes, me voy a casa de Julia para avisarle que me encargaré yo de Paco y de paso a ver si veo a Laura y me entero de qué le pasa.

—¿Julia? —la llamo entrando en la cocina de su casa. Es una casita preciosa y la tiene muy coqueta.

—¡Hola, Eva! mi madre y mi hermana están en el salón, me voy a currar. Adióóóó.

—Adiós, Marquitos. —¡Que chaval más majo!

Me voy para el salón y, cuando estoy cerca, empiezo a oír unas voces.

—¡Ya basta, Laura! Lo debes de haber interpretado mal, no seas malpensada.

—Pero, mamá, de verdad que ha sido como te lo he contado. —Laura está llorando.

—Se acabó. Estas personas son nuestra familia. Tu hermano y yo vivimos aquí con ellos todo el año. Son las mejores personas que he conocido nunca. Me acogieron llevando dos niños de pañales y, gracias a eso, tenemos una buena vida, tú estudias y...

—Mamá, por favor, te lo juro. —Ya no puedo mas y entro en el salón.

—¿Se puede saber que pasa Laura, Julia? —Están las dos sentadas en el sofá y Laura está hecha un mar de lágrimas.

—Nada, Eva, una riña de madre e hija.

—No me lo ha parecido. Laura, sé que te ha pasado algo con Tomás. ¿Te ha reñido?

—No, bueno, ay... —Y empieza a llorar de nuevo a moco tendido. Me acerco a ella y la abrazo.

—Julia, esta mañana Laura ha entrado en la cocina con la cara desencajada y detrás ha entrado Tomás. Yo en ese instante ya he sospechado que había pasado algo. ¿Me lo explicas Laura?

—¡He dicho que no ha sido nada y se acabó! —Nunca he visto a Julia tan enfadada—. Esta conversación se acaba aquí, ¿me has oído, Laura? ¡¡Laura!!

—Joder con la Julia, ¡que grito!

—Sí, mamá. No pasa nada, Eva. Me quedan pocos días aquí y los tenemos que aprovechar. Vayamos al río, venga, gorda. —No me convence, pero Julia está muy molesta y dejo el tema, por ahora.

—Claro. Adiós Julia.

—Adiós, niñas. —Y le guiño un ojo en señal de paz.

Han pasado dos días desde el disgusto de Laura y no hemos vuelto a hablar del tema.

A Salva tampoco lo he visto esta mañana después de esquivarme durante tres días, y solo ha aparecido un segundo y medio para decirme que esta noche me toca hacer de centinela. Así que, a las diez más o menos, me bajo al cuarto y me estiro a leer. Me quedo dormida casi al instante. En medio del sueño oigo una voz que me llama, no sé si estoy soñando. No, no es un sueño. ¡Alguien me llama!

—¡Eva, Eva! —¡Es Paco! Me levanto corriendo y voy para su cuarto.

—Paco ¿qué te pasa?

—No te asustes, chiquilla, pero es que la pierna me duele mucho desde que me acosté.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Déjeme verla. —Y cuando se echa la sábana para atrás, en seguida veo que algo no va bien. La pierna que el yeso deja a la vista está completamente morada e hinchada.

—La tengo como dormida.

—No tiene buen aspecto, Paco, tenemos que ir a urgencias. Necesitamos una radiografía para saber lo que te pasa, pero estoy casi segura de que es una infección. Voy a llamar a una ambulancia.

—Joé. —Pobre.

—Tranquilo, Paco, todo va a ir bien.

En media hora, la ambulancia sale del cortijo hacia el hospital. Laura nos sigue con el coche y ni Salva ni Tomás responden al móvil. Estoy preocupada porque la pierna de Paco no pinta bien. Llegamos al Virgen del Rocío y, al ser enfermera, me dejan entrar con Paco.

Al cabo de una hora y media tenemos el diagnóstico: tiene una infección en la herida que le ha provocado una inflamación y una descolocación del hueso. Esta misma noche lo operan; es urgente, ya que puede derivar en una septicemia.

Vuelvo a llamar a Salva y le dejo otro mensaje, este más desesperado. Esto me está afectando mucho, pero es que, aparte de mi abuela, nunca he tenido un lazo sentimental con un paciente y es que a Paco lo considero algo mío, le he cogido cariño y me parte el alma verlo así. El diagnóstico es grave; no es ninguna tontería.

Como no puedo localizar a Salva, le digo a Laura que vuelva a Los Chopos y que me traiga algunas cosas para pasar la noche en el hospital. Con las prisas no he cogido nada.

A los veinte minutos de marcharse Laura, aparece Salva. Lo veo andando apresurado por el pasillo, pero que guapo es el condenao, pero también es un gilipollas y me va a oír.

—Ya era hora, joder, ¿se puede saber por qué no contestabas?

—Lo siento, no he oído el móvil, es que yo...

—Sí, ya sé, tenías los pantalones quitados, ¡pues la próxima vez dejas el puto móvil al lado de la cama! —Las lágrimas no me dejan ver, estoy fuera de mí.

—Oye, no te pases. —Me agarra del brazo y me lleva a un rincón. Estamos dando un espectáculo—. Lo que yo haga en mi tiempo libre no te importa una mierda, y te recuerdo que te pago para que lo cuides. Lo has hecho muy bien y te lo agradezco, pero es tu obligación. —Ya no puedo más. Esto ha sido demasiado.

—Sí, lo es. Pero tú eres un ser odioso y prepotente. Pregunta por el doctor Arán, él te dirá el diagnóstico de tu padre. Hasta mañana.

Me largo de allí en contra de mi voluntad, pero sé que si no me voy, la voy a liar. No entiendo su actitud tan soberbia e insensible. Cojo un taxi en la puerta del hospital que me lleva a Los Chopos. Veo que hay luz en la casa. Entro arrastrando los pies. Estoy destrozada física y mentalmente. En cuanto entro, me doy cuenta de que algo no va bien. Tengo una sensación extraña, un presentimiento. Me quedo quieta en la cocina a la espera de algo, no sé de qué, y entonces un grito me pone los pelos de punta. No sé hacia dónde ir, pero otro grito me hace ponerme en marcha. Salgo corriendo hacia el despacho de Paco y lo que veo al abrir la puerta me hiela la sangre: Laura está desnuda de cintura para arriba, está llorando, gritando y pataleando para quitarse de encima a su agresor que la tiene tumbada sobre el escritorio de Paco. No me lo pienso y me tiro a la espalda del cabrón que la está atacando.

—¡¡¡Nooooo!!! ¡Déjala, cabrón, déjala!

Colgada de su espalda, lo golpeo, lo muerdo, lo arañó, pero el hombre es fuerte y de un codazo me tira al suelo y me doy un golpe en la cabeza. Quedo aturdida un momento, pero la adrenalina me pone en pie y vuelvo a la carga. Esta vez Laura también reacciona y entre las dos, logramos apartarlo de ella. De pronto el hombre se gira y me quedo muerta, no puede ser él. ¡Es Tomás! Laura coge su blusa que está totalmente desgarrada y se la pone por encima intentando taparse. Lloro desconsolada, la abrazo y me encaro con él.

—¡¡¡Eres un cabrón de mierda!!! ¿Cómo has podido hacerle una cosa así? ¡¡Es como tu hermana maldito bastardo!!

—¡¡Yo no he hecho nada malo, atontá!! ¡¡Ella me ha seducido y ahora se hace

la digna, lleva todo el verano detrás de mí!! —Se pasa una mano por la cara, pues le hemos hecho unos cuantos arañazos. Los ojos le tendríamos que haber sacado.

—¡¡Nooooo!! ¡Eso no es verdad!, Eva, no es verdad. —Y llora desesperada, maldito cabrón. Su cara ha cambiado por completo, no es el Tomás amable y simpático que cenó conmigo y que conversaba conmigo de forma amigable en el patio. Salva tenía razón: se ha transformado. Su cara es de malvado; es el demonio en la tierra.

—Ya lo sé, cariño, tranquila. Y tú más vale que te vayas. Cuando se entere tu padre y Salva de lo que le has hecho, vas a tener que llevarte de España, echando leches, tu culito de cabrón.

—¿¡Pero tú que te crees, niñata de mierda!? ¿Crees que mi padre va a creer a una niña consentida y a una histérica como tú? Y Salva, ja, ja, ja, Salva está demasiado ocupado yendo de putas y visitando a su mujercita loca en el manicomio. Esto se va a quedar aquí, ¿¡me oís!? Porque si decís algo, la que lo va a pagar va a ser Julia y el niñato, así que... yo he interpretado mal las señales y punto. ¿¡¡Habéis entendido!!? —Madre mía, ¡pero que dice este loco!

—¡Y una mierda! esto se va a saber porque...

—¡No Eva! No, no diremos nada, pero no vuelvas a acercarte a mí. —Está temblando y tiene la mirada llena de terror.

—¡Pero, Laura! —Ella aprieta mi mano, y me callo.

—Veo que nos entendemos. Aquí no ha pasado nada y todo sigue igual. Bocas cerradas niñas, estáis advertidas. —El muy psicópata sonríe y sale del despacho acomodándose la ropa como si nada hubiera pasado.

—Tranquila, Laura, ya ha pasado, tranquila. Vamos a mi cuarto. Te dejaré ropa limpia para que te duches. Voy a llamar a tu madre para decirle que esta noche duermes conmigo. Vamos.

Cuando, una vez duchadas y más tranquilas, nos tumbamos en la cama, me cuenta que Tomás la abordó cuando entró en la casa para buscar mis cosas y

me confirma que el día de mis sospechas —en efecto, acerté—, pasó algo parecido a esto, aunque no llegó a agredirla.

Ese tío es un cerdo, un acosador y me entero de que la amenaza que hizo tiene fundamento. Resulta que Tomás es un pez gordo en Sevilla: es abogado de un bufete muy importante y tiene muchos contactos. Entonces me viene a la cabeza lo que Julia me contó sobre que abandonó a su marido, y Laura me confirma que la amenaza seguro que va en esa dirección, seguro que a su padre le encantaría encontrar a Julia para saldar cuentas. Entiendo su miedo, pero creo que no deberíamos ceder a su chantaje porque presiento que, tarde o temprano, esto nos va a estallar en la cara.

Hay otra cosa que no me deja dormir, Tomás ha dicho que Salva ¡iba a ver a su esposa al manicomio! No sé si es cierto o desvariaba... Qué raro es todo aquí.

Capítulo 5

La operación de Paco ha salido bien, pero la recuperación va a ser larga y dolorosa. Le han puesto unos clavos externos, para asegurar que el hueso se suelde bien. Su estado de ánimo habrá decaído bastante, pero yo voy a cuidarlo y a sacarle esa alegría que lleva dentro y que tanto necesita esta casa de locos.

Laura, y yo no hemos dormido demasiado. Me voy para el hospital en un taxi; tengo muchas ganas de ver a Paco, ningunas de ver a Salva, pero es lo que hay.

—¿Se puede?

—Hola, mi niña, pasa, alégame la vista. —Ese es mi Paco.

Entro en la habitación y veo a Paco. Tiene buena cara, no tanto Salva, que me mira como si fuera un demonio. Está claro que no ha olvidado lo de ayer, bien, yo tampoco.

—¿Cómo está mi chico preferido? —Me acerco y lo beso en la mejilla.

—Ya ves, Robocop me llaman ahora. Me duele mucho. —Pobrecito, parece un niño.

—Deja que vea la medicación que te han puesto y hable con el médico. Aunque ya he llamado esta mañana y he hablado con él, me quiero asegurar de que todo está bien. Ahora vengo.

—Vale, muchacha, aquí te espero ja, ja, ja. —Que cachondo es—. Por cierto, ¿has visto a Tomás? Es que no ha venido a verme...

Me quedo paralizada unos segundos al oír el nombre de Tomás. Mi mirada se va automáticamente hacia Salva, que me mira interrogante. Si no disimulo, este sospechará algo, así que me recompongo y contesto a Paco con una sonrisa.

—No lo he visto, pero lo he oído irse esta mañana. Ahora vuelvo. —Antes de cerrar la puerta oigo a Paco:

—Este chico... tiene la sensibilidad de un tomate. —Pobrecillo.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación, Salva está solo.

—Se han llevado a Paco a hacerle una radiografía.

—Lo sé, si todo sale bien, mañana nos lo podremos llevar para casa. Pues, yo me ocuparé de él como si estuviera aquí.

—Creo que es demasiado pronto para echarlo.

—No lo echan, le dan el alta porque yo soy enfermera y me tiene para él solo.

—Vale, lo que tú digas. Me voy a tomar un café.

Ni siquiera me ofrece uno. Con este tío, no hay manera.

La radiografía ha salido bien y si no tiene fiebre durante la noche, mañana nos vamos para casa. Ya llevo aquí cinco meses y, a causa de esta operación, me quedan aquí siete u ocho meses más por lo menos. Estoy a gusto, no me quejo. Solo me amargan la vida Salva y Tomás. Este último se ha ido esta mañana con su maleta y su cochazo. No me extraña, a ver cómo iba a explicar los arañazos que le dejamos en la cara Laura y yo.

Cuando se acaba la hora de visita en el hospital, Paco nos dice que se quiere quedar solo esa noche.

—Paco, por favor...

—Hijo, no soy un niño, estoy rodeado de médicos y enfermeras.

—Paco, yo me quiero quedar. —No me apetece nada quedarme en el cortijo con el *señorito*.

—¡He dicho que no! No duermo tranquilo viéndoos sentados en esa butaca. Quiero descansar y solo lo podré hacer si estoy solo, joé, que ya peino canas,

iros, por favor.

—Vale, lo que tú quieras, pero te dejamos el móvil. Cualquier cosa nos llamas. Eres un cabezón —le dijo la sartén al cazo.

—Pues tú eres igual que yo ja, ja, ja —le dice Paco divertido a Salva.

—Lo que tú digas, hasta mañana. —Le da un beso y sale de la habitación, otro taxi que voy a tener que pagar.

—No me voy tranquila... estoy acostumbrada a estar despierta de noche, no me molesta quedarme...

—No es tu obligación quedarte conmigo, yo no...

—Paco, si quiero quedarme, no es como enfermera. Me importas mucho y te tengo mucho cariño. —Y empiezo a llorar.

—Ya mi niña, ya. —me abrazo a él. Hace mucho tiempo que nadie me abraza y lo necesitaba de verdad—. Pa' mí también eres importante. Eres una niña estupenda y ya te has adueñado de un cacho de mi corazón. Anda, no llores que ya estoy moqueando. Vete al cortijo y descansa que mañana te voy a necesitar.

—Gracias por todo, Paco. Descansa y cualquier cosa me llamas. —Lo beso y salgo de allí. Como me suponía, Salva no está por ninguna parte, así que cojo otro taxi.

Cuando llego a Los Chopos, Julia ya se marcha y me comenta lo que ya sé: que Tomás se fue esta mañana para Sevilla, y respiro tranquila, maldito bastardo. Cada vez que pienso en lo que intentó hacerle a Laura, se me remueven las tripas. Salva no aparece; me quedo sola en casa, mejor.

Me ducho y me meto en la cama, estoy agotada.

Me despierto sobresaltada, he tenido una pesadilla, por Dios, parecía real. Veía a Tomás consumir su ataque contra Laura, y yo no podía hacer nada. Era como si unas manos invisibles me retuviesen pero, de repente, esas manos ya no eran invisibles y quien me sujetaba era Salva, seguro que he gritado con todas mis fuerzas, porque tengo la garganta dolorida. He sudado lo más grande, así que decido ir al lavabo a refrescarme.

Todavía estoy aturdida por la pesadilla, así que entro en el lavabo sin darme

cuenta de que ya hay alguien dentro.

Cuando abro la puerta me quedo MUERTA. Salva está desnudo de espaldas a mí y yo he perdido las piernas y el cerebro. Me quedo clavada en el suelo, ¡que espectáCULO!

—¿Qué pasa niña, no sabes llamar? —Este está otra vez mamao, debe tener el hígado al jerez.

—Lo... lo siento, no sabía... yo pensaba... —Joder, Eva, ¡qué bien disimulas! Ay que se da la vuelta.

—Ya, bueno y ¿te gusta lo que ves? —Síííí.

Ahora está frente a mí, todo desnudo, todo mojado, todo. ¡Ay madre! Se acerca más, lentamente, sin quitarme la vista de encima.

—¿Y bien? contesta catalana, ¿te gusta lo que ves? —¡MATAME, CAMIÓN!

—Déjate de tonterías, vístete. —Pero me agarra del brazo muy fuerte.

—Creo que sabías que estaba aquí, y que has venido buscando algo...

—Suéltame. Estás borracho. —Me está asustando, parece como ido. Tiene los ojos muy rojos y me está apretando el brazo demasiado fuerte.

—Sip, y tú cachonda, lo veo en tus ojos. Llevas demasiado tiempo aquí solita, o bueno... quizá Tomás y tú... —Ahora sí que la ha cagado.

—¡Cállate, estúpido! Yo no necesito nada ni de ti ni de nadie, y suéltame ahora mismo o te doy una patada en las nueces.

—Ja, ja, ja, me parece que tú y yo lo podríamos pasar bien. —¡Pero este tío quien se cree que es!

—¿Tú y yo? Y dime... ¿tu mujer estaría de acuerdo? —Se me ha ido la boca totalmente. No debí decirlo, pero es que me ha cabreado, me ha asustado y el brazo lo tengo triturado. Él se queda quieto, tenso y muy, muy serio. Me suelta bruscamente. Creo que la he cagado; tengo miedo de su reacción y quiero salir de aquí.

—¿Qué coño has dicho? —dice lentamente siseando muy cerca de mi cara.

—Solo quiero irme, déjame, por favor. —Empiezo a llorar a lágrima viva.

—Te lo vuelvo a preguntar ¿¡¡qué-has-dicho!!? —me chilla con la cara

desencajada; estoy asustada de verdad.

—Lo... lo siento, nada, no he dicho nada. Solo quiero irme a dormir, por favor —sollozo, pero él ni se inmuta.

—Ha sido el mierda de Tomás, ¿verdad? ¿secretitos de alcoba tal vez?

—Ya te he dicho que no he tenido nada con ese tío, déjame por favor.

—Tú no sabes nada de mí ni de mi vida. Solo eres una señoritinga de ciudad que siempre lo ha tenido todo, seguro que tus papis te dan todos los caprichos, como lo de venir aquí, ¿verdad? Voy a ver paletos, a reírme de ellos.

—¡¡NOOOO!! Eso no es cierto, ¡tú no sabes nada, no me conoces! Si no fuera porque aprecio a Paco, me iría ahora mismo de esta casa. Eres un ser despreciable, egoísta, engreído y déspota. ¡No vuelvas a dirigirme la palabra en tu puta vida! —estoy chillando y llorando como una posesa y se queda perplejo con mi reacción.

Lo empujo tan fuerte que consigo moverlo y salgo de allí llorando a lágrima viva. Me voy a mi cuarto y cierro la puerta con el pestillo del demonio. Me meto en la cama, me siento fatal por lo que me ha dicho, pero también por lo que le he dicho yo, no debí hacerlo, pero han sido tantas cosas las que me han pasado en dos días, que exploté, aunque él ayudó bastante.

Decido que a partir de ahora, no pienso dirigirle la palabra. Me da igual que sea mi jefe, que me despida, que se vaya a la mierda. Esto se nos ha ido de las manos y hay que pararlo YA.

Capítulo 6

Me levanto temprano, llamo al hospital y me ponen con el médico, que me informa que Paco ha pasado buena noche y que no hace falta que vayamos a buscarlo, que una ambulancia lo traerá al cortijo, ya que al llevar las sujeciones exteriores no podía ser trasladado en un coche. Me parece genial, ya que así no tengo que pedirle el coche a Laura.

Bajo a desayunar sin pasar por el lavabo, me voy al de abajo. Cuando me desnudo para meterme en la ducha, me veo un morado que me abarca todo el brazo. Ese tío es una bestia, a ver como lo disimulo. Llevo manga corta y se tapa un poco. Si no te fijas bien, parece solo un golpe.

Me pongo a desayunar y, cuando ya parecía que me iba a salvar, Salva entra en la cocina, serio, como siempre. Ninguno dice nada. Supongo que ya habrá llamado a Paco y sabrá que viene de camino.

—Eva, siento lo de anoche. —¡¡¡Perdonaaaaa!!! Ahora es la mía, me va a escuchar.

—Sí que debes de sentirlo. Óyeme bien, si vuelves a intimidarme de esa manera, te denuncio. No quiero hablarte, no quiero verte, no quiero saber nada más de ti. Yo voy a hacer mi trabajo y ya está. A partir de esta noche, yo me haré cargo de Paco y no aceptaré ni un euro extra. Me trasladaré a la habitación de abajo definitivamente hasta que acabe el trabajo y no me sentaré a comer con vosotros, lo haré sola cuando me apetezca. Esta es tu casa y yo he venido a trabajar y eso voy a hacer.

Y salgo de la cocina temblando de los nervios que acabo de pasar, pero orgullosa de mí misma. Le he plantado cara y la verdad es que ha sido hasta gracioso verle la expresión de asombro. ¡Se ha quedao pasmao, toma ya, *señorito!*

Al cabo de una hora llega la ambulancia que trae a Paco. Estoy feliz de verlo y a él se le ilumina la cara, ya vuelve a estar en su amado cortijo.

Después de comer, nos sentamos un rato en el patio trasero.

Cuando me estiro para colocarle la pierna, mi morado queda a la vista.

—¡Pero muchacha! ¿cómo te has hecho ese morao tan feo?

—Ah esto. Soy bastante torpe, y este es el resultado. —Me lo tapo lo mejor que puedo y nos sentamos al fresco.

—Y dime, mi niña, ¿cómo ha ido por aquí? —Genial Paco, ¿sabías que tienes unos hijos que son unos despojos humanos?

—Bien, todo tranquilo y mejor ahora que estás aquí. Te he echado de menos. —Y se lo digo de corazón. Paco se está convirtiendo en el padre que no tengo y tanto necesito.

—Bueno, mi niña, pues ya me tienes aquí. Dime una cosa que me ronda por la chota. ¿Tú no has dejado a nadie en Barcelona? Es que esto se está alargando y me da apuro alejarte de tu familia tantos meses.

—Ah. No te preocupes; soy huérfana de padres. Me crie con mi abuela, pero ella también murió. Nadie me espera.

—Oh, cariño... cuanto lo siento. ¿Quieres contarle a este viejo chocho tu historia? Después si quieres, te cuento yo la mía.

—Vale. —Hasta me apetece sacar algo de mierdecita de dentro.

Esa tarde le abro mi corazón por completo a Paco; se lo cuento todo, hasta lo de mi muro de Berlín. Se ríe con ganas el muy caradura. A partir de este día estoy segura de que mi relación con Paco se afianzará aún más si cabe.

Me habla de Concha, su mujer, el amor de su vida. Me cuenta que Los

Chopos fue una herencia de su tía abuela y lo mucho que tuvo que trabajar para que fuera como es hoy en día, de lo mucho que les costó concebir a Tomás y lo bien que lo pasaron intentándolo, de la llegada de Julia al cortijo, de cómo ella y Concha se hicieron amigas y lo mucho que se querían, de sus sentimientos hacia Marcos y Laura. —Si el supiera—. Y, por último, me habla de Salva.

Resulta que en tiempos de la aceituna, cogían temporeros y uno de ellos, venía con su mujer embarazada. El hombre no les gustó desde el principio, pero les dio pena la mujer, así que lo contrataron. La aceituna pasó, pero el matrimonio se quedó, y la mujer dio a luz a Salva, pero la cosa no fue bien y ella murió en el parto. Sospecharon que el padre de Salva maltrataba a la madre, pero hace treinta años era algo a lo que no se le daba demasiada importancia. Así que cuando el hombre se vio viudo y con un bebé, les dijo que se iba de allí y que no quería al niño. Concha y él ni se lo pensaron, arreglaron los papeles y lo adoptaron. Lo criaron como a su propio hijo, ya que estaba con ellos desde que nació, pero Tomás nunca lo aceptó y cualquier momento era bueno para recordarle que no eran hermanos, algo despreciable, por cierto. Por eso, y todo y que era hijo suyo, respiraron aliviados cuando Tomás con diecinueve años, decidió dejar el cortijo y trasladarse a Sevilla.

Cuando Salva tenía veintitrés años, Concha enfermó de una larga y dolorosa enfermedad. Para cuidarla, contrataron a una enfermera, Elena, una criatura angelical por dentro y por fuera. Elena cuidó de Concha durante toda su enfermedad y, mientras tanto, ella y Salva se enamoraron y empezaron una relación. Cuando, tres años después, Concha murió, la relación ya estaba consolidada y decidieron casarse e instalarse en el cortijo. Durante dos años todo fue perfecto y gracias a Elena, tanto Paco como Salva, fueron superando la dolorosa pérdida de Concha, pero algo pasó. Elena se quedó embarazada y a partir de ahí dejó de ser la mujer angelical de antes, se volvió taciturna, siempre quería estar sola y poco a poco se fue alejando de todos. Una tristeza la fue consumiendo poco a poco, y Salva, por mucho que lo intentó pues la

amaba con locura, no logró llegar hasta ella para salvarla del pozo en el que se había sumergido.

Una mañana la encontraron en su habitación con las venas abiertas. Los médicos pudieron salvarla a ella, pero el bebé murió. A partir de ese día y hasta hoy, Elena permanece ingresada en un sanatorio, ida, ausente. Aquella pérdida y el estado de Elena sumieron a Salva en una constante tristeza que hasta hoy, cuatro años después, lo sigue acompañando.

Ahora entiendo muchas cosas y supongo que Salva me trata así por ser enfermera: le debe traer malos recuerdos. En fin, yo no puedo hacer nada, pero soy tan tonta que hasta me da penita el *señorito*.

Cuando estamos hablando de cosas menos intensas, sale Salva al patio. Estoy enfadada con él, pero no puedo negar lo guapísimo que se ve sudadito y manchado de barro y todo. ¡Aixx, Diosito lindo!

—Hola, hijo, siéntate un momento, quiero comentarte algo.

—Vale, hoy el calor es insufrible. —Y se sienta a mi lado.

—¿Cómo es que vas tan lleno de barro? —le pregunta Paco.

—No es nada, es que Marcos es un poco torpe —dice Salva.

—Ja, ja, ja. ¡Esta juventud! Aquí tenemos otro ejemplo de torpeza. Mira tú el cardenal que se ha hecho esta mujer en el brazo, enséñaselo, niña. —Ostia, ahora sí que se va a liar.

—No hace falta, solo es un golpe.

—Eva, déjame ver ese golpe —me dice Salva muy serio y, por no liarla delante de Paco, me levanto la manga. Su cara cambia al instante. Veo como aprieta los dientes, alarga la mano y me pasa el dedo por la marca que me dejaron sus dedos.

—¿Te duele? —lo ha dicho tan flojito que casi ni lo oigo; parece afectado de verdad.

—No, no me duele nada. Paco vamos para dentro, creo que deberías estirarte un rato. —Paco nos mira serio, como intuyendo que aquí pasa algo.

—Sí, será mejor. Estoy un poco chafao con esta calor.

—Sí, sí, ejem yo también me tengo que marchar, hasta luego —dice Salva algo incómodo por la situación.

Ayudo a Paco a sentarse en su silla y me dispongo a entrar en la casa cuando Paco vuelve a llamar a Salva.

—¡Hijo! lo que quería decirte es que creo que a Eva le iría bien distraerse un poco y moverse, que se le va a poner el culo como un pan, ja, ja, ja. Bueno, en fin que ¿por qué no la enseñas a montar? —¡¡¡¡Pero que dice este loco!!!!

—No, Paco, no hace falta, de verdad, mi culo puede crecer todo lo que quiera, no me importa. —Uy, uy, uy que apuro por favor.

—Estaré encantado de enseñarle. —¿¡Pero qué dices, so' chalao!?

—Bueno ya veremos. —Huyeeeeee.

Esa tarde pasa Laura a despedirse, debe regresar a Jaén. Me parte el corazón, pero el verano se acabó y a finales de septiembre se tiene que incorporar a las clases. He compartido con ella más charlas y confidencias que con nadie en mi vida. Se ha convertido en mi mejor amiga y la voy a echar un montón de menos. Prometemos hablar cada día y me quedo en Los Chopos más sola que la una.

Pasan las semanas y ni he vuelto a hablar con Salva ni he montado a caballo, ¡¡Ja!! Él sigue con sus salidas nocturnas. Lo oigo llegar a las tantas de la madrugada y borracho, como no, pero me mantengo en mi cuarto quieta y calladita, que se las apañe.

Una tarde que Paco y yo estamos jugando al ajedrez. Este me sorprende con una pregunta.

—Eva, ¿tú me llevarías a un sitio?

—Claro, si puedo coger un coche, te llevo donde quieras. Ahora que te han quitado las sujeciones y los clavos, podemos salir un poco. ¿Dónde quieres ir?

—Quiero ir a Sevilla, al sanatorio donde está Elena ingresada. Desde que

me rompí la pierna, no he ido a verla y ahora no puedo ir solo.

—Ah, vale, pero ¿no tendrías que preguntarle a Salva?

—No, él sabe que voy a menudo.

—Lo digo por mí, mira, creo que no le gustará que yo vaya. Díselo a él, seguro que te lleva.

—Tonterías, él no tiene nada que decir. Siempre está ocupado y tú eres mi cuidadora. No pediremos ningún coche. Pepe nos llevará, es un amigo mío del pueblo que tiene un taxi. Lo llamo ahora mismito y esta tarde tú y yo tenemos una cita, ja, ja, ja. —Ay... que me huelo problemas.

A las cinco, llega Pepe que resulta ser tan simpático y pillín como Paco. Me cuentan sus correrías de jóvenes y el camino hasta Sevilla me lo paso riendo con las ocurrencias de ambos.

Llegamos al sanatorio, Pepe nos esperará fuera. Es un edificio enorme. Me sorprende que las enfermeras no lleven uniforme ni bata. Van vestidas de calle, supongo que así se ven más cercanas de cara a los enfermos. Nada más entrar, se acerca una señora; se llama Luisa y es la directora.

—¡Pero, Paco, quillo! ¿Qué te ha pasado?

—Ya ves, me caí como un saco y me rompí la tibia.

—Ay, madre... bueno, pues tranquilidad que te conozco. ¿Y esta chiquilla tan guapa?

—Es Eva, se ocupa de mí, pero también es mi amiga, y no pienses mal, eh, ja, ja, ja.

—Que cachondo eres. Encantada, Eva, vamos, os acompaño a ver a Elena.

—¿Cómo se encuentra?

—Bueno, tú ya sabes que su estado es irreversible, aunque tenga momentos de lucidez, pocos, pero a veces ocurren. Por lo demás está bien. Salva vino ayer a verla, últimamente se altera un poco con su visita, más de lo normal pero, bueno, seguro que se alegra mucho de verte, vamos.

Empujo la silla de Paco por un pasillo interminable. Reconozco que estoy algo nerviosa por conocer a Elena, ¿y si reacciona mal al verme? Llegamos a

una puerta. Luisa la abre con una llave y entramos.

La habitación es espaciosa y es bastante acogedora, a pesar de ser un hospital. Elena está sentada de espaldas a nosotros, mirando por la ventana.

—Elena, mira quien ha venido a verte, es Paco y viene con una amiga se llama Eva.

Ella se gira lentamente y nos mira. Su cara no expresa nada pero, de pronto, sonrío tímidamente. Es una chica muy guapa, aunque se la ve envejecida y lo que me llama la atención son sus ojos, vacíos, parecen de cristal, su sonrisa es una mueca en una cara que parece de porcelana.

—Hola, ¿me peinas? —Joder, me lo ha dicho a mí.

—Anda, ve —me anima Paco.

Me acerco poco a poco y es ella misma la que me da el cepillo. Empiezo a peinarla; se lo hago despacio y ella cierra los ojos.

—Me gusta tu pelo —me susurra.

—Y a mí me gusta el tuyo —le digo.

—¿Me haces una trenza? Siempre me han gustado y a Salva también. Seguro que le gusta cuando me la vea.

—Claro, te haré una trenza. Estarás muy guapa.

—Eva, no le puedes hacer nada en el pelo que necesite horquillas o gomas, está prohibido —me advierte Luisa.

—No pasa nada, no lo necesito. Elena, te voy a hacer una trenza preciosa.

Me pongo manos a la obra, y le hago una trenza de raíz que me queda muy bien, para atársela, utilizo un mechón de su propio pelo, cuando acabo le acerco un espejo para que se vea.

—Mira lo guapa que estas.

—Sí, me gusta. Tú también eres muy guapa. ¿Me dejas peinarte? —Miro a Luisa que asiente y sale de la habitación.

Me siento y ella empieza a peinarme con mucha dulzura. No quiero ni pensar con que pelos voy a salir de aquí, porque cuando peinas con un cepillo un pelo rizado, el resultado es que pareces un asterisco.

—Elena, hija, ¿cómo estás? —le pregunta Paco.

—Bien, ¿Qué te ha pasado, papá? —Me sorprende que le llame así.

—No es nada hija, me caí.

—Y ¿quién te cuida?

—Me cuidan Salva y Eva. Ella es enfermera como tú. —De pronto para de peinarme y noto como se tensa.

—¿Conoces a Salva? —Se ha detenido por completo y ahora se dirige a mí. Estoy muy nerviosa.

—Sí... cuida muy bien de Paco —digo insegura.

—Ya. ¿Vives en el cortijo? —Ay madre.

—Sí, sí, es un lugar precioso —intento distraerla.

—No, no quiero volver. Me gusta estar aquí, segura. —¿Tiene miedo del cortijo?

—Claro, Elena, nosotros vendremos a verte otro día si tú quieres —le digo.

—Siempre podéis venir. Y me vuelves a peinar.

—Claro, y tú a mí.

—Bueno, hija, tenemos que irnos. Recuerda que te queremos. —Paco la abraza. Ella no lo hace pero sí que la veo cerrar los ojos como emocionada. Ahora me toca a mí despedirme, pero no sé si abrazarla o no.

—Adiós, Elena. —Y se acerca a mí para que también la abrace. Tampoco me abraza, pero me susurra algo al oído.

—Ten mucho cuidado con el halcón y cuida de Salva. —Entonces se gira y se vuelve a sentar, de espaldas a nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Paco. No he entendido a qué se refería con lo de tener cuidado con el halcón y no sé por qué, pero no se lo digo a Paco.

—Me ha agradecido la trenza. Vamos.

Llegamos a Los Chopos a la hora de la cena. Salva no está por ningún lado; cenamos y nos vamos a dormir.

Al día siguiente, acompaño a Paco al hospital; las radiografías son normales y la verdad es que respiro aliviada, aunque aún no puede usar las muletas, solo la silla y con cuidado.

Después de comer, Paco se echa a dormir y yo me estiro también un rato, pero no llevo ni diez minutos en la cama, cuando oigo el teléfono de la casa. Sé que Julia no está a esa hora, así que me levanto para cogerlo.

—¿Sí?

—Eva, soy Tomás. —Me quedo helada, ni siquiera le contesto—. Dile a mi padre que llegaré mañana y pasaré el fin de semana en el cortijo. —Joder, otra vez aquí.

—Vale.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, niña? —Ahora sí que le contesto.

—No, solo que no pienso gastar ni una gota de mi energía en hablar contigo.

—¡Vaya con la mosquita muerta! Veo que sigues con las uñas fuera, pero tenemos un trato y espero que cuando esté ahí, disimules lo suficiente para que mi padre y el bastardo no sospechen nada, o me vas a conocer de verdad.

—Adiós.

Y cuelgo. Me tiemblan las piernas. Esto va a ser muy difícil. Puede que mañana me coja el día de fiesta. No he hecho ninguno en todos los meses que llevo aquí, pero es que ¿para qué, donde iba a ir?, pero ahora sí tengo un motivo para salir.

A la mañana siguiente, como siempre hacemos Paco y yo, salimos a dar un paseo y, al volver a casa, veo el coche de Salva. Nos sentamos en el patio trasero y en ese instante sale a nuestro encuentro y, por su cara, diría que está mosqueado de verdad.

—Hola, hijo, ¿cómo va la cosa?

—¿Se puede saber por qué fuiste ayer a ver a Elena con Eva?

—¿Cómo querías que fuera, solo?

—La próxima vez me lo dices a mí; ella no pinta nada allí.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Ya te lo he dicho: ella no pintaba nada allí —dice señalándome con el dedo. Me las piro pero ya.

—Mejor os dejo solos. —Pero Paco me coge de la mano y hace que vuelva a sentarme.

—Alto ahí, hijo, cuando yo era niño el mar muerto solo estaba enfermo, así que no voy a dejarme mangonear ni por ti ni por nadie, quise ir y eso hice.

—No te estoy diciendo que tú no vayas.

—¡Basta! me apeteció ir y le pedí a Eva que me acompañara. Si no te gusta, te aguantas. Elena estuvo tranquila en todo momento: habló, se dejó peinar por Eva e incluso la peinó a ella. No entiendo que te pongas así. No tienes motivos. —Paco está muy enfadado.

—Cuando he ido hoy estaba alterada, diciendo que no quería volver aquí, que Eva estaba en peligro y un montón de chorradas más. —Se parece bastante a lo que me insinuó a mí.

—Eso es por su enfermedad. Eva no tiene nada que ver. Elena estuvo a gusto e incluso le pidió que volviera a verla. —Salva me mira serio y se mete en el cortijo sin decir nada. Tengo que hablar de esto con él.

—Paco, voy a buscar algo fresquito, ¿qué te apetece?

—Cianuro con limón, hija —me dice abatido.

—Paco, tranquilo, ¿vale? ya se le pasará. Ahora vuelvo, pero solo con limonada.

Entro en la cocina y me encuentro con Salva que me mira con los ojos entornados.

—Siento que te haya molestado que acompañara a Paco; él me aseguró que no pasaba nada. Lo siento. —Se pasa la mano por el pelo y echa el aire de forma lenta.

—Eva, estás trastocando mi mundo. —¿Ein?

—No volverá a pasar —le contesto, aunque no sé bien a que se refiere.

—Sí que volverá a pasar, tu sola presencia en esta casa trastoca mi mundo. —Trastoco mucho, ¿no?

—Pues si es así, lo siento. Me quitaré del medio todo lo que pueda para que no me veas. Yo tampoco quiero verte a ti. —Cojo la limonada de la nevera. Cuando voy a coger los vasos, noto que se pone tras de mí. Puedo sentir su cuerpo pegado a mi espalda y yo no me puedo mover y no sé tampoco si quiero.

—Si no te veo, es aún peor. Yo vivía muy tranquilo aquí y, en cuanto te vi en el aeropuerto, supe que me traerías problemas. —Madre del amor hermoso, que calor. Está oliendo mi pelo y ha puesto sus manos en mis caderas. Entre nosotros no cabe ni el bigote de una gamba.

—Yo... yo... no... no hago nada. —Los dos susurramos.

—Lo haces sin darte cuenta, aunque no te vea, aunque no oiga tu voz, tu risa, solo con pensar en ti, me hierva la sangre. —Y se restriega contra mí. Soy virgen pero no tonta y sé que eso duro que noto en mis lumbares no es una azada.

—Déjame, por favor. —Me cuesta respirar y a él también se le nota la respiración acelerada.

—No puedo, Eva, no puedo.

El ruido de la puerta de la cocina hace que, por fin, me libere y, cuando me giro, veo que es Tomás, ha visto algo, seguro, porque sonrío maliciosamente.

—¡Vaya, mira quienes están aquí la mar de juntitos!

—No inventes; Eva no llega a coger los vasos y se los he bajado. —Coño, ¡pero si es verdad! Tan nublada tenía la razón con su frote, que no me he dado ni cuenta de que me ha dejado dos vasos delante de mis narices. Así que los cojo y decido salir volando de allí. Pero, cuando paso por delante de Tomás, este me habla.

—Eres muy mal mandá, no le diste el recado que te pedí a mi padre. —Ni siquiera me he acordado, es verdad, pero si espera una disculpa ¡va listo!

—Soy enfermera, no secretaria, hasta luego. —Salva va a sospechar algo, pero lo negaré.

El sábado lo paso pegada a Paco literalmente, no quiero encontrarme a solas

con Salva y aún menos con Tomás, así que cuando él se echa la siesta, me meto en la habitación y echo el pestillo del demonio. Me estiro en la cama y me preparo para leer cuando me doy cuenta de que me he dejado el ebook en la cocina, joder, tengo que ir a buscarlo. ¡Venga que son diez segundos! Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina, no hay nadie, ¡bien! Lo veo en la mesa, voy de puntillas y entonces oigo unas voces que vienen del despacho de Paco. La puerta está cerrada, pero distingo perfectamente la voz de Salva y la de Tomás, y no parecen estar muy tranquilos. La curiosidad, sí, esa que mató al gato, me puede y me acerco de puntillas y como una «chafardera» de manual, pego la oreja a la puerta.

—A ti te importa una mierda Paco y lo que le pase. —Ese es Salva.

—¿Y tú que mierda sabes? Te recuerdo que es MI padre. —Ya está el gilipollas este con lo mismo.

—Ya lo sé, sé muy bien quién soy, pero tú no sabes ser un hijo. No lo llamas en toda la semana, no te preocupas por su salud, y eso lo entristece. —Eso, eso.

—No me vengas con gilipolleces, tú y esa niñata ya estáis aquí para acceder a todas sus tonterías. —Me estoy cabreando de verdad.

—Se llama Eva y es una profesional muy cualificada. —¡Que mono!

—Profesional... de eso sabes tú mucho, ¿no? —lo dice riéndose.

—¿Me estás queriendo decir algo? —Uy que la cosa se calienta.

—Nada que no sepas. Parece que te va el gremio de la enfermería, ¿eh? Lo que no sé es si mi padre vería con buenos ojos lo que haces por las noches cuando vas a Sevilla. —Este sabe lo de la casa de citas, fijo.

—Lo que yo haga o deje de hacer no le importa ni a Paco ni a ti.

—Ya, es que es muy feo Salva, aún estás casado. Tu mujer internada y tú te vas de putas. —Joder con el tío, no tiene pelos en la lengua.

—Te la estás jugando, Tomás, no vayas por ahí —noto a Salva a punto de estallar: su tono de voz es cortante.

—Sé que tienes necesidades, oye, eso lo entiendo. Lo que no entiendo es por

qué no te buscas una novia formal, ¿o es que piensas que yéndote de putas no traicionas a tu mujer y con una novia sí? —Eso no lo había pensado, pero creo que el gilipollas ha acertado.

—Esta conversación se acaba aquí. No te metas en mi vida y yo no me meteré en la tuya. Sevilla es pequeña y todo se sabe.

—¿Me estas amenazando, hermanito?

—Te estoy advirtiéndote, todos tenemos secretos que queremos dejar guardados. La diferencia entre los tuyos y los míos, es que quizá si los tuyos salen a la luz, tengas que correr y dejar atrás esa vida de snob que llevas. Así que métete en tu vida y déjame tranquilo. —Ole, ole y ole, hora de irse.

Increíblemente, consigo llegar a la habitación sin tropezar con nada; nadie me ha descubierto, aunque... ¡me he vuelto a dejar el ebook en la cocina! Bueno, pues a contar musarañas. Pero cuando llevo catorce musarañas contadas, llaman a la puerta.

—¿Sí? —Qué miedito.

—Eva, soy Salva, te traigo el ebook. —Qué majete. Le abro la puerta y ahí está, todo guapo él.

—Muchas gracias.

—He creído que lo echarías de menos; sé que aprovechas estos ratos para leer. —Se ha fijado.

—Sí, ahora iba a ir a buscarlo. Muchas gracias. —Y me dispongo a cerrar la puerta.

—Eva.

—Qué.

—La puerta del despacho de mi padre, la cortaron demasiado cuando cambiamos el suelo y si alguien se pone detrás de ella, se ven los pies por debajo. —MIERDA, pillada in fraganti, y como no sé qué decir, cierro la puerta y el pestillo del demonio y me hundo en mi miseria.

Por la mañana me levanto hecha un asco. Estoy un poco avergonzada pero, bueno, ya no le puedo hacer nada. Me visto y me voy a por un cubo de café. Cuando entro en la cocina, Julia conversa con Salva. Cuando se percatan de mi presencia, se quedan callados, algo pasa. Salva sale sin ni siquiera mirarme. ¡Qué bien comienza mi día!

—Buenos días, Julia. —La verdad es que estoy un poco mosqueada.

—Buenos días, Eva, ¿quieres un café?

—Por favor. Oye, ¿pasa algo?

—No, ¿Por qué lo preguntas?

—Salva y tu estabais hablando, y os habéis callado cuando he entrado.

—¡Ah! Eso, no pasa nada, cosas de Salva. No te molestes.

—Vale. —Puede que me esté emparanollando, pero es que este trabajo parecía un chollo, y no lo está siendo tanto. Estoy en tensión todo el día, por Salva, por Tomás y por los secretos que hay en esta familia. Necesito airearme, alejarme un poco de esta casa.

—Voy a buscar a Paco. Estaba pensando... ¿tú podrías hacerte cargo de Paco hoy? Me gustaría cogermelo el día de fiesta.

—Claro, chiquilla, me parece estupendo, ve tranquila y despéjate.

Me voy a la habitación de Paco, ya está despierto y lo ayudo a asearse.

—Paco, ¿te parece bien si hoy me cojo el día libre? Ya he hablado con Julia, y ella se quedará aquí todo el día.

—Claro, hija, ya era hora de que te cogieras un día; puedes coger mi coche o llamar a Pepe, no te cobrará nada, anda vete.

—Muchas gracias. —Lo beso y salgo de la habitación.

A ver. ¿Qué puedo hacer? Tengo un coche en la puerta, así que decido irme a pasar el día a Sevilla. Paseo por sus calles, visito la Macarena, la catedral y como no he gastado nada desde que estoy aquí, decido darme un capricho y me compro unos trapitos de otoño. También doy un paseo en carroza, como una turista más. Me encanta esta ciudad: es maravillosa, alegre, colorida. Cuando estoy paseando por Triana, decido sentarme en una terraza a comer algo. Los

pies me están matando. Estoy sentada en una mesa leyendo la carta cuando alguien se me acerca.

—Tú eres la muchacha del otro día. —¡Ostia, es la puta!

—Esto... hola—me he quedado de piedra.

—Soy Triana, bonita, ¿cuál es tu nombre? —¿Se lo digo o me invento uno? Y como siempre me pasa, mi lengua corre más que mi cerebro.

—Soy Eva, ¿quieres sentarte? —Eso, hija, joder que tonta eres.

—Claro. ¿De dónde eres mi arma?

—Soy de Barcelona.

—Ya decía yo. Hace muchos años estuve allí; es una ciudad muy bonita. Creo que el otro día fui un poco bruta con vosotras, pero es que no estoy acostumbrada a yogurines, ja, ja, ja.

—Bueno, nosotras no debimos entrar, pero es que no teníamos ni idea de lo que era aquello.

—Ya, lo noté en vuestras caras. Tengo ese lugar de citas desde hace diez años. No es una casa de putas normal, allí no entra cualquiera. Mis niñas son limpias y educadas, y los caballeros que vienen las tienen que tratar con educación y respeto.

—No, si yo no digo nada. Es solo que es la primera vez que...

—Que ves a una puta tan de cerca, ¿no? Ja, ja, ja. Eres muy graciosa y muy guapa. Y ahora que soy Triana y tú Eva, ¿me puedes decir a quien buscabais?

—Pues... no sé si decírtelo. —Igual meto la pata, pero tengo curiosidad. Otra vez.

—Vamos, chiquilla, te voy a guardar el secreto.

—Bueno, buscábamos a mi jefe. Nos pareció verlo entrar.

—Y ¿cómo se llama?

—Salva.

—¡Ah, Salva! Ja, ja, ja, sí que estaba allí; es un buen cliente. Viene un par de veces a la semana. Atento, educado, aunque algo huraño y, entre nosotras. Está como un queso, yo no he tenido el gusto, tú ya me entiendes, pero mis chicas

dicen que es un Dios, un portento, una máquina, un...

—¡Vale, vale, no quiero saber más! —Me tiemblan hasta las pestañas.

—Se dice que su gran amor perdió la cabeza y por eso se lo ve tan triste siempre. ¿Tú sabes algo?

—No sabía nada, me dejas alucinada. —Que mentirosilla eres, jodia. Una cosa es que ella disipe mis dudas y otra que lo haga yo con las tuyas.

—Bueno, pues te dejo, ha sido un gusto verte. Si otro día te quieres pasar por mi casa, llama al portal que hay al lado de mi negocio, el primero primera, ¿vale?

—Vale, Triana, encantada de haberte visto.

—Igualmente mi arma. Adiós.

Qué situación más rara acabo de vivir, y por primera vez en todo este tiempo, me doy cuenta de lo duro que debe ser para Salva tener a la persona que ama en la situación que está Elena y, entonces, decido hacer algo estúpido. Me puede traer consecuencias, pero ahora mismo me dan igual. Me voy a ver a Elena, no sé porque, pero sé que tengo que ir.

Cuando llego al sanatorio, dudo de si me dejaran verla, pero Luisa me recibe con una sonrisa y me acompaña a la habitación de Elena.

—Hola, Elena, Eva ha venido a verte. —Ella se gira y dibuja una sonrisa en su cara de porcelana.

—Hola, ¿te parece bien que haya venido? —Ahora me mira seria.

—¿Me peinarás?

—¡Claro!

—Pues vale, ven.

—Eva, os dejo solas, en un rato vuelvo. —Y Luisa sale de la habitación.

—Hoy no quiero trenzas.

—¿No te gustó?

—Sí, pero a él no. —Vaya, vaya.

—¿Te refieres a Salva?

—Sí, viene a verme, pero yo sé que no quiere venir.

—No digas eso, él te quiere.

—Pero yo no. No voy a salir de aquí, aquí estoy segura. No quiero ir con él. Él ahora te tiene a ti. —¿¿¿Quééé!!??

—No, Elena, entre él y yo no hay nada, de verdad.

—Él es bueno, se merece a alguien que cuide de él, y yo no quiero hacerlo. No quiero salir de aquí.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —me aventuro a preguntar.

—Al halcón. —Otra vez con el pajarraco.

—No te entiendo, Elena. —Entonces me coge la mano y me estira para que me agache y me dice bajito.

—Tengo un secreto que el halcón no sabe. Allí cuento cosas, solo allí pude decir cómo pasó todo. Fuera no, el halcón lo sabría —me habla en susurros.

—¿Un secreto? ¿Dónde? —Ahora estoy muerta de curiosidad.

—No se lo puedes decir a nadie, solo Elena y Eva.

—No diré nada.

—Mi secreto puede hacer daño, pero es mi dolor lo que hay allí y la verdad.

—Joder cuanto misterio.

—¿Tu secreto está aquí contigo?

—Nooo. —Ha bajado tanto la voz que casi no la oigo.

—¿Dónde está, me lo quieres decir?

—Sí, tú lo tienes que saber. La luz no llega a mi secreto. Es un lugar oscuro, como él, está encerrado. Es mi secreto.

—No lo entiendo, Elena. —Parece Golum con el anillo.

—Lo guardé antes de intentar desaparecer, acabar, pero entonces me trajeron aquí. No quiero salir. Aquí estoy segura.

—Vale, ¿y quieres que yo lo busque?

—Sí, solo tú. Elena y Eva.

—Vale, lo buscaré.

Cuando salgo de allí, tengo la sensación de que he pasado el día más surrealista de toda mi vida. Un secreto de Elena que tengo que buscar, y

empiezo a repasar mentalmente todo lo que sé de ella, y de pronto recuerdo que la encontraron con las venas abiertas en su cuarto. A eso se refería ella con «intentar desaparecer». No sé cuál era su habitación, quizá es donde duerme Salva, o alguna de las otras puertas que hay en el piso superior. Tengo que saber de lo que habla Elena. Mañana mismo empiezo a investigar a lo Jessica Fletcher.

Capítulo 7

Por la mañana me despierto con fuerzas renovadas. Me voy a la cocina en busca de Julia. Ella me va a ayudar; tengo que ser cuidadosa al preguntarle. No quiero que sospeche. A ver cómo me apaño, porque muy sutil no soy.

—Buenos días, Julia.

—Buenos días, ¿lo pasaste bien ayer?

—Sí, estuve por Sevilla. ¿Por aquí fue todo bien?

—Genial, ayer se fue Tomás.

—Menos mal —se me ha escapado, esta lengua.

—Eva —me riñe.

—Lo siento, no me cae bien, no lo puedo evitar.

—Es un poco estirado y no trata bien ni a Paco ni, por supuesto, a Salva, pero es nuestro jefe y lo tenemos que respetar.

—¿Sabes que la semana pasada acompañé a Paco a ver a Elena?

—Sí, me lo comentó Salva el otro día. —Vaya, eso debía ser lo que cuchicheaban.

—Me gustó conocerla.

—Y por lo que sé a ella también le gustaste; era una muchacha vital, cariñosa, alegre. Fue una pena que la oscuridad se la llevara. Fue una época de oscuridad para todos, fue algo horrible. Salva aún no se ha recuperado de aquello; no creo que lo haga nunca.

—¿Tú estabas aquí cuando intentó suicidarse?

—Sí, fue horrible. Todo estaba lleno de sangre, los gritos de Salva, de Paco. Fue horrible cariño, ni te lo imaginas. —Ahora toca atacar.

—No me lo puedo ni imaginar; no entiendo como Salva puede seguir ocupando la misma habitación, vaya manera de torturarse, ¿no? —ahí se lo lanzo.

—El cuarto donde pasó todo no es el que ahora ocupa Salva. Ellos ocupaban uno en la planta superior. Eso les daba más intimidad. No se ha vuelto a ocupar desde entonces. Nadie entra, solo yo que lo limpio de vez en cuando. —Ya tengo lo que quería, ahora solo tengo que tener el momento y el valor de subir a echar una ojeada.

Y la ocasión llega ese mismo mediodía, Paco se echa a dormir, Julia se va a su casa y Salva a trabajar. Así que respiro hondo y tiro para arriba pies para que os quiero.

Veo cuatro puertas, todas cerradas. Empiezo por la primera, un trastero; la segunda, un aseo; la tercera es una habitación individual. Dentro no hay mucha luz, pero en un rincón, veo una cuna. Esta debería haber sido el cuarto del bebé, y como no, la última resulta ser una habitación de matrimonio, la de Salva y Elena. Entro y cierro la puerta. Estoy nerviosa, me siento incómoda, como si estuviera profanando un santuario.

La habitación está bastante oscura, las persianas y las cortinas están echadas, pero poco a poco, se me acostumbra la vista y puedo ver mejor. Es hora de buscar; hago memoria de todo lo que Elena me dijo: «El secreto está encerrado, no le llega la luz». Empiezo a abrir cajones, miro bajo la cama, bajo el colchón, pero entonces caigo en la cuenta de que ella dijo que lo tenía encerrado. Tiene que estar en algún lugar al que solo ella tuviera acceso, un escondite. Me dirijo al armario y lo abro. Está vacío, pero he visto muchas películas de misterio, así que empiezo a golpear las maderas, los laterales, el altillo. Entonces me doy cuenta de que la madera del altillo es más ancha que lo que ocupa el hueco. Me subo en una silla y empiezo la inspección, golpeo un poco en el fondo y veo que hay una madera, un doble fondo. La quito y veo

un libro. No me entretengo, lo cojo y vuelvo a colocar la madera. Cierro el armario y me voy tan rápido como he subido. La verdad es que no ha sido tan difícil. ¡Bravo, Eva! Has conseguido el secreto.

Me meto en el cuarto de al lado del de Paco. Echo el pestillo del demonio y miro el libro. Es un diario no muy grande de unos 15 cm por 20 cm, aproximadamente. En la portada pone ELENA gravado, joder, no puedo creer que lo haya encontrado. Lo leeré e intentaré esclarecer algo de este entuerto.

Capítulo 8

Por la mañana cuando me levanto, Paco me dice que Salva y él tienen que ir a ver unos caballos a Albacete, que pasarán el día fuera. Me pregunto qué puedo hacer con mi día libre y enseguida lo tengo claro: leer el diario, pero creo que es mejor que no lo haga en la casa, así que decido irme al río.

Ya hace un poco de fresco y me vendrá bien ponerme al sol. Cuando llego, me siento en un saliente donde Laura y yo tomábamos el sol este verano. La piedra caliente es agradable, así que me acomodo y saco el diario.

Pero antes de empezar a leerlo, oigo el motor de un quad. Por aquí solo hay uno y es el de Los Chopos, normalmente lo utiliza Marcos para moverse por las tierras del cortijo, pero estoy segura de que no es él, pues si Salva no está, él no se mueve de las cuadras, así que por descarte, solo puede ser ¡Tomás!, joder ¿No estaba en Sevilla? Este trabaja menos que los reyes magos. Corriendo agarro mis cosas a toda prisa y me escondo tras unos árboles. A tomar viento fresco mi día.

Permanezco escondida y lo veo que se para, se baja del quad y se acerca a la orilla. Este ha pensado lo mismo que yo. Creo que es hora de irse, pero si salgo, igual me ve y me aterra encontrarme con él aquí sola, así que decido esperar.

Lo observo que deja una bolsa en el suelo y comienza a desnudarse. Joder, no me apetece nada ver el cuerpo de ese cerdo, solo espero que no le guste el nudismo o vomitaré, pero no tengo más remedio que mirar para ver cuando

puedo escapar. Se quita los zapatos, los calcetines, los pantalones y por suerte lleva bañador. Lo espatarrante viene cuando se quita la camiseta, y no por ver su cuerpo, sino por lo que esta ocultaba. El abusador mierdoso, tiene un tatuaje en la espalda, lo suficientemente grande como para poder verlo desde aquí. Me quedo alucinada, el tatuaje es un halcón que ocupa toda su espalda. Es enorme. No puede ser casualidad, no es posible; este es el halcón al que se refería Elena. «Cuidado con el halcón». ¿Será posible que este asqueroso le hiciera algo a Elena? Tengo que salir de aquí ¡YA! Me escabullo despacio cuando se mete en el agua y empiezo a correr hacia el cortijo.

Ahora sí que estoy asustada; no he leído aun el diario, pero estoy segura de que Tomás le hizo algo a Elena. ¿Tendría que hablar con alguien sobre esto? Mejor no, por ahora.

Llego al cortijo y me voy para las cuadras. Es el mejor lugar para no estar sola.

Paso el día entre los caballos, con la compañía de Marcos y Julia que se ha unido a nosotros. Esta gente es genial, este lugar es precioso y de verdad que, si no fuera por toda la mierda y el misterio que rodea este cortijo, aquí podría quedarme toda la vida.

Salva y Paco llegan sobre las ocho. Cenar todos juntos en el comedor incluido Tomás. Julia y yo lo hacemos en la cocina. Salva se va en cuanto acaba de cenar, de fiestecilla supongo, ya que se ha puesto guapetón de verdad, y tras poner a Paco a dormir, me meto en la cama. Estoy rendida.

Me despierto desorientada, sudada como una cerda y asustada. He tenido otra pesadilla. Estaba relacionada con un halcón, madre mía, que miedo he pasado. Aún me estoy recuperando, cuando veo que la puerta de mi cuarto se abre poco a poco. Me muero. Esto pasa en las pelis de miedo y la chica muere, joder ¡no eché el pestillo del demonio! ¿Qué hago? Me tapo la cabeza con las sábanas, ¿muy maduro, eh? Oigo pasos que se acercan a mi cama. El corazón se me va a salir del pecho, voy a gritar de un momento a otro.

—Eva, tranquila, soy yo. —¡¡Me cago en to lo que se menea con el *señorito*

con pies de goma!!

—Joder, Salva, ¿Qué mierda te pasa, me quieres matar de un infarto? —Me incorporo en la cama y lo veo arrodillado a mi lado. Está borrachín, fijo, pero esta noche lo que veo en sus ojos no es solo el alcohol, lo que veo es tristeza y abatimiento.

—Te he oído gritar. No deberías dejar la puerta abierta, puede entrar alguien. —Que listo mi niño.

—Sí y alguien ha entrado: tú. Mira, gracias, ya puedes irte.

—¿Qué te ha pasado? ¿tenías un sueño erótico? Ja, ja, ja —Que gracioso que es el *señorito*.

—No, he tenido una pesadilla, solo eso. Ya puedes irte, estoy bien. —Le vuelvo a repetir.

—Vaaayaaa, eso es menos divertido que un sueño erótico, sííí, eso es una mierrrrdaaa. Te lo digo yo.

—¿Tienes pesadillas?

—Sip, y también sueños eróticos. Muuuuchos. —Ya me he puesto como un semáforo. Este hombre me altera de todas las maneras posibles.

—Yo solo pesadillas. Oye, es tarde, así que me gustaría dormir y creo que tú también lo necesitas. Veo que no aprecias mucho tu hígado.

—Ja, ja, ja, aprecio todo mi cuerpo, pero a veces necesito evadirme. ¿Tú no necesitas evadirte, Evita? —Ala, ya me ha cambiado el nombre. Aixxxx, que me está acariciando la pierna.

—Yo no necesito nada, y deja de tocarme, me pones nerviosa. —Que calor por Dios.

—Desde que llegaste aquí he deseado tocarte, y no lo entiendo, pero esa corriente que me recorrió entero cuando te toqué la primera vez, aún puedo sentirla ¿sabes? —Se refiere a cuando me ayudó a levantarme del suelo en el aeropuerto. ¡Él también la notó!

—Por favor, déjame, vete a dormir. —Ahora me está tocando la cara como hipnotizado, resigue mi barbilla con un dedo, mis labios, mi cuello. Ay,

Diosito lindo.

—Eres muy guapa, pero no lo sabes, no le das importancia y eso te hace más deseable. —Bueno, para salir de esta me tengo que poner chulita.

—Oye, sé de tus escapaditas a la casa de Triana, así que no me vengas con tonterías, que ya tienes que venir descargadito. —Ala, en toa la boca.

—¿Qué sabes tú? ¿Has sido mala y me has seguido niña? —Ha puesto las manos a los lados de mi cabeza, cosa que ha hecho que me estire, está muy cerca, demasiado.

—Te vi por casualidad; yo no voy por ahí siguiendo a nadie. No me interesa lo que haces ni con quién.

—Ya, pues mira tú por dónde que hace semanas que no voy a ver a Triana. ¿Y sabes por qué? —cada vez está más cerca.

—N... no... ni... ni me importa, déjame. —Mi voz es ya un susurro.

—Sí te importa niña mala, pues no voy porque no me puedo quitar de la cabeza a cierta catalana. No puedo dejar de pensar en ti. —«Ostras noi».

—Salva, por favor. —No sé qué le estoy pidiendo, pero noto que la respiración se me ha vuelto pesada; el aire no llega a mis pulmones.

Acerca sus labios a los míos. No lo veo con total claridad porque la luz está apagada, pero la luz de la luna que entra por la ventana me deja intuir que me mira fijamente. A la mierda todo, cierro los ojos y dejo que suceda. Y me besa. Juro que oigo pajaritos, violines y un coro de angelitos cantar, ¡qué beso! Sus labios son suaves, pero exigentes, presiona los míos y entonces coge mi labio inferior entre sus dientes y estira. ¡¡¡O Sííí!!! Sé que me estoy equivocando, que esto me va a pesar, pero no puedo resistirme y empiezo a imitarlo; mi experiencia es bastante limitada, así que lo sigo. Comenzamos a devorarnos literalmente, se sube a la cama conmigo y quedamos de lado. Baja su mano hasta mi pecho y me hace cosas que solo he leído y, cuando estoy casi sin respiración, noto que me acaricia la cintura y sigue bajando. Yo ya soy una piltrafa, lo agarro del pelo y lo empujo hacia mí para que siga con lo suyo; no quiero que pare. Sus besos bajan ahora por mi cuello, por mi pecho y su mano

está haciendo estragos en mi entrepierna, joder, me toca suavemente, sin prisas y yo ya no sé respirar.

—Tranquila. Respira y no hagas ruido. —Claro, ¡como si fuera tan fácil!

Sigue tocando, besando, chupando, joder, este tío me quiere volver loca. Siento que me voy a correr como nunca lo he hecho; es vergonzoso que a mis 28 años, este sea mi primer orgasmo provocado por un hombre, pero es así y espero que no lo note. Me corro con un suspiro que casi me ahoga y me quedo más relajada que si me hubiera comido una tortilla de Valium.

Tengo los ojos pesados y mi cuerpo se ha quedado laxo, joder, ¡que relax!

—¿Estás bien catalana? —me dice mirándome con la cabeza apoyada en su mano.

—Sí... sí... claro, ¿y tú?

—Bien, aunque no tan bien como tú. Eres un poco escandalosa. Espero que no hayas despertado a Paco. —¡Ups! ni me había acordado de Paco.

—Ostras. No creo. ¿No?

—Ja, ja, ja. No, no creo. Dices mucho eso de «ostras»; suena como si quisieras decir «ostia».

—Sí, es que es prácticamente lo mismo. —Ahora que he bajado de la nube, la situación se está volviendo algo incómoda.

—Bueno, catalana, te voy a dejar dormir. —Me da un besito en la punta de la nariz y cuando se levanta, me quedo ojiplática. ¡Vaya tienda de campaña que se lleva el pobre! Y, sin poder evitarlo, me echo a reír.

—Ya sé de qué te ríes catalana y me vengaré. La próxima vez, serás tú la encargada de solucionar esto. —¿¡¡Einmmn!!? Pues lo lleva claro, no sabría ni por dónde empezar.

—Buenas noches, niña, descansa.

—Buenas noches.

Y me quedo en la cama pensando en la metedura de pata tan grande que esto supone, porque sé que Salva no es el mismo cuando está borracho que cuando está sereno, por otro lado, esto lo complica todo aún más y hace que una

relación ya de por sí complicada entre nosotros, ahora lo sea todavía más.
Mañana no voy a saber cómo mirarlo, que vergüenza por Dios...

Capítulo 9

Pues la situación incómoda de no saber a dónde mirar para que Salva no me viera roja como un tomate reventón no se dio. El muy capullo se fue a la mañana siguiente a no sé dónde para no sé qué. El caso es que Paco me dijo que iba a estar fuera dos semanas, ¡dos semanas! Me pareció mucho tiempo sin verle y una tristeza me invadió, ¡ay Evita! No te cuelgues por el *señorito* que este no es el adecuado.

La verdad es que sin Salva aquí, mi parte cobarde se siente más tranquila y me va a permitir concentrarme en el diario de Elena. Tomás se fue ayer como siempre sin despedirse. Ahora el diario ocupa toda mi atención y me muero de ganas de leerlo.

Marcos se ha llevado a Paco con el Jeep para que pase con él la mañana en las cuadras. Eso le hará bien. Así que me voy a mi habitación, la del primer piso, para estar más trasquila. Me acomodo en la cama y cojo el diario: ha llegado el momento. Allá voy.

10 DE FEBRERO 2001

Mi padre me ha regalado este diario para que cuente la experiencia que voy a vivir en unos días. Me siento un poco ridícula; los diarios son para adolescentes, pero creo que me hará bien. Voy a estar lejos de casa para estar con unas personas que no conozco; me puede servir de desahogo.

El lunes me voy para Sevilla, a Posadas concretamente, allí es donde

voy a trabajar, en un cortijo. Voy a cuidar a la señora Concha, que sufre un cáncer terminal. Está muy malita y sus hijos y su marido quieren que esté lo mejor cuidada posible. Estoy un poco asustada. Es mi primer trabajo de enfermera personal. Las cosas en el hospital no acabaron bien, los recortes y la mala gestión hicieron que me pusieran de patitas en la calle. Me siento preparada profesionalmente, pero personalmente... no lo sé. Cuidar a una sola persona las 24 horas del día te crea un vínculo con el paciente que va más allá de lo profesional, y como soy yo, lo aseguro al 100 %. Sé que es una buena oportunidad, pagan bien y estaré haciendo mi trabajo, pero me apena que se acabe cuando esa buena mujer muera. Así es la vida. Bueno, pues ya he estrenado el diario. Cuando vuelva a escribir, ya estaré en el cortijo Los Chopos. Buenas noches.

13 DE FEBRERO 2001

Bueno, ¡ya estoy aquí! Ayer llegué a Los Chopos. Me trajo mi padre, como no podía ser de otra manera. Es súper protector y tenía que ver con sus propios ojos donde iba a trabajar y conocer a las personas con las que iba a vivir; él es así. Dice que querer a alguien es preocuparse continuamente por esa persona. Se fue tranquilo; las personas de este cortijo son buena gente y le dijeron que él y mi madre serían bienvenidos cuando quisieran venir a visitarme.

Se dedican sobre todo a la aceituna y a la cría de caballos.

Concha es una señora encantadora. Es amable y, aunque su enfermedad la tiene algo abatida, se muestra muy cariñosa con los que la rodean. Su esposo Paco es un señor genial, bromista, hablador y se desvive por su esposa, se ve que entre ellos ha habido un gran amor, ese amor que todos soñamos con experimentar algún día. Su hijo Salva es... no sé cómo explicarlo, bueno, si lo sé, pero aún no tengo mucha confianza contigo, ja, ja, ja. Voy a ser valiente: es un chico guapo, guapo, guapo, simpático, cariñoso, ¡y solo lo conozco de un día! Me ha

dicho que será él quien me ayude en las tareas más pesadas, como moverla en la cama o asearla. Se comporta como el hijo perfecto, y sus padres lo adoran, de hecho, he notado que a Concha se le ilumina la cara cuando lo ve entrar por la puerta. Me falta conocer al otro hijo, Tomás. Es abogado en Sevilla y vive allí, lo veré el fin de semana que viene.

Mi cuarto es muy bonito, está al lado del de Salva. Eso me pone un poco nerviosa, no sé, ese chico me altera. Sus ojos son muy negros, como dos carbones y, cuando ríe, mi corazón se acelera. Bueno, me voy a dormir. Mañana empiezo con mi tarea y tengo que estar despejada. Buenas noches.

Vaya, a Elena le gustó Salva desde el primer momento; ahora me doy cuenta de lo fastidiado que tiene que estar Salva para ser tan diferente ahora de cómo lo describe Elena. No me lo imagino bromeando, sonriendo y siendo despreocupado y alegre. Elena describe a un hombre que ya no existe, pero me hubiera encantado conocerlo y lo voy a hacer, aunque sea a través de Elena. Ha dicho que ocupaba la habitación continua a la de Salva, por lo tanto, ella dormía en la misma que yo. Qué yuyu.

20 DE FEBRERO 2001

Ya llevo aquí casi una semana y todo va bien. Concha tiene días mejores que otros. Ayer vino su médico y me dio unas cuantas indicaciones. También me dijo que lo único que podemos ofrecerle son cuidados paliativos, ya que la metástasis está muy avanzada y no se puede hacer nada, así que ya tengo las dosis de morfina preparadas para cuando sea inevitable inyectársela. Por ahora no quiere nada, es una mujer fuerte y no pierde la sonrisa delante de su marido y sus hijos aunque, cuando estamos solas, la veo sufrir. Le ofrezco calmarle el dolor, pero no quiere.

—Concha, por favor, no tiene por qué sufrir; la morfina en pequeñas

dosis le puede calmar el dolor sin adormecerla.

—No, hija, la morfina es el manto de la muerte, te nubla la razón, ya dejas de ser tú, y mis chicos no se lo merecen. Ya llegará pero, hasta que sea inevitable, prefiero ser yo.

Es una mujer muy inteligente, culta y bondadosa. Le gusta mucho leer; me ha explicado que durante veinticinco años fue maestra en Posadas. Le encantan los niños, pero Paco y ella tuvieron problemas para tener a Tomás. Y me explica que Salva es adoptado. Me ha sorprendido mucho porque lo tratan como a un hijo y es que lo quieren como tal.

Ayer vino a cenar Tomás y por fin pude conocerlo. Me da apuro decirlo pero, como tú no te vas a chivar, no me gustó un pelo. Es engreído, soberbio y trata con bastante desprecio a Salva. Por otra parte, está su manera de mirarme, no me gusta, me hace sentir incómoda. Su mirada no es como la de Salva limpia y sincera, la de Tomás es lasciva, oscura. Suerte que no vive aquí.

Paso muchos ratos con Julia y sus adolescentes hijos Marcos y Laura. Son geniales; me lo paso muy bien con ellos. Julia me ha hablado un poco de su vida, no ha sido fácil, pobrecilla, estoy rodeada de mujeres fuertes, son un ejemplo para mí.

Y, por último, ¡mañana me voy al río con Salva! No es una cita ni nada de eso; es que les ha prometido a Marcos y a Laura que los llevaría, ya que tienen prohibido ir solos. Aquí Laura y Marcos son como unos hijos para Concha y Paco, y Julia es la gran amiga y el mayor apoyo de Concha. Llaman a la puerta.

¡¡Era Salva!! Me ha dicho que mañana esté preparada a las 10 y me ha deseado las buenas noches. Es tan guapo. Bueno, me voy a dormir que mañana será un día genial. Buenas noches.

¡Coladita perdida! Así está ya Elena, en una semana. Es una historia de amor preciosa, al menos por su parte. Ver cómo se va forjando con los días ese

amor, me está poniendo tontorróna. Elena era sin duda una chica lista, más que yo, porque ella caló desde el principio a Tomás. Ahora caigo en la cuenta de que Laura conoció a Elena; nunca ha comentado nada sobre ella, aunque era muy jovencita.

El comienzo de esta historia de amor que explica Elena ocupa ahora toda mi atención; estoy impaciente por saber más. Es un poco enfermizo, lo sé, sabiendo cómo ha acabado la pobre, pero no lo puedo evitar, creo que más que la historia de amor, lo que me intriga y me llena de impaciencia, es conocer a ese Salva que Elena describe y que tuvo el placer de conocer.

25 DE FEBRERO 2001

Ya sé que un diario se llama así porque tienes que escribir en él todos los días, pero es que acabo tan cansada que no puedo con mi alma. Pero intentaré explicar todo lo que me ha pasado en estos cinco días.

Lo primero y más importante es la excursión que hicimos al río; hacía un frío de muerte, pero lo pasamos genial. Cuando llegamos allí jugamos con los críos al escondite, Laura y yo contra Salva y Marcos. Me encantó ver el trato de hermanos que tienen entre ellos. Pasamos la mañana riendo y jugando, pero cuando llegamos de nuevo al cortijo, Julia nos regañó porque veníamos calados. Nos hizo un caldito y nos tuvimos que cambiar de ropa y ponernos al lado de la chimenea, allí todos juntos, excepto Tomás, por suerte. Reímos y pasamos un rato en familia, porque aunque llevo aquí poco tiempo, me siento en familia.

Anoche cuando Salva y yo acostamos a Concha, como cada noche, él me acompañó a la puerta de mi cuarto y, juro que estoy colorá como un tomate, allá va: me dio un beso. Fue un besito, pero me supo a gloria vendita. No solo el beso, su manera de cogerme, su mano en mi cadera, la otra en mi nuca. Se me ponen los pelos de punta cada vez que lo recuerdo, fue tan, tan bonito.

Y a mí amiga, y a mí.

Desde ese día cada noche nos despedimos con un beso, ya no es un besito ja, ja, ja, ha ido un poco más allá y yo no sé si esto está bien o no, pero quiero que pase, me gusta mucho Salva, mucho.

Concha ha pasado unos días muy buenos y hemos salido a pasear con la silla de ruedas por el jardín. Hemos ido hasta el establo y hemos visto como Salva domaba en el cercado a un caballo impresionante, el caballo y Salva. Qué porte, qué elegancia, qué estilo; qué bueno está. ¡Salva, no el caballo! Bueno, mañana tenemos que ir al hospital con Concha. Tienen que hacerle unos análisis; será un día duro para ella, salir de la rutina la va a hacer empeorar, siempre es así, me duele verla tan frágil, tan malita. En fin, es lo que hay. Bueno me voy a dormir, que hoy el beso me ha dejado con las rodillas temblando, ja, ja, ja. Buenas noches.

Ahhh... suspiro por ella, por lo que sentía, por lo que estaba por venir y por cómo acabó la pobrecita. Ella solo tenía 19 años, seguro que Salva fue su primer y único amor. ¿Qué te pasó, Elena? Continúo leyendo, siendo testigo de una historia de amor pura y verdadera. Descubro a través de sus palabras a una Elena sensible, tierna, cariñosa, divertida, tímida y con un corazón enorme.

Soy testigo de su primera relación sexual, de cómo la trató Salva, de todo el cariño y la ternura que le demostró, de cómo se escapaban de noche a los establos a dar rienda suelta a su pasión, de cómo la familia se fue dando cuenta de esa química que había entre los dos y bromeaban sobre ello, de la vergüenza de Elena. Era tan inocente, tan joven, tan pura y estaba tan llena de vida.

Elena habla de las visitas de sus padres al cortijo, de lo bien que aceptaron su relación con Salva y como empezaron a formar parte de la familia de Los Chopos.

Habla del empeoramiento de Concha, de cómo la enfermedad la iba consumiendo al tiempo que su relación con Salva y el amor entre ambos se iban afianzando. Me detengo en los últimos momentos de Concha.

26 DE MARZO 2004

Esta noche ha sido horrible; Concha ha gritado de dolor y nosotros sin poder hacer nada, solo inyectarle una morfina que ya casi no le hace efecto. La enfermedad la va consumiendo y cada día está más ausente.

Hacemos turnos para no dejarla sola ni un momento del día ni de la noche, todos incluso Julia, su gran amiga. Esta tarde se van a quedar con ella Marcos y Laura; han insistido y hemos aceptado, aprovecharemos para dormir. El único que no aparece es Tomás. No he conocido en toda mi vida un ser más despreciable y egoísta. Viene poco y, cuando lo hace, vive como si nada estuviera pasando, el muy imbécil dice que nos tenemos que hacer a la idea y que no se puede hacer nada. Nada es lo que él hace.

La relación entre Salva y Tomás ha empeorado considerablemente, hasta el punto de que el otro día se enzarzaron en una pelea que llegó a las manos, si no llega a ser por Marcos, se hubieran matado. Suerte que el chaval es un armario y los pudo separar. Resulta que Salva encontró a Tomás rebuscando entre los papeles de Paco y eso desató su furia.

Cuando tenemos un ratito para nosotros, nos abrazamos agotados, lloramos y nos consolamos, pero siempre juntos. Lo quiero con toda mi alma y él a mí también, me lo demuestra cada día. Tengo que dormir. Salva y Paco la velan esta noche. Buenas noches.

Joder, estoy llorando a moco tendido. Cuanta pena transmite Elena en esas palabras, me parece mentira que la persona que he visitado en el sanatorio sea la misma, la vivaz y amorosa Elena, con toda la vida por delante, con tanto amor para dar... que mierda de vida.

Capítulo 10

Se me ha pasado el día volando. He leído por horas. Oigo jaleo abajo y decido ir a ver.

Cuando voy a entrar en la cocina me quedo plantada en la puerta. Oigo hablar a Paco con alguien, pero no reconozco esas voces. Entro y veo a una mujer y a un hombre; hablan con Paco y con Julia y se callan cuando me ven.

—Lo siento, ya me voy.

—No, Eva, pasa —me dice Paco—. Rosa, Ricardo, os presento a Eva: ella es mi enfermera. Eva, estos son los padres de Elena. Pasa y siéntate con nosotros chiquilla; no te quedes en la puerta.

—Es que no quiero molestar.

—No molestas, guapa. Mucho gusto, estamos encantados de conocerte, Paco nos ha hablado tanto de ti, que parece que ya te conocemos.

—Gracias, Rosa.

—Julia, por favor, ponle un café a la chiquilla. ¿Te encuentras bien? Te veo un poco pálida.

—Sí, Paco, estoy bien. Gracias, Julia. —Y nos sentamos los cinco en la mesa.

—Hola, chiquilla, encantado. ¿Sabes que nuestra hija nos habló de ti el otro día? Nos dijo que la peinaste, está encantada contigo. Muchas gracias —me dice Ricardo emocionado.

—Fue un placer, me gusta ir a verla. En realidad he ido dos veces —digo

mirando a Paco con cara de disculpa.

Haces bien hija, le haces bien a ella. A ver Rosa, Ricardo, como os he dicho, cuando regrese Salva volveré a hablar con él. Este hijo mío es muy tozudo —no sé muy bien de qué va la cosa.

—Sí que lo es, a ver, lo entendemos, pero él nos tiene que entender a nosotros. queremos tener más cerca a nuestra hija. Los años empiezan a pesarnos, venir cada semana y hacer ciento cincuenta quilómetros, cada vez nos cuesta más. —Vaya, así que se la quieren llevar—. Hemos visitado ya la residencia. Está a diez minutos de nuestra casa, es preciosa y Elena va a estar genial allí. Salva es joven y se puede desplazar sin problemas y llevaros a vosotros cuando queráis. —Ricardo me mira a mí incluyéndome también.

—Lo sé, Ricardo, te entiendo y te aseguro que voy a hacer que Salva lo entienda también. Los años no pasan para él con este tema; no lo supera. Vosotros perdisteis a vuestra hija, pero yo también perdí a Salva. —Pobrecillo. Le cojo la mano para consolarlo. Él me la aprieta y me sonrío.

—Bueno, ya que estáis aquí, vamos a cenar todos juntos; he hecho canalones y me han salido de rechupete y una tortilla de papas y cebolla. Venga, a poner la mesa—y al mandato de Julia, todos nos levantamos.

Pasamos una velada de lo más entretenida. Los padres de Elena son muy agradables; están destrozados con la enfermedad de su hija. Se han portado muy bien conmigo, me han contado cosas de cuando Elena era pequeña, anécdotas de su vida. Si ellos supieran de su secreto, del diario, de que lo tengo yo, de que sé cosas sobre su hija que ellos ni sospechan, y las que sospecho que me quedan por saber y que serán peores de lo que quiero pensar.

A la mañana siguiente, cuando me dispongo a desayunar, Julia entra en la cocina.

—Buenos días, chiquilla.

—Buenos días, guapa, ¿cómo se te presenta el día, mucha faena?

—Pues la misma de siempre, gracias a Dios. Oye esto. Te quiero preguntar algo, pero no quiero que te lo tomes a mal. —Uy, uy, uy.

—Claro, dime.

—Verás. Bueno, yo una vez al mes hago el piso de arriba, aunque no se use, todo coge polvo y se llena de telarañas. —Ostras, que me ha pillado.

—Claro, normal, ¿no? —Ve preparando una historia pronto que te han cazado bonita.

—Sí, parece que nadie nunca habitó esa planta. En fin, que al hacer la habitación de Salva y de Elena, pues he visto el colchón movido. Yo sé que no hay fantasmas, ja, ja, ja, y sé que los hombres no suben, demasiados malos recuerdos, y estoy segura de que yo no lo dejé así, por eso he pensado que fuiste tú. —Se ha puesto hasta colorada la pobre.

—Pues sí Julia, fui yo.

—Ay, mi niña, te vas a meter en un follero como se entere Salva. Tiene prohibido subir allí. Solo yo puedo y siempre que él no esté; no le gusta.

—Lo siento, Julia, pero yo... —Qué vergüenza.

—¿Qué querías ver?

—Nada, Julia, no quería ver nada. Solo que me picaba la curiosidad, solo eso. Lo siento. —Dudo en si decirle lo del diario, pero prefiero callar por el momento.

—¡Esta juventud! Mejor que no se entere Salva. Una vez vio bajar de arriba a Tomás y casi lo mata; los tuve que separar yo, ¡con lo chica que soy!

—No volverá a pasar; me senté en la cama y se debió mover el colchón. Lo siento.

—Tranquila, ya está. Vamos a tomar un cafelito pa' empezar el día como Dios manda.

¿¡Cómo que Tomás bajaba de arriba!? ¿Quizás buscaba algo? ¿Sabrá de la existencia del diario? Esto cada vez se complica más.

Los días pasan y he tenido poco tiempo para leer. Estamos ya casi en Navidades y Salva hace un mes que se fue. El muy imbécil se fue sin decirme

nada, en principio eran dos semanas, y lleva casi cinco. Tengo que reconocer que lo echo mucho de menos: su presencia, su voz. Estoy coladita por él, he sido una tonta, pero no he podido evitarlo y me he dado cuenta teniéndolo lejos.

Desde la visita de Rosa y Ricardo, Paco no es el mismo; parece distraído y decaído. Hoy he decidido explicarle anécdotas que he vivido en el hospital; con la gente mayor no te aburres nunca y, como no parece que funcione del todo y su ánimo no mejora, he llamado a su amigo Pepe el taxista y le he pedido que venga y traiga a los amigos de ambos para merendar, a ver si con ellos se anima.

Lo preparo todo con ayuda de Julia y, cuando Paco ve llegar a sus compadres, se le ilumina el rostro. ¡Bien, Eva, has acertado!

Decido dar un paseo helado hasta los establos; pronto anochecerá. El invierno aquí es duro. El frío te cala los huesos y he tenido que hacer una inversión y comprarme ropa de abrigo. Así que con mi anorak de plumas, mis botas de pelito, mis cuatro capas de ropa, mis dos pares de calcetines, guantes, gorro y bufanda, me adentro en los establos.

Marcos ya ha acabado su jornada. Me paseo acariciando a todos los caballos; ya me sé sus nombres, y ellos me conocen.

Oigo el repiqueo de la lluvia sobre el tejado, seguro que nieva, me apoyo en el alfeice de la ventana, que tranquilidad, me podría haber traído el diario. Tan absorta estoy en mis pensamientos, que no oigo que alguien entra y se acerca por detrás, hasta que lo tengo pegado a mí.

—Hola, catalana. —Joder con el *señorito* de los huevos.

—¡Idiota me has asustado! —intento girarme para verlo; me muero por verlo.

—No te gires. ¿Esa es manera de saludar? Eres una malaje. —Y me empieza a oler el pelo; estoy segura de que en cero coma me van a sobrar hasta las bragas, aun no me ha tocado y ya estoy sudando. ¡Eres de lo que no hay!

—Hola. ¿Co... cómo estás? —Empieza a bajar la cremallera de mi anorak,

pero yo sigo de espaldas a él.

—Ja, ja, ja, bien, catalana, bien. Te he echado de menos, tu mal humor, tus miraditas de perdonavidas, tu risa, tu voz, tu cara, tu cuerpo. —Ostia puta, me ha quitado el anorak y estoy a punto de arrancarme la ropa yo misma para que siga con lo que está haciendo.

—Has estado fuera hummm... mucho tiempo. —Colapsada, ya me he cortocircuitado.

—Tenía trabajo; he comprado cuatro caballos y he vendido ocho. No separes las manos del alfeice de la ventana o pararé. —A la orden. Nunca he acatado una orden con tantas ganas. Y no sé cómo, pero ya tiene una mano en mis tetas, este tío es un portento. ¡Llevo cuatro capas de ropa! La otra mano baja y me desabrocha el pantalón. ¡Ay, mamasitaaaa!

—Has tarda... do mucho en... uf... en volverrr. —Sin poder evitarlo me sale un gritito de sorpresa cuando el dedo de Salva hace su magia.

—Aquí puedes gritar todo lo que quieras, catalana. Nadie te va a oír, venga, quiero oír cómo te desmelenas, como jadeas mi nombre. —Y me hace lo del último día, despacio, sin prisa.

—No. ¡Salva! —Ha puesto una pierna entre las mías y me apoyo en ella, eso me acaba de deshacer, la fricción me está matando.

—Venga niña, quiero oírte. —Y vaya si me oye, él y hasta los de la casa creo que me han oído. Madre del amor hermoso, que pasote; Salva es un mago.

—¡Ahhh! —Me ha sujetado por la cintura para que no acabe en el suelo porque las piernas no me sostienen.

—Eres increíble, no hacen falta más de cuatro caricias para que te deshagas, cuando te dejes ir de verdad, nos lo vamos a pasar genial.

—Aja. Si... si tú lo dices. —He apoyado mi cabeza en su pecho y me podría quedar así toda la noche. Continúo vestida, me siento en la gloria, pero él...

—Oye. Tú... tú me haces estas cosas... pero tú... —Y se ríe el muy «ruc».

—Yo estoy bien, hay que ir despacio catalana. Eres virgen y eso habrá que solucionarlo un día, pero poco a poco, no hoy y no en un lugar como este.

Tienes que descubrir tu cuerpo, aprender a identificar lo que sientes cuando te toco, paciencia, todo llegará. —¡¡¡¡Mátame camión!!!! ¿¡¡Cómo sabe este pringado lo de mi muro de Berlín!!?

—¿Cómo sabes... cómo puedes saber que yo...? —No lo entiendo. Me da la vuelta y me coge la cara entre sus manazas.

—Eres muy inocente, catalana. Verás, cuando mis dedos entraron en ti la primera vez lo supe. Tu estrechez es inconfundible niña.

—Vaya, no tenía ni idea... pues sí, soy virgen. ¿Pasa algo? —me voy a poner chulita o me moriré de la vergüenza.

—No, catalana, nada, pero es raro. ¿Cómo puede ser que seas virgen con... veinticinco? —Qué majete. Pongo distancia entre nosotros porque me estoy sintiendo incómoda con el temita.

—Veintiocho, ¡pues que quieres que te diga chico! Los años pasan, no conoces a nadie que te interese; el que te interesa es un gilipollas y, bueno, pues aquí estoy con mi muro de Berlín. —Me coge de la mano y nos sentamos sobre una bala de paja.

—¡Ja, ja, ja, que graciosa eres, ja, ja, ja, el muro de Berlín dice! —Qué bien se lo pasa el tío a mi costa. Qué guapo y qué joven se ve ahora mismo, veo por primera vez al Salva que describía Elena y me encanta.

—Para ya de reírte, no tiene gracia. Me da vergüenza. —Me tapo la cara con las manos riéndome yo también. A cambio de mi vergüenza, he podido ver la sonrisa de Salva y... ¡ay Dios! Es preciosa, y él es precioso, como se achinan sus ojos, el ojuelo de la mejilla, sus dientes Profident. Está para comérselo.

—No te avergüences catalana, me encanta. ¡Te voy a enseñar tantas cosas! ¿Quieres ser mi alumna? —¡¡¡¡Sí, guana!!!! Noooo, Eva, tienes que pensar con la cabeza, mente fría, mente fría.

—Bueno, es que no estoy segura de esto. No creo que sea buena idea. Vivimos en la misma casa, eres mi jefe, y tú... tú estás casado. —¡Es que no tengo filtro! Se le cambia la cara al instante, se pone tenso, se aleja de mí y se pone en pie, ¡pufffffff!, se petó la burbuja.

—Ya. Tienes razón, esto no volverá a pasar. Vete a casa. Hace frío. —Y sale del establo dejándome allí sentada, sola, avergonzada y fría, por dentro y por fuera, pero tiene razón, es lo mejor. Mi trabajo acabará y no será solo un polvo lo que me lleve, que muy bien llevado estaría, sino que me iría con el corazón destrozado, porque Salva está a un paso de meterse en él y no lo puedo permitir.

Me dirijo hacia el cortijo arrastrando los pies. Entro en el salón; allí, Paco y sus amigos bromean la mar de divertidos y veo que Salva baja las escaleras, duchado y arreglado, ni me mira, pasa por mi lado, saluda a su padre y sale de la casa. ¿Por qué me trata así? Las lágrimas me pican y empiezan a caerme por las mejillas. Seguro que se va a ver a Triana y ante esa idea, siento un peso en mi estómago y una punzada en el corazón.

Me voy a mi cuarto y me hundo en mi miseria, tengo un rato para llorar tranquila; no voy a volver a estar a solas con Salva. Esto tengo que pararlo o acabaré locamente enamorada de él y destrozada.

Capítulo 11

Ha pasado una semana desde nuestro encuentro en los establos y solo nos hemos cruzado en un par de ocasiones, y siempre es igual: pasa por mi lado y ni me mira. La tristeza ha dado paso al cabreo. Yo no soy la que estoy casada y no he hecho nada malo, así que le den, ¡este tío es la leche!

Paco se ha acostado a dormir la siesta y yo decido leer el diario. Me tumbo en la cama y me sumerjo en la historia de Elena.

28 DE MARZO 2004

Hoy hemos enterrado a Concha. Ha sido una ceremonia preciosa. Ver el amor que esa mujer ha dejado y todo el amor que se ha llevado. Nos ha dejado destrozados y con un vacío en el corazón que siempre permanecerá dentro de nosotros.

La iglesia estaba llena, vecinos, amigos y exalumnos, gente a la que siempre hizo el bien.

Cuando hemos llegado a Los Chopos, nos hemos sentado en la mesa de la cocina: Paco, Salva, Julia, Marcos, Laura y yo. Tomás ha vuelto hoy mismo a Sevilla, mejor. Nos hemos tomado un buen café y nos hemos ido a dormir, hace meses que no dormimos una noche seguida.

A partir de mañana, todo será diferente, nuestra vida sin Concha va a ser diferente.

15 DE ABRIL 2004

Este fin de semana hemos estado en casa de mis padres. ¡Salva y yo hemos decidido casarnos! y hemos ido a darles la noticia. Lo haremos en el cortijo el año que viene. Estoy feliz. La tristeza por la muerte de Concha aún nos encoge el corazón, pero poco a poco lo iremos superando. Hemos empezado a hablar de ella, a contar anécdotas y eso nos ayuda a mitigar el dolor.

Este fin de semana va a venir Tomás. Estoy temiendo; cada vez es más difícil aparentar que no lo trago. Tomás me pone los pelos de punta, por cómo me mira, por sus comentarios maliciosos, por su cercanía que quiere hacer pasar por fortuita. Si Salva se da cuenta...

Ahora Salva y yo dormimos juntos, es lo más bonito del mundo, dormirme abrazada a él es lo mejor del día, sentir su calor, su contacto. Hemos arreglado una habitación en el piso de arriba. Ha quedado preciosa y nos da mucha intimidad... ya me entiendes, mi Salva es cariñoso y apasionado, dice que el amor son tres flores que se deben regar a diario, ¡y vaya si lo hace!

Me encanta mi vida, mi día a día. Ayudo a Julia con la casa, me ocupo de darles clases a Marcos y a Laura, y de cuidar a Salva y a Paco. Vamos a salir adelante, me siento esperanzada y feliz. Buenas noches.

Me sorprende leer todo lo que Elena hizo por esta familia después de la muerte de Concha. Ella se tragó su pena para mitigar la de Paco y la de Salva. A Julia le tenía aprecio, pero ahora aún más; qué persona más fiel y más íntegra. Su papel fue esencial para que todos siguieran adelante. Ver como se comportó Tomás con la muerte de su madre dice mucho de él, de su soberbia, de su egoísmo y de su egocentrismo. Es un psicópata. ¿Cómo pudo no arropar y cuidar a su padre en un trance como ese? ¿No sintió la muerte de su madre? ¿Será que no es capaz de sentir?

Continúo leyendo, y soy testigo de cómo todo en Los Chopos empezó a mejorar y a crecer: el amor de Salva y Elena, la amistad entre Elena y Julia, y el cariño entre Paco y Elena. Ella era perfecta, colmaba de

atenciones y cariño a todo el que la rodeaban. Era un ángel de luz.

Pasa un año en lo que todo es amor entre los tortolitos y preparativos para la boda. Todo ha mejorado y la alegría en Los Chopos por la inminente boda es bienvenida por todos.

11 DE MAYO DE 2005

¡Hace un frío que pela! ¿Cómo puede ser que en mayo vayamos con bufanda? Espero que el mes que viene haga calorcito. Dicen que por aquí es normal. Que hay años en los que en mayo hay un coletazo de frío y ha tocado este año; me cago en la leche.

Ya tengo el vestido, las flores, las damas de honor ¡TODO! Va a ser una boda preciosa y todo será perfecto.

Ayer Salva y yo hablamos de tener hijos. Los dos queremos, tres mínimo. La vida es perfecta a su lado y estoy deseando ser su esposa. Buenas noches.

¡Qué bonito! Sus vidas eran perfectas, pero la perfección no existe y prueba de ello es todo lo que les queda por pasar.

Cuando voy a cerrar el diario, veo que Elena escribió algo más esa noche por la parte de atrás de la página y me quedo muerta cuando lo leo.

Tengo miedo, estoy muy asustada. Acaba de pasarme algo horrible. Estoy temblando. No sé qué hacer. Salva está dormido, todos duermen. ¿Qué voy a hacer?

He decidido que no lo puedo contar; si esto se sabe, destrozaré a esta familia, a mi familia, y no puedo. Pero te lo voy a contar. Solo aquí soy libre de expresarme, solo tú guardarás mi secreto, ya que tú eres lo único que le oculto a Salva.

He bajado a la cocina a tomarme una Valeriana. Estoy algo inquieta por la boda y a veces me cuesta dormir. Cuando estaba sentada en la mesa, ha aparecido Tomás, me he quedado muerta, no sabía que estaba aquí. Es como un fantasma. Creo que acababa de llegar de una noche de

juerga, eso seguro. Está borracho, lo que no entiendo es porque no está en su casa. Se ha acercado a mí, yo sentada, el pegado a mi espalda.

—Vaya, vaya, pero si es mi cuñadita. ¿Qué haces aquí tan solita?

—Nada, ya me iba —he intentado levantarme, pero no me ha dejado y con su mano en mi hombro me ha hecho sentar a la fuerza. Entonces me ha hablado al oído. Estaba muerta de miedo.

—Espera un poco, bonita. Yo soy el hermano que vale la pena; tu novio es un bastardo que no debería estar aquí.

—Déjame, Tomás, por favor. —Estoy muy asustada, está loco, loco y borracho como una cuba. Solo llevo un camisón fino y el muy asqueroso ha empezado a acariciarme los brazos, el pecho, las piernas. Voy a vomitar.

—No, no, no, tú te quedas aquí hasta que a mí me salga de los huevos, para una vez que te tengo para mí. Hoy me he ido de putas, pero ninguna me quita las ganas de ti, y no lo entiendo. Son mujeres con experiencia, que hacen todo lo que les pido, pero no son tú.

—Déjame. —Me he puesto a llorar y estoy temblando.

—Tu inocencia y tu pureza me vuelven loco y me excitas como ninguna otra mujer. —Me ha dado la vuelta y ha intentado besarme y no sé bien de donde he sacado la fuerza, pero consigo empujarlo y ponerme en pie, pero me coge del brazo y me acerca a él de nuevo.

—El bastardo siempre tan perfecto, tan buen hijo, todo lo mejor para él, pero esto no se va a quedar así. Tarde o temprano vas a estar sola y yo voy a tener lo que quiero. Él se puede quedar con mi madre muerta y con mi viejo, pero yo me quedaré contigo. —He logrado soltarme de su brazo y he salido corriendo hacia mi cuarto.

Tengo mucho miedo de lo que Tomás me pueda hacer, de que cumpla su promesa y me haga daño. Me voy a la cama, necesito a Salva, sentirme protegida entre sus brazos. Eso es lo que quiero, lo único que quiero en el mundo, solo a él.

¡Menudo cabrón! Elena cuenta lo mismo que le pasó a Laura. Es un acosador, un depredador, un auténtico peligro. Este diario es una bomba. ¿Tengo que ocultarlo o tengo que contarlo? Pero ¿a quién se lo cuento?

No tengo que apresurarme, tengo que pensar muy bien lo que hago; hay mucho en juego.

Elena no contó nada. Tomás no fue invitado a la boda por deseo de Salva, y Paco respetó esa decisión.

Tengo que ir a ver a Elena, a ver que me cuenta.

Me pido el día de fiesta y me voy hacia Sevilla con el coche de Paco. Tengo que ser cuidadosa, no sé dónde está Salva y sería horrible que coincidiera allí con él.

Hoy Luisa no está en la recepción y decido ir sola hacia la habitación de Elena. Con cuidado me acerco a la puerta y escucho. Joder con mi puta suerte; Salva está dentro. Pues ala, a hacer de chafardera de nuevo. Pego la oreja a la puerta y escucho.

—Elena, no quiero que te vayas con tus padres; tu sitio es este.

—Nooo, no, no, no, mi sitio es lejos, no contigo, no quiero.

—Ya lo sé, tranquila, ya sé que no quieres estar conmigo; eso ya pasó, pero aquí estas bien.

—No, no, no. Tú aquí, yo lejos de aquí. Quiero a mi madre y a mi padre. Tú tienes a Eva; ella me peina, es buena para ti.

—Yo no tengo nada con Eva.

—Eva es para ti, no para él. Tienes que mantenerla a salvo del halcón.

—No te entiendo, Elena, mira, quédate tranquila, ¿vale? Vendré otro día —le habla con tanta dulzura.

—Tienes que ser libre, y yo, pero aquí no puedo.

—Tranquila, vendré otro día. Adiós, Elena. Hasta pronto. —Oigo que le da un beso, por cómo suena se lo ha dado en la mejilla. Hora de huir. Miro a mi

alrededor y, ¡aleluya!, los lavabos. Me meto dentro y miro por la rendija de la puerta hasta que veo a Salva irse, con esos andares, ese culito, esa espalda. Vale, ya, Eva. Céntrate.

—¿Se puede? —Elena se gira y me mira, entonces sonrío con esa cara de porcelana y esos ojos sin vida.

—Hola, ¿has venido a peinarme?

—Si quieres, sí.

—Sí que quiero.

—Pues venga, siéntate. ¿Quieres una trenza?

—Sí.

—¿Ha venido alguien a verte hoy?

—Sí. Salva.

—Ahhh, Elena, he encontrado tu secreto —se lo digo bajito.

—Lo sabía, eres lista. No lo puede ver nadie, solo tú, nunca nadie, solo Eva y Elena —me responde a voz baja también.

—Tranquila, guardaré tu secreto como si fuera mío.

—¡Es que es tuyo! Tú ahora estás en el cortijo, todo es tuyo; Salva es tuyo y nuestro secreto también. Lo necesitas para estar a salvo.

—Elena, Salva no es mío, yo no lo quiero, ni él a mí.

—El tiempo lo dirá... nana... nanana... —y se pone a cantar. Me comentó su madre que cuando no quiere seguir hablando de algo empieza a cantar para dar por zanjada la conversación, pues nada, a callarse toca.

Me vuelvo para Los Chopos confusa por las palabras de Elena. Después de cenar me meto en la cama. Hoy no he visto a Salva, solo a hurtadillas en el hospital. Lo echo de menos, pero no puede ser.

Capítulo 12

Hoy hemos ido al médico, y la pierna de Paco está muy bien, si todo sigue igual, en un mes y medio le quitaran el yeso. Ya puede usar las muletas y moverse aunque la recuperación será necesaria. Esto se acaba. Creo que en cuatro o cinco meses, a lo sumo, ya estaré de patitas en la calle.

Paco está muy contento por su recuperación y ha llamado a Marcos para que lo lleve con el Jeep a las cuadras. Me alegra verlo así. Hoy es sábado y Julia no viene, así que decido hacer una comida especial para comer todos juntos. Intuyo que Salva no va a aparecer.

Preparo un brazo de patata, pollo al horno y de postre crema catalana, a Paco le encanta. Llamo a Julia y aviso a Marcos para que vengan a comer a las dos. Comemos los cuatro juntos y nos lo pasamos genial. Cuando ya estamos por el postre, llega el indeseable. Tomás aparece como si fuera un rey, el muy gilipollas.

—Hola, hijo ¿Quieres comer algo? Eva ha hecho una comida buenísima. — Paco siempre lo intenta, normal, es su hijo.

—No gracias, he venido comido, ya sabes que las grasas no me van. —¡Que estúpido es por Dios!

—Pues algo de hierba también hay en la nevera, sírvete tú mismo. —Ole y ole Julia, ella no se corta.

—No, me voy a descansar. Hasta luego.

—Adiós. Que saborío que es este hijo mío; no lo puedo entender. —Ni yo

Paco, ni yo.

Después de la copiosa comida, cada uno tira para su lugar preferido de la casa para descansar, Paco a la siesta, Julia y Marcos a su casa y yo decido salir al patio trasero para leer. Hace un buen sol y hay que aprovechar aunque el frío te corte. Me pongo una manta por encima y me estiro en una tumbona.

Estoy tan abstraída con la lectura, que no me doy cuenta de que Tomás me observa desde la puerta de la cocina.

—¿Qué es eso que estás leyendo? —Me he asustado al oírlo, pero cuando lo miro, me asusto aún más, su cara es de loco.

—Nada, un libro antiguo que compré el otro día en Sevilla. —Menos mal que no me he atascado y la mentira me ha salido de un tirón.

—¿Cómo se titula? —Joder con el imbécil.

—El diario de Ana Frank. —Muy acertado, Eva, pareces tonta, hija.

—Ah. ¿Es interesante? —Y se acerca a mí sin apartar la vista del diario. Despacio, para que no note mi nerviosismo, me levanto y lo meto en el bolsillo de la chaqueta.

—He leído de mejores, hasta luego.

—Espera un poco, niña, ¿no me quieres hacer compañía? —Será capullo el tío.

—No, no quiero estar cerca de ti. —Y me meto en la casa.

—Ja, ja, ja. ¡Cuánto carácter! Me encantaría domarte fierecilla.

—Vete a la mierda. —¡Toma ya!

Me he asustado de verdad, este sabe de la existencia del diario, no sé cómo, pero lo sabe o lo sospecha. La manera en que me ha preguntado lo que leía, sospecha algo, seguro. Tengo que esconderlo bien, pero ¿dónde? Piensa, Eva, piensa. Ya lo tengo, lo voy a esconder en la habitación de Paco.

Capítulo 13

SALVA

Estoy impaciente, mañana llegarán los cuatro caballos que compré en Albacete y se llevarán los ocho que vendí. Me encanta mi trabajo, aunque me duela desprenderme de mis caballos; les cojo cariño enseguida. Laura está por llegar; esa pequeñaja viene a casa a pasar las navidades. Tengo ganas de verla.

—¡Marcos! Hora de acabar, hoy ya nos hemos ganado el jornal.

—Acabo esto y me marcho. Ve tirando.

—Vale, nos vemos mañana, pero vestidos de bonito que es Nochebuena. —
Que me maten, si tengo ganas.

—¿Mañana no trabajaremos? —Qué currante que es el chaval.

—Tú no, descansa. Yo vendré a llenar los pesebres, a recibir a los nuevos caballos y a preparar a los vendidos, pero no hace falta que vengas.

—Vale, gracias. Me voy que tengo que ir a buscar a Laura a la estación.

—Oye, cuando lleguéis, pasad por el cortijo que quiero verla. Díselo a tu madre y tapeamos algo todos juntos.

—¡Claro, Salva! hasta luego.

—Adiós, chaval.

Marcos y Laura sí que son como mis hermanos; he decidido socializar un poco más. Ellos solo nos tienen a nosotros. Bueno, y nosotros a ellos. Paco adora que estemos todos juntos y, por él, lo que sea.

Cuando entro en el cortijo oigo a Paco que me llama.

—¡Salva! Ven por favor.

—Hola, Paco, dime.

—Hola, hijo, siéntate. Tenemos que tratar un tema que sé que no te gusta, pero ha llegado el momento de tomar la decisión correcta. —Miedo me da.

—¿A que te refieres?

—A Elena. —Me tenso al instante.

—¿Qué pasa con ella?

—El otro día vinieron Rosa y Ricardo y estuvimos hablando del traslado. —
Joder.

—¡Otra vez con eso! Ya dije que no en su día y sigue siendo no.

—No seas cabezón. Son mayores y están a ciento cincuenta kilómetros de su hija. ¿No te das cuenta?

—Pues lo siento; si hace falta, iré a buscarlos yo cada semana, pero Elena se queda donde está. Soy su marido y decido yo.

—No eres justo, Salva, nada justo. Entre Elena y tú ya no hay nada; ella pide estar con sus padres. Tendrías que respetarlo también.

—Elena está fuera de sí, cada vez más, dice cosas sin sentido.

—Ya, pero estar cerca de sus padres puede ayudarla; vuestro matrimonio acabó, ¿no lo ves?

—¡Claro que lo veo! Yo no la amo como a mi mujer, pero le debo esto, le debo cuidar de ella, hacerme cargo.

—Eres tan leal, tan correcto; me siento orgulloso de ti por ello, pero en esto te equivocas. Te has quedado anclado en aquel momento y tienes que avanzar, tienes que rehacer tu vida y, con ella aquí, no puedes. Me duele verte así.

—Tú no tienes que preocuparte por mí. Yo no tengo que rehacer nada; estoy bien como estoy.

—El día que vinieron... tendrías que oír la ilusión con la que hablaban de esa nueva residencia; está a solo diez minutos de su casa ¡a diez minutos andando, Salva! Le estuvieron contando a Eva como era su habitación, los

jardines, el...

—¿Has dicho que se lo contaron a Eva? ¿Qué coño pinta ella en todo esto?

—Esta muchacha está metida en todo.

—Pero bueno, ¿qué manera es esa de hablar de Eva? No entiendo lo que tienes contra ella, a mí me cuida de maravilla; es educada, simpática, cariñosa y alegre mis días, ¿me oyes? ¡Alegra mis días! —me sorprende que Paco se enfade tanto.

—Tranquilo, no quería ofenderte, pero es que está en todas partes.

—Normal, vive con nosotros. ¿Qué tienes en contra de ella? —En contra nada, si él supiera.

—Nada... es que es una señoritinga de ciudad que ha venido a ver paletos. ¿Sabes que cuando le dije que iba a vivir en un cortijo se partió de la risa? Le hacía gracia la palabra, y cada vez que la mencionaba, le salía una risita de impertinente.

—Ja, ja, ja, ella es así, tiene una luz, pero en lo de señoritinga estas equivocado.

—¡Venga ya! Se le nota, niña de ciudad, con papis que la colman de caprichos. Es altiva, irrespetuosa y borde a más no poder.

—Pero ¿qué dices? Espero que nunca le hayas dicho esas cosas a ella, que te conozco, le habrías hecho mucho daño. Escucha bien lo que te voy a contar. Eva es huérfana, perdió a sus padres y a su hermano pequeño en un accidente de coche, solo se salvó ella. Con siete años se hizo cargo de ella su abuela y, cuando esta murió, se quedó sola en el mundo, está sola en el mundo Salva, no tiene a nadie. Y por lo poco que le he podido sonsacar, este trabajo es lo único que le permitirá tirar pa' lante unos meses. —Me he quedado muerto.

—Joder, no tenía ni idea. Bueno me voy a duchar; pensaré en todo lo que hemos hablado, descuida.

—Lo sé, hijo, solo sé justo como siempre, ¿vale? Dale un abrazo a este vejestorio.

—Anda, cuentista, ten tu abrazo. Ahora bajo a cenar. Le he dicho a Marcos

que traiga a Laura y a Julia para tapear algo todos juntos.

—Genial, hijo. Gracias.

Joder, hasta el fondo metí la pata con Eva, no podía imaginar que esa era la vida que llevaba. La he visto siempre tan segura, tan altiva. Fachada, es su fachada, su manera de protegerse. Seguro que algún gilipollas le hizo daño. Está sola. Tengo que pedirle perdón. Sé que no me he portado bien con ella, pero es que siempre tiene que replicar, siempre dice lo que se le pasa por la cabeza, es una sabionda respondona, pero hay algo en ella que me vuelve loco. Lo vi en el aeropuerto, la luz que Paco decía, la corriente que me recorrió entero cuando la toqué. No debí mezclarme con ella, pero no me pude resistir. Todo estaba controlado antes de llegar ella; yo cubría mis necesidades en el local de Triana y mi vida era tranquila; ahora no puedo ni acercarme a las chicas del local. Ella me atrae como nadie antes, intento alejarme, parecer grosero, pero me mata no poder acercarme a ella.

Lo voy a solucionar, puede que Paco tenga razón y deba pasar página. Lo que tengo claro es que no me voy a alejar de Eva ni muerto, eso se acabó.

Y el otro tema, la verdad es que puede que esté siendo egoísta. Elena no es ya nada mío, la amé sí, pero todo aquello pasó, su depresión, su internamiento y la distancia hicieron desaparecer todo aquel amor. A veces creo que realmente no era un amor tan profundo, simplemente nos complementamos en un momento de nuestras vidas, si nuestro amor hubiera sido más fuerte, no habría desaparecido como lo ha hecho. Elena tampoco me ama, aunque esté enferma; lo veo en sus ojos. Quiere alejarse de mí; a veces creo que le hago mal. Me voy a plantear llevarla cerca de sus padres. Si no le va bien, siempre puedo volver a traerla. Mañana llamaré a Ricardo y Rosa.

Capítulo 14

Estoy emocionada, Laura ya ha llegado y esta noche cenamos todos juntos. ¡Es Nochebuena!

Para esta ocasión especial me he comprado un vestidito precioso, algo corto, pero me queda de muerte. Ya estoy lista, salgo del lavabo y veo a Salva apoyado en la pared de enfrente. Está guapísimo. Se ha puesto una camisa celeste; la lleva remangada hasta los codos y un tejano demin. Está para comérselo. Me mira de arriba abajo y yo estoy colorada como un tomate.

—Estás preciosa, Eva, muy guapa.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

—Ja, ja, ja, eres mala. Bueno, ¿preparada para la Nochebuena en Los Chopos?

—Sí, voy a bajar ya.

—Te acompaño.

¿Y este cambio? Este tío es una veleta, ayer ni me miraba y hoy hasta me piropea; bueno, todo el mundo tiene derecho a la redención. Eso decía mi abuela, hay que dar segundas oportunidades.

La mesa está preciosa, con velas, Poinsettias, la vajilla y la cristalería de la familia y un mantel que ha bordado Julia para la ocasión. Todos estamos muy guapos, me fundo en un abrazo con Laura.

—Amiga, feliz Nochebuena.

—Igualmente, Laura. Tengo cosas que contarte, ayer no tuvimos tiempo de

hablar de nuestras cosas.

—Yo también, ja, ja, ja, a ver si luego tenemos un ratito.

—Vengan, niñas, a sentarse —anuncia Paco feliz como una perdiz.

Salva se sienta a mi lado, su cercanía me pone mala, estoy ya sudando como una cerda. La cena va de maravilla, reímos, bromeamos, brindamos, estoy feliz, me siento en familia por primera vez en mi vida que yo recuerde. Paco, Julia, Marcos, Laura, Salva y yo, todos menos Tomás que, gracias a Dios, no se ha presentado.

Después de la cena, de charlar y reír, Paco y Julia se retiran y nos quedamos los jóvenes. Salva está irreconocible, contento, hablador, bromista, puede que haya decidido seguir viviendo. Me gusta este Salva; es el mismo del que hablaba Elena y estoy encantada.

Como no todo puede ser perfecto, cerca de las dos de la mañana y estando todos despatarrados y con la risa tonta, aparece Tomás, borracho y gilipollas como siempre. Puedo notar como Salva se tensa a mi lado y veo como Laura se encoge en su silla. Es alucinante lo que este halcón del demonio provoca en todos nosotros con su sola presencia y nada bueno, por cierto.

—¡Hola, familia! que bien os veo a todos, sí señor, una familia feliz. Por cierto ¡Feliz Navidad! Jo, jo, jo —grita el muy estúpido.

—Baja la voz; Paco está durmiendo —le recrimina Salva con los dientes apretados y poniéndose en pie.

—Siempre tienes que aguar la fiesta; eres un sieso. Por cierto ¿qué haces tú aquí una Nochebuena? Desde que tu mujer perdió la chaveta, las navidades las pasas con... otra gente. —Uy, uy, uy, que se lía.

—Pues ya ves, aquí estoy. Y no quiero peleas, así que vete a dormir la mona. —Salva, con esa tranquilidad, me deja con la boca abierta.

—Ja, ja, ja, ¡pero si aquí lo estáis pasando de coña!

—No queremos jaleo, Tomás—¡Vaya! A Marcos tampoco le gusta.

—Ay, Marquitos. Me estáis echando, cuando YO soy el único que tiene derecho a estar aquí. ¡¡Esta casa es de mis padres, sois todos unos

aprovechaos!!

—¡¡Tomás, basta!! Aquí todos somos familia; el único que no lo parece eres tú. —Joder con Paco, se ha levantado solo de la cama, voy en su ayuda y lo agarro de un brazo y Salva del otro.

—Eso, papá, es porque estás rodeado de chusma.

—Vete de aquí; o respetas a tu familia o te largas a dormir la mona.

—Sí, será mejor, que me vaya a dormir. Esto es una mierda de fiesta —y se larga del cortijo, vaya cretino.

—Vamos, Paco, que te ayudamos a volver a la cama.

—Gracias, hijo, Tomás no tiene remedio, lo siento mucho.

—No es tu culpa Paco —le dice Marcos.

—Marcos y yo nos vamos, buenas noches. —Laura y Marcos se marchan dándonos un beso a todos.

—Eva, vete a tu cuarto y descansa, me quedo yo aquí abajo.

—Vale. Buenas noches a los dos y gracias por esta noche tan especial.

Y me despido de ellos con dos besos. Salva aprovecha el acercamiento y acaricia mi cintura con disimulo para que Paco no se dé cuenta.

—Tú haces que todo sea especial. Descansa muchacha. —Ay mi Paco, me llena el corazón con las cosas que me dice.

Las fiestas las pasamos todos juntos, en un ambiente distendido y alegre. Julia, Laura y yo hemos decorado el cortijo con motivos navideños y pasamos las horas frente a la chimenea, hablando o jugando a las cartas todos juntos. Tomás aparece de vez en cuando, pero no comparte ni un minuto de su tiempo con nosotros, mejor.

El día de Nochevieja por la mañana, Julia quiere ir a Sevilla a comprar, y Marcos y Salva la llevan, Paco se va con sus compadres al pueblo a tomar un vinito, y Laura y yo nos quedamos de pinches de cocina; tenemos que hacer las albóndigas para la cena de esta noche.

Por fin hemos tenido la oportunidad de hablar y le he contado lo del diario; necesitaba sacarlo de dentro, compartirlo con alguien. Ella me cuenta los recuerdos que tiene de Elena y opina que, por ahora, mantenga en secreto el tema del diario y todo lo relacionado con Elena. De lo de Salva no le he dicho nada. Me da vergüenza lo que pueda pensar de mí.

Ella, por su parte, ha conocido a un chico y está coladita por él. Han empezado a salir y está muy ilusionada. Es el primer chico con el que sale y tiene muchas dudas, que yo no le puedo resolver claro; soy ocho años mayor que ella y tengo la misma experiencia: ninguna, y eso nos hace reír a carcajadas. Vaya dos inexpertas de la vida.

—¿Cuántas albóndigas tenemos que hacer? —Parece que tiene prisa.

—No lo sé, Laura, hasta que se acabe la carne. ¿Tienes algo que hacer?

—Pues, es que ahora que no está mi madre, me gustaría aprovechar para llamar a Eric, pero me da apuro dejarte aquí liando albóndigas solita.

—Anda ya, tonta, ve, no hay prisa. Yo las iré acabando.

—¿Seguro?

—¡Qué sí tonta! Anda, ve. El amor es lo primero.

—¡Vale! Gracias, amiga, vuelvo en un rato y seguimos. —Me da un beso y se marcha dando saltitos.

¡¡Qué bonito es el amoooo!!! Anda y que disfrute, al menos ella puede hacerlo y yo aquí haciendo albóndigas. ¿¡Por qué, señor, por qué!?

Solo hace cinco minutos que Laura se ha ido cuando un escalofrío tan intenso me recorre el cuerpo, que me quedo paralizada. Un mal presentimiento hace que deje de hacer albóndigas, me lave las manos a toda prisa y me vaya a buscar a Laura.

Parezco una paranoica, pero mi instinto me dice que corra, que Laura me necesita. Echo a correr hacia la casa de Julia y entro. Busco algo, una señal que me diga que me equivoco, pero no, no me equivoco. Oigo una voz inconfundible en la cocina. Tomás, el muy cabrón.

Entro en tromba y veo al imbécil muy cerca de Laura, ella apoyada en la

mesa de la cocina blanca como la cera y él la tiene encerrada entre sus brazos. Esto hay que cortarlo, pero ya.

—¡¡¿Pero tú de qué coño vas?!! ¡¡Déjala tranquila de una puta vez!! —Estoy que me subo por las paredes.

—Eres como un grano en el culo, niñaata. —Al menos ha dejado libre a Laura, que corre hacia mí y me abraza llorando, pobre niña.

—Y tú un acosador de mierda. Hicimos un trato. No decíamos nada de tu ataque, y tú no te acercabas a ella nunca más ¿¿Qué es lo que quieres, sabes lo que sería para tu padre enterarse de esto!?

—Oh, cállate ya, no exageres, solo estábamos hablando.

—¡No es verdad, me has hecho entrar en la casa a la fuerza, eres un ser despreciable; mira mi brazo, me has hecho daño, perturbado! —Le levanto la manga y veo que le ha dejado los dedos marcados. Una rabia que me ahoga sube por mi garganta.

—Eres un ser despreciable y esta va a ser la última vez que la tocas, la última vez que la miras. ¿¿Me oyes!!? O te juro que... —estoy temblando de ira; sería capaz de arrancarle los ojos.

—¿Que qué? No sois más que unas putas; siempre provocando, calentando y luego decís que no.

—Eres un psicópata, un enfermo, pero esto se acaba aquí o te juro por mi madre que está en el cielo, que voy a contarle a Salva todo lo que sé.

—¿Y qué crees que sabes tú?

—Te sorprenderías. A Laura no le vas a arruinar la vida como hiciste con Elena. —Ala, el filtro a tomar por culo, pero no me arrepiento, se ha quedado blanco como un merengue.

—¿Qué has dicho? —Se acerca amenazante hacia nosotras; ahora no me puedo achantar, así que levanto bien la cabeza y me pongo derecha como un palo.

—Lo que has oído, estas avisado.

—¿Qué sabes tú de Elena? —¡Ay que se está haciendo caquita!

—Lo suficiente. ¿Te ha quedado clarito?

—Sois un par de zorras. —Está cabreado de verdad.

—No vuelvas a acercarte a nosotras nunca más.

Y sale de la casa dando un portazo que ha hecho temblar el suelo, bueno, igual me he ido de la lengua, pero creo que el problema ha quedado solucionado.

—Tranquila, Laura, esto no se volverá a repetir; ese indeseable no volverá a acercarse a ti, tiene demasiado que perder. —Nos abrazamos fuerte hasta que nos tranquilizamos.

—Has sido muy valiente, Eva; es la segunda vez que me salvas. Eres una amiga de verdad.

—Tranquila, para eso estamos. Anda, vamos para el cortijo y llamas a Eric desde allí, ¡que hay que hacer las albóndigas!

Por suerte para todos, la Nochevieja va genial, cenamos, albóndigas, claro, bebemos, reímos, cantamos y, por supuesto, nos comemos las uvas. Al sonar la última campanada, todos gritamos y nos abrazamos. Cuando me llega el turno de felicitar a Salva, nos quedamos los dos mirándonos, como si estuviéramos solos, nos acercamos y muy despacio nos damos dos besos, muy cerca de los labios. Una descarga eléctrica recorre todo mi cuerpo, y el suyo también, porque empezamos a reírnos como dos tontos. Por suerte, todos están distraídos y no se percatan de nada, menos Paco, que veo de reajo como aparta la mirada y sonrío, pillín, pillín.

Cuando esa noche Paco decide irse a dormir, Salva y yo lo acostamos como cada noche, pero al salir de la habitación, Salva me empuja y me mete en su cuarto.

—Salva, los otros nos esperan en el salón.

—Que esperen, me muero por besarte como Dios manda. Ven aquí.

¡Y vaya si me besa! Me deja ida, con el cerebro hecho puré. Si así es como Dios manda que nos besemos, me convierto ahora mismo en beata consagrada.

—Ahora sí, catalana. Escucha, sé que no me he portado bien contigo, y

quiero pedirte perdón. A ver si la casa se vacía un poco y tenemos ocasión de hablar. Tengo cosas que contarte, ¿vale?

—Vale. —Y ahora soy yo la que lo beso y él parece encantado.

Salimos y nos unimos a la fiesta. Este ha sido, sin duda, el mejor fin de año de toda mi vida.

Capítulo 15

Ya estamos a dos de enero y todo el mundo ha vuelto a la rutina. La vida sigue en Los Chopos.

Salva ha tenido que ir a Albacete a arreglar unos documentos de los caballos que compró y se ha llevado a Marcos para que aprenda el negocio. Va a estar fuera dos días pero, esta vez, sí que se ha despedido y me ha dicho que, cuando vuelva, vamos a hablar. Estoy nerviosa y emocionada; verlo tan alegre, tan jovial, me tiene loca, enamorada perdida. Es un hecho: estoy coladita por él.

Hoy Julia y Laura van a comer en su casa, así que Paco y yo nos hacemos una ensalada y un jurel a la plancha y ya estamos listos. Paco se echa a dormir su siesta sagrada y yo me quedo en la cocina a leer. Hace días que no toco el diario, y la verdad es que lo estoy deseando.

30 DE JUNIO DE 2005

Bueno, diario, ¡ya estamos casados! La boda fue preciosa. Todo salió perfecto. Julia llevó a Salva al altar, fue la madrina perfecta, pero la ausencia de Concha estaba por todas partes.

Nos hemos ido unos días a Menorca de luna de miel; ha sido un viaje maravilloso. Nos lo hemos pasado muy bien. Hemos hecho muchas fotos. Allí solos, he estado a punto de contarle a Salva lo que me pasó con Tomás, pero no he sido capaz. Seguro que todo queda en eso, en un susto, y no merece la pena liar el asunto.

¡Soy tan feliz! Todo es perfecto, somos muy felices, y ahora dice Salva que nos lo vamos a pasar genial intentando hacer un bebé.

Ahora de vuelta al cortijo, empezamos otra vez con la rutina. Tengo miedo de Tomás, no sé cómo hacerlo, no sé cómo evitar quedarme sola en la casa sin parecer una histérica o una lunática. No sé cómo evitar su presencia, su cercanía sin que sea evidente mi miedo o mi incomodidad.

No me quiero preocupar ahora, quiero disfrutar el momento, y eso voy a hacer, de todas maneras, hace un mucho tiempo que no aparece por Los Chopos. Buenas noches.

Pobre. Sigue escribiendo sobre su día a día, la vida del cortijo y de todos los que aquí viven. Tengo que reconocer que cuando leo la descripción que hace de escenas íntimas me siento mal, bueno, celosa es como me siento. No lo puedo evitar, ni siquiera las puedo leer; me duele demasiado. Es ridículo, porque eso pasó hace años y estaban casados, pero no puedo evitar sentirme celosa. No me gusta leer lo que Salva le hacía a Elena; me pongo de mal humor. Puede que sea mala persona, porque Elena está donde está y no tengo derecho ni es lógico tener celos de una persona que ha acabado encerrada en un sanatorio, pero el amor es así.

Sigo leyendo, me gusta el modo dulce y sereno que tiene Elena de escribir, engancha, quitando las escenas eróticas que describe, bastante detalladamente por cierto, me encanta leer el diario.

¡No puedo creerlo! Elena en el diario ha incluido recetas de cocina, recetas de comidas que adora Salva, recetas que supongo que le dio Julia: gazpacho, carne mechada, carne y pescado adobados, patatas a lo pobre, rabo de toro, albóndigas de choco, tortillitas de camarones. Y también de postres: roscos fritos, mostachones, torrijas, pestiños. Todo parece riquísimo. Me llama la atención que desde que estoy aquí, Julia no ha hecho ni una de esas recetas, malos recuerdos supongo.

Estoy aún paladeando esas riquísimas recetas, cuando aparece Paco en la cocina con sus muletas, que le permiten una autonomía que lo tiene loco de

contento.

—Hola, guapetona.

—Hola, Paco, ¿Qué tal la siesta? —Escondo el diario con disimulo en el cajón de la mesa.

—Bien, hija, bien. ¿Quieres que vayamos a dar un paseíto? Pepe va a venir a echar la partida, pero aún tardará un rato.

—¡Claro! Voy a buscarte el abrigo y la silla, hace mucho frio.

—Vale.

Nos abrigamos y salimos. Hoy hace sol, pero el ambiente es gélido. Cuando estamos pasando cerca de la casa de Julia, oigo un golpe y a continuación un grito que me pone los pelos de punta.

—¿Qué ha sido eso, Eva?

—No lo sé, Paco, pero ha salido de la casa de Julia. No será nada. —lo digo para tranquilizarlo, pero no es lo que creo. El grito es de película de miedo. Joder, en este sitio no se puede estar tranquila ni un minuto.

—No, Eva, ese grito no es normal. Vamos a acercarnos.

—No, Paco, tú quédate aquí, yo voy a ver qué pasa.

—Oye muchacha, no soy ningún niño. Vamos a entrar en la casa como si no pasara nada. Puede que no sea más que una tontería, pero si es alguien que ha entrado a la fuerza, se asustará y se irá. Vamos, empújame chiquilla y aparenta tranquilidad.

—Ay, Paco, no sé.

—Date prisa, leñe.

—Vale, vale. —y acojonadita perdida, entramos en casa de Julia.

Tengo miedo de lo que nos podamos encontrar, pero allá vamos. En cuanto estamos frente a la puerta de Julia, Paco grita:

—¡¡Julia!! ¿Dónde te has metido? No me has traído el bizcocho que me prometiste. —Joder con Paco, no ha podido gritar más fuerte.

Nadie contesta y abrimos la puerta. Entro yo primera y me quedo quieta en el sitio. Julia está llorando y temblando y, enfrente de ella, al otro lado de la

mesa de la cocina hay un hombre. Paco se pone a mi lado.

—¿Qué pasa aquí? Julia, ¿estás bien? Hemos oído un grito. —El hombre se gira y nos mira, joder que cara, me he acojonado al instante. Esto no pinta bien, nada bien.

—Sí. Sí, Paco, no pasa nada, es que... bueno, al abrir el horno me he quemado. No pasa nada Paco. —¿Quién es este hombre y por qué Julia está tan mal?

—Ya. Buenas tardes, soy Paco Garrido, el dueño del cortijo, ¿y usted quién es? —se dirige al hombre con cara de asesino.

—Yo soy Ramiro y, si no le importa, me gustaría hablar con ella... a solas.

—Pues, lo siento, pero he venido a merendar. Julia trabaja para mí y esta casa en la que vive es mía, así que de aquí no me muevo. —Paco parece otro; nunca le había oído ese tono de voz tan autoritario.

—Mira, viejo, lo que pase aquí dentro no te importa ni a ti ni a la muchacha, así que sal por esa puerta o...

—¿¡Me está amenazando en mi casa!?! —Paco se ha puesto en pie como si no le costara nada. Me quedo alucinada; parece otra persona, un hombre distinto, no titubea y se levanta de la silla erguido. La verdad es que impresiona; es un hombre alto y fornido. Está protegiendo su territorio.

—Ramiro, por favor, que es mi jefe. Paco, él es mi marido, solo quiere hablar. —Ahora caigo en que Laura no está, mejor.

—¿Tu marido? ¿Ese que te maltrataba? Pues no lo quiero aquí, así que fuera. —Uy, uy, uy que esto se está poniendo feo así que decido intervenir.

—A ver, vamos a calmarnos. Señor, Julia está muy nerviosa, la hemos oído gritar, ¿Por qué no se marcha y vuelve otro día? —intento poner algo de paz.

—¡Vete a la mierda, puta! ¡Ni tú ni nadie va a decirme ni cuándo ni cómo hablar con mi mujer! Hace veinte años que me dejó. ¡Me abandonó como a un perro! Es hora de saldar deudas. —Y saca un cuchillo, ¡madre mía!

—Por favor, Ramiro, te lo suplico. Iros, por favor, Paco, Eva, no pasa nada, iros —nos pide llorando.

—¿Llamas a tu jefe por su nombre? ¡vaya! ¿Te acuestas con él, me dejaste por él?

—Oiga, usted, respete a su mujer. Soy solo su jefe y no le permito que nos falte el respeto. —Esto se está calentando y estamos solos. No está Salva ni Marcos. Me tiembla todo el cuerpo. Julia lo conoce y no me tranquiliza el terror que veo en sus ojos.

—Respeto es lo que no me tuvo ella a mí; llevo veinte años deseando enseñarle lo que es el respeto. Veinte años buscándola, a ella y a los mocosos y, como por arte de magia, el otro día me entero de que vives aquí, de que has estado aquí todo este tiempo. Muy mal, Julia, muy mal. —Julia solloza desconsolada y yo también. El único que mantiene la calma es Paco.

Ahora se ha acercado demasiado a ella. Algo fuera llama mi atención; giro la cabeza un poco y veo por la ventana que Laura se está acercando. No, Laura no puede entrar aquí o todo se va a poner peor. Como el despojo humano me da parcialmente la espalda, miro a Laura que se ha acercado a la ventana para mirar y le niego con la cabeza. Me mira interrogante, gira la cabeza hacia su madre y se lleva la mano a la boca. Mi mirada de terror debe ser de infarto, porque se da la vuelta y se va corriendo. Veo cómo se aleja hacia el cortijo. Estoy segura de que va a llamar a alguien, pero ¿a quién? ¡Pepe! Pepe va a venir a ver a Paco pero, Eva, hija, ¿qué va a hacer un hombre de setenta años?

Tengo que hacer algo o alguien va a salir herido. La adrenalina me pide marcha, así que como el despojo humano no me mira, me acerco lentamente a él que sigue amenazando a Julia y, cuando estoy cerca, le doy un puñetazo en la espalda que lo desestabiliza y se le cae el cuchillo. A partir de ahí, la cocina se convierte en un campo de batalla, pero el muy cabrón de Ramiro se gira y me da un puñetazo. En mi vida he sentido un dolor tan grande. Creo que me ha reventado la cabeza; se me nubla la vista y caigo golpeándome contra el suelo. Todo se me empieza a nublar, pero entre la bruma que se aproxima, veo entrar a Pepe por la puerta con una escopeta y eso es todo. La oscuridad me lleva.

Capítulo 16

SALVA

Nunca se me había hecho tan largo el trayecto entre Albacete y Sevilla, los 500 kilómetros más largos de mi vida. Estábamos en un criadero de caballos a las afueras cuando Laura ha llamado a Marcos, solo con mirarlo he sabido que algo malo pasaba; he pensado en mi padre, pero no ha sido él, sino Eva.

No me puedo creer lo que mi padre me está contando ahora mismo mientras Marcos conduce hacia Sevilla. Es surrealista. Solo puedo pensar en que Eva está mal, tiene un fuerte golpe en la cabeza y está inconsciente. Según los médicos, tiene un coágulo en el cerebro producido por el puñetazo del hijo de puta y el posterior golpe. Y todo podría haber sido peor, si Pepe no llega a aparecer. El muy cobarde, ese tal Ramiro, se ha cagado cuando ha visto la escopeta apuntándolo. Gracias a eso, mi padre ha podido llamar a la Guardia Civil y se lo han llevado al cuartelillo. De ese me voy a encargar yo; hablaré con mi amigo, el teniente Juan Baños, y le diré que me deje a solas con él diez minutos. Solo en ese tiempo, el hijo de puta va a desear no haber nacido.

Mi padre me da más detalles de lo ocurrido. Laura llamó a Pepe, que ya estaba de camino al cortijo, por suerte siempre lleva la escopeta de caza en el coche.

Mi padre está bien, pero a Julia la han tenido que atender con un ataque de ansiedad, pobrecilla, el miedo que ha debido pasar cuando ha visto entrar a ese hombre en su casa... cada vez que lo pienso. Pero lo peor se lo ha llevado

Eva, la muy inconsciente se ha enfrentado a Ramiro y el puñetazo la ha dejado inconsciente en el suelo.

El viaje de cinco horas, lo hacemos en cuatro y a las once de la noche llegamos al Virgen del Rocío.

Cuando entramos en el hospital, subimos a la segunda planta como me ha dicho mi padre y lo encuentro allí.

—Hijo, que alegría que estés aquí. Marcos, tranquilo, tu hermana está bien y tu madre también. Se ha puesto muy nerviosa y le han dado un tranquilizante.

—Paco tiene cara de agotado; me preocupa.

—¿Dónde está el bastardo de mi padre? —Marcos está lleno de rabia y dolor, no lo culpo.

—Está detenido; la Guardia Civil lo tiene en el calabozo y mañana pasará a disposición judicial, tranquilo, hijo. —Le pone una mano en el hombro y ese gesto parece desarmarlo.

—Tendría que haber estado allí, joder, podría haber muerto alguien. Eva está mal. Si algo le pasa... —Marcos se derrumba y se pone a llorar como un niño.

—Ya, tranquilo, ya pasó. Primero, no tienes de qué culparte; tú no tienes la culpa de nada y, segundo, nada le va a pasar a Eva. Está en el quirófano y se va a poner bien. Tenemos que tener esperanzas. —Paco lo abraza y lo consuela, pero sé que él también estuvo en peligro y eso me encoge el alma.

—Paco, ¿cómo está Eva? cuéntame todo lo que te han dicho los médicos.

Y me relata los hechos. Qué miedo tienen que haber pasado. Julia y Laura se reúnen con nosotros en la sala de espera y en silencio aguardamos noticias de Eva.

Llevamos cuatro horas aquí. Estoy sentado con la cabeza de Julia en una pierna y la de Laura en la otra, cuando sale un médico preguntando por la familia de Eva, todos nos levantamos y contestamos un sonoro «Nosotros».

La han operado, pero no ha despertado aún; las siguientes veinticuatro horas serán decisivas para ella. Estoy acojonado de verdad. Paso a verla y se me cae el alma a los pies. Verla así, llena de tubos, pálida y con un feo golpe en la

mejilla y la cabeza vendada me destroza. Parece tan indefensa, tan... pequeña. Le cojo la mano y le digo que estoy aquí, que tiene que despertar, que la necesito.

Paco, Julia y Marcos se marchan a Los Chopos, pero Laura se ha negado a dejarme solo. Pasamos la noche haciendo turnos con ella. Por la mañana, Eva aún no ha despertado. Los médicos dicen que es normal, que hay que tener paciencia, pero yo estoy desquiciado, ¿y si no despierta? ¿Y si no puedo enmendar lo que he estropeado con ella? Dios, tienes que darme una segunda oportunidad con Eva. Ya he pasado antes por esto, por eso sé que no siento lo mismo. Con Elena lo pasé mal, claro, por ella, y sobre todo por nuestro hijo no nacido, pero lo que me recorre el cuerpo cuando veo a Eva tendida en la cama de este hospital ni se acerca a aquello. Juro que si se salva, todo va a ser diferente; voy a cambiar, voy a vivir por primera vez en cuatro años y Eva lo hará junto a mí, la vida es demasiado corta como para desperdiciarla.

He salido de la habitación para tomarme un café; estoy rendido.

—¡Salva ha despertado! —me grita Laura desde el pasillo. Corro hacia la habitación y la veo. Gracias, Dios mío, se ha despertado.

—Eva, menos mal preciosa. Voy a llamar al médico. —Salgo para llamar a voces al doctor, pero ya está en la puerta.

—Agua, por favor—Laura le acerca el vaso.

—Hola, Eva, soy el doctor López, ¿cómo te sientes?

—Bien, pero me duele mucho la cabeza y la garganta.

—Es normal, el golpe que te diste fue muy fuerte y el dolor de la garganta es por la intubación. Ahora te daremos un calmante y te haremos unas pruebas para verificar que todo está bien. Hasta luego.

A partir de ese momento se la llevan y no paran de hacerle pruebas que, gracias a Dios, salen bien. El médico nos informa que todo está correcto pero que se tiene que quedar unos días en observación y para ir haciendo comprobaciones de su estado. Es ya noche cerrada cuando la traen por fin a la habitación; se la ve cansada, pero está preciosa.

—Bueno, Laura, vete a dormir, ahora que la niña está despierta ya te puedes ir tranquila. —Necesito quedarme a solas con ella, tocarla, besarla, asegurarme que ha vuelto conmigo.

—¡Oh, Eva! Muchas gracias otra vez, no sé cómo pagarte todo lo que has hecho por nosotros. —Laura se abraza a ella llorando a moco tendido; no entiendo muy bien eso de «otra vez», pero ellas sabrán.

—Anda, amiga, vete a descansar que tienes peor cara que yo.

—¡Eso lo dices porque no te has visto! Es broma, estas preciosa. Bueno Salva, me marchó pero volveré. Te quiero amiga.

—Y yo a ti, locuela, anda vete. —Y Laura se marcha.

—Por fin solos, catalana. —Me siento en la cama; necesito estar cerca de ella.

—Hola, debo estar hecha unos zorros.

—Estas muy guapa, aunque un poco amoratada. Oye, fuiste muy valiente, pero no debiste ponerte en peligro. Estás loca, podrías haber muerto.

—La verdad es que no me paré a pensarlo; había que hacer algo y lo hice. Ahora que me acuerdo... ¿Pepe entró con una escopeta en plan Rambo o fue una alucinación?

—Noooo, el tío entró en plan asalto, ja, ja, ja. Laura lo llamó y le contó lo que estaba pasando; agarró la escopeta que siempre lleva en el coche y entró como si tuviera veinte años.

—¿Julia está bien?

—Sí, está bien, ella y Paco no tardaran en llegar, tienen muchas ganas de verte.

—Y yo a ellos. El marido de Julia...

—No llores preciosa, ese desgraciado está en la cárcel. No volverá a molestar a Julia; de eso me encargo yo. Ahora tienes que comer y ponerte bien. Tenemos cosas de las que hablar catalana. —Y le doy un beso tierno, pero lleno de necesidad.

Capítulo 17

Ya llevo en Los Chopos una semana, y me siento bien, aunque por las noches aún me molesta un poco la cabeza. Salva, Paco, Julia, Marcos y Laura no se han separado de mí ni un momento y me colman de atenciones. Les agradezco lo que hacen, pero estoy un poco agobiada; no estoy acostumbrada a ser el centro de atención.

Por suerte, esta tarde Paco tiene médico, y él y Salva estarán fuera toda la tarde. Me encanta que estén aquí conmigo, pero necesito un poquito de espacio.

Cuando esté sola, he quedado con Julia y Laura para hablar. Laura y yo sospechamos que la visita de Ramiro no fue una coincidencia; la mano de Tomás estaba metida y hay que decidir qué hacemos con esa información. Por eso hemos decidido confiar en Julia y contarle todo.

Cuando Laura y yo le relatamos todo a Julia, se queda de callada.

—Nada, ¿me oís? No vamos a hacer nada de nada, solo callarnos la boca —sentencia.

—Julia, creo que nos estamos equivocando. Está claro que fue Tomás quien le dijo a Ramiro dónde encontrarte; tenemos que decírselo a Salva. Es importante.

—Mamá, Eva tiene razón, callar no va a hacer que desaparezca lo que ha pasado.

—He dicho que no y no hay más que hablar. Paco se moriría del disgusto y

no es necesario, porque Ramiro está en la cárcel y este tema se queda como está, ¿queda claro?

—Ay Julia, eres tozuda como una mula. Vaaaleee, nos callaremos como muertas.

—No estoy de acuerdo, mamá, pero bueno, solo espero no tener que arrepentirnos de habernos callado.

Cuando Julia y Laura se marchan, cojo el diario de donde lo escondí el día del incidente. Por suerte, el cajón de la mesa de la cocina no se utiliza porque tiene carcoma. ¡Espero que no se hayan comido el diario! Tengo un ratito y lo voy a aprovechar. Me meto en mi cuarto, echo el pestillo del demonio y me tumbo en la cama.

Elena ha dejado de escribir tan seguido; lo hace solo un par de veces por semana y puedo intuir que su humor ha ido cambiando. La noto agobiada, algo decaída; no entiendo lo que le está pasando, creo que Elena tenía dos caras, fingía delante de todos y en el diario se mostraba tal y como estaba anímicamente de verdad.

31 DE DICIEMBRE DE 2005

Hoy es fin de año, cenaremos todos juntos aquí. Esta tarde vendrá Julia a ayudarme a cocinar. No tengo ni pizca de ganas. No sé qué me pasa; mi vida sigue siendo la misma, pero yo no. Algo en mí ha cambiado y no sé por qué.

Salva sigue siendo cariñoso y todo le parece poco para mí. Ayer volvió de trabajar y me dijo que me arreglara que nos íbamos a cenar a Sevilla, que sería la última cena íntima del año. Me pareció un detalle precioso, pero mi corazón no palpita como antes cuando Salva me prepara una sorpresa, me hace un regalo o se acerca a mí. Lo quiero con toda mi alma, pero ya no siento mariposas en el estómago.

Por supuesto, intento aparentar normalidad y creo que lo consigo porque Salva no me ha preguntado nada. Tampoco me cuesta fingir porque él es un gran hombre, tierno y afectuoso. Bueno voy a bajar que

Julia ya ha llegado. Buenas noches.

¿Elena se había desenamorado de Salva? ¡Vaya! eso sí que no me lo esperaba. Puede que fuera algo transitorio, un bajón por no quedarse embarazada. Pero días después Elena admite claramente que no está enamorada de Salva y que, si no lo deja, es por no hacerle daño.

4 DE FEBRERO DE 2006

Hoy hemos ido al médico. Salva dice que estoy muy decaída y ha insistido en que me hagan unos análisis, que puede que algo no esté bien. También hemos hablado con el médico del tema del embarazo. Llevamos casi ocho meses intentándolo y nada, para mí mejor, pero eso no lo puedo decir. Si Salva se enterara de que no quiero tener un hijo, le rompería el corazón, y eso es lo último que quiero.

Mi vida aquí es perfecta y la gente que me rodea también; la que falla soy yo, así que no pienso hacer daño a nadie. Quisiera irme a casa de mis padres, alejarme, pero no lo haré. Esta es mi casa y aquí es donde debo estar.

Esta noche llega Tomás; me produce tanto asco su sola presencia... Desde la boda no ha venido más que en dos ocasiones y no se ha vuelto a acercar a mí. Mostró indiferencia ante nuestra boda, y no pareció que le molestara no estar invitado. Es tan raro, tan retorcido, tan oscuro.

Mañana Paco y Salva se van a Utrera a negociar la compra de unos caballos. Un poco de espacio me irá bien; esta casa está siempre llena de gente y yo necesito soledad. Buenas noches.

¿Se va a quedar sola? Madre mía, ¡Elena está exponiéndose! Se ha relajado, ¿sería eso lo que pretendía Tomás manteniéndose alejado todos esos meses? Estoy segura de que sí; es muy listo, la amenaza y luego se aleja lo suficiente para que Elena se olvide de que no debe quedarse sola y baje la guardia, se relaje y él pueda llegar hasta ella. Pero está Julia, eso es, Julia está ahí y Marcos también. Me estoy poniendo nerviosa.

5 DE ABRIL DE 2006

Bueno, Salva y Paco se acaban de ir, hemos desayunado todos juntos y ahora... toca relajarme. Tengo que pensar en muchas cosas. La puerta.

Bueno, era Julia, me ha dicho que la han llamado del banco y que hay algún problema con su cuenta. En fin, que Marcos la tiene que llevar a la sucursal de Sevilla para solucionarlo. ¡Por fin sola!

No pude ser, ahora está completamente sola en el cortijo, Esto no me gusta.

Me voy a dar un baño, eso haré, un buen baño siempre relaja.

Ostras. Me da hasta miedo girar la página. Esta la ha dejado a medias, nunca lo hace, Elena es meticulosa y sistemática a la hora de escribir y siempre acaba las páginas. Aunque su narración se ha vuelto desordenada y un poco caótica, estoy segura de que ha continuado escribiendo. Su secreto está a punto de ver la luz. Me da miedo lo que voy a leer.

No sé qué día es hoy y tampoco me importa, han pasado días, no sé si muchos, para mí no hay días ni noches; todo es igual, nada es igual, me da igual todo. Salva está desesperado y Paco también, pobrecillos. Salva me pregunta qué me pasa; me quiere llevar al médico. Ninguno podría aliviarme, no voy a encontrar alivio nunca. No puedo contar nada, no puedo hablar con nadie de lo que me ha pasado. Es... asqueroso, pero hierve dentro de mí. Aquel día aquí sola fue el último de mi vida, porque morí, aquel día morí. Fui una tonta, no puse atención y el cazador lo aprovechó. Fui una ingenua pensando que se había olvidado de mí. Me atrapó en mi propia casa y ya me encontró desnuda. Se lo puse fácil. Era su casa, tenía llave y a mí para él solo durante horas. No puedo...

¡Por Dios es horrible! Las lágrimas no me dejan ni leer. Es aterrador saber lo que le pasó, porque estoy segura de que Tomás violó a Elena. Tengo que saberlo; ella me lo hizo llegar para que lo leyera, y tengo que hacerlo, se lo

debo a Elena, ella me ha dicho que debo leerlo para mantenerme a salvo, a salvo del halcón, a salvo de Tomás.

Me quedé aterrada cuando lo vi en la puerta del lavabo, observándome. Me quedé quieta dentro de la bañera. Me quedé paralizada, no me pude mover y él se aprovechó de mi miedo. Creo que intenta ahogarme en la bañera, pero no es lo que pretende, quiere atontarme para que no me pueda defender y lo consigue. Me saca del agua, exhausta, sin aliento. Me tira en el suelo y me ata las manos con una cinta. No, no, no era una cinta, era el cinturón de mi albornoz. Es grueso, no dejará marcas. Lo ata al pie del lavabo, veo cómo se desnuda y veo su halcón. Le ocupa casi toda la espalda, lloro y le suplico que me deje, pero se ríe. Dice que él tenía razón, que al final voy a ser suya. Se tumba encima de mí y... lo hace, me hace daño, como si me estuviera partiendo las entrañas. Me ha tapado la boca y me falta el aire, lloro y le suplico. Luego me da la vuelta. Eso duele aún más. En ese momento creo que me voy a desmayar de dolor, pero no hay suerte, lo siento todo, una y otra vez, no me dejará marcas visibles, pero estoy sangrando, lo sé porque él me lo dice y se ríe. Se burla de Salva; dice que no es un hombre de verdad, que él sí lo es y sigue atacándome. Yo ya he dejado de suplicar; no me salen más lágrimas. Me desata, se viste. Me vuelve a meter en la bañera, aún hay agua, pero está helada, estoy muerta de frío, pero me quedo allí. Él se va y me quedo allí. No tengo fuerzas para salir de la bañera; tengo mucho frío, salgo. Me duele todo el cuerpo. Me meto en la cama y no he vuelto a salir. Salva llega, se acerca y... no puedo... no quiero que me toque. Lo rechazo y su cara me parte el alma. No me va a tocar, nadie, nunca más. Dice que tengo fiebre. Julia me sube una taza de caldo. No quiero... no puedo ni tragar. ¿Cómo voy a poder vivir a partir de ahora?

Estoy horrorizada. No me lo puedo creer; es como si hubiera sido testigo de

una violación en vivo y en directo, como si los tres hubiéramos estado allí. Tengo ganas de vomitar, de gritar, de buscarlo y matarlo. Es un ser despreciable, una abominación, por Dios. ¿Qué puedo hacer?

Cuando me tranquilizo un poco, puedo ver que las páginas del diario están ligeramente mojadas por mis lágrimas, pero me fijo mejor y también veo unas arruguitas, como si se hubieran mojado antes... con gotas... son las lágrimas de Elena, a las que se han unido las mías.

Capítulo 18

Llevo días pensándolo y he decidido ir a ver a Elena; ya estoy totalmente recuperada y Salva ha accedido, no a que vaya a ver a Elena, por supuesto, eso no se lo he contado, pero con el cuento de que esta semana es el cumpleaños de Paco, he logrado la excusa perfecta para ir a Sevilla. Cuando llego al sanatorio, saludo a Luisa, que no pone ningún impedimento para que vea a Elena.

—Hola, Elena, ¿Cómo estás?

—Hola, aquí estoy bien... tu cara... —aún se me nota un poco el morado de la mejilla. ¡Vaya vista que tiene!

—Sí, estoy bien, me caí. —Me mira, veo como duda de lo que le digo.

—Ya.

—Elena, he leído tu diario.

—¿Sí? Eres muy lista; es feo lo que has leído, pero es la verdad. Mi secreto ahora ha salido, solo Eva y Elena.

—Sí. Elena, escúchame, creo que deberíamos contar a alguien lo que el halcón te hizo, seguro que...

—¡¡Nooooo!! Solo Eva y Elena. Si el secreto sale, hará mucho daño.

—Pero él te hizo daño a ti y debe pagar por ello.

—No, lo mío ya está hecho, pero haría daño a Paco, a Salva. No es necesario, no, no, no, ellos son buenos.

—Sí, son buenos, pero tenemos que decirlo, ¿no lo entiendes? Tiene que

pagar por lo que te hizo.

—No, no quiero, solo Eva y Elena, nanana, nanana. —Ha empezado a tararear, no hablará más, hora de marcharme.

Tengo que respetar la decisión de Elena, lo sé, pero vuelvo a tener la sensación de no estar haciendo lo correcto.

Cuando llego a Los Chopos a la hora de comer, me encuentro a Salva en la cocina haciendo la comida.

—Hola, catalana, siéntate, vamos a comer.

—A sus órdenes. ¿Dónde está tu padre?

—Se ha ido a comer a casa de Julia, estamos solitos.

—¡Vaya! Pues tengo hambre.

—¿Qué le has comprado a Paco?

—Le he comprado dos libros: *Obras Ejemplares* de Cervantes.

—Genial, le encantará. Bueno, catalana, es hora de hablar de nosotros. Lo primero es... perdóname, fui un poco imbécil y no te traté demasiado bien. Te acorralé, te lastimé el brazo, te grité. Lo siento tanto, catalana, tanto.

—Un poco imbécil no, mucho, pero no pasa nada. Yo también soy muy respondona y te sacaba de quicio, pero es que no tengo filtro. Eso es pasado. Salva, cuando conocí a Elena, te entendí. Debe ser duro tener a la persona que quieres en el estado en que está ella.

—Te equivocas en una cosa, yo no quiero a Elena o no estaría teniendo esta conversación contigo. Es mi esposa, pasó lo que pasó, y yo debo cuidar de ella, pero mi matrimonio acabó y mis sentimientos hacia ella también. —Por lo que veo el desenamoramiento fue recíproco. Menos mal.

—Vale, bueno, hay otro temita un poco incómodo. No sé muy bien lo que quieres que seamos o tengamos. Yo no tengo experiencia en relaciones y estoy muy asustada.

—Eres tan sincera... me gustas desde el momento en que te vi en el aeropuerto; te deseo desde que te ayudé a levantarte del suelo y estoy coladito por ti desde que me mandaste a la mierda la primera vez. —¡Ala!

—Ji, ji, ji, bueno, tú también me gustas mucho, pero no nos conocemos. Nos hemos peleado, hemos discutido, nos hemos ignorado. Y bueno, tú a mí... ya sabes...

—Ja, ja, ja, eres muy graciosa, catalana. Tenemos tiempo de conocernos, aunque creo que nos conocemos bastante bien. Ya no somos unos niños; yo no tengo ganas de ir de aquí para allá, quiero estabilidad y estoy seguro de lo que siento por ti. ¿Y tú?

—Yo también quiero conocerte mejor, me gustas mucho, *señorito*. —Una pregunta me ronda la cabeza, pero no sé cómo hacérsela.

—¿Qué te ronda por la cabeza? No seas cobarde... habla.

—¿Qué pasa con las putas, con Triana? —¿Filtros... filtros?

—Joder, catalana. Pues, nada, no pasa nada con ellas; no he vuelto a casa de Triana desde nuestro primer encuentro. Mis razones para ir de putas eran simples. Tenía necesidades, no quería ir de ligue y era libre. Aunque un papel me una a Elena, no tenemos nada sentimental.

—Ah... pero la noche del establo... tú te duchaste y te fuiste, yo supuse que...

—No cariño, no. Sí fui a ver a Triana, pero fue para despedirme de ella, para decirle que no volvería más. Con los años nos hemos hecho amigos y le debía una despedida.

—¡Vaya! pues me parece estupendo. —Tendría que contarle que Laura y yo lo vimos entrar en casa de Triana y que posteriormente la vi en Sevilla, pero decido no decir nada.

—Come, catalana. Hoy tú y yo nos vamos a echar la siesta. —¡Ay madre del amor hermosooooo!

—Va... vale.

La siesta está sobrevalorada, ¡Salva sí que sabe qué hacer en la hora de la siesta! Aún me tiemblan las piernas. Ha sido... perfecto. Bonito y rosa, muy rosa. Romántico, me ha hecho sentir guapa, deseada y amada. Es como me ha hecho sentir aunque sé que solo estamos empezando algo. Ha sido tan cariñoso, tan tierno. Ha sido una experiencia única.

Ahora estamos estirados en la cama, agotados.

—Estás muy callada ¿todo bien?

—Genial, me siento... genial. —Aún estoy volando.

—No me lo puedo creer. ¿Te he dejado sin palabras?

—Muy gracioso. Gracias, Salva, has sido muy cuidadoso con mi muro de Berlín. —Y empieza a reírse a carcajadas, el muy...

—De nada preciosa, un placer. Para mí también ha sido fantástico, de verdad.

—¿Puedo preguntarte algo? —Igual meto la pata.

—Claro. Dime.

—Pues... es que me pregunto si Tomás ha sido siempre así de... —Me quedo sin palabras para definir a ese.

—Siempre. Solo nos llevamos tres años y entré en esta casa siendo un bebé, así que en realidad es como si fuera hermano suyo, pero no me traga, no sé el porqué. Paco dice que no es por mí, sino que Tomás es así, con él y con Concha era y es igual; ya has podido verlo tú misma. Te voy a confesar algo, catalana, si nunca he llamado padres a Concha o a Paco, no ha sido por no sentirlos como tal, sino por no empeorar mi relación con Tomás. Cuando era pequeño me aleccionaba; me decía que yo debía llamarlos por sus nombres porque no eran mis padres. Eso me lo empezó a decir desde que tengo consciencia, así que pronto me di cuenta de que él no quería que los llamara «papá y mamá», y supongo que Paco y Concha también lo veían, porque nunca me dijeron que los llamara así, aunque ellos a mí sí me llamaban hijo y me trataban como a tal. Pero no me importa. Yo siempre los he querido y considerado mis padres. —Ese tío no hay por dónde cogerlo.

—Es un hombre tan... raro.

—Sí, lo es. Pero ya vale de hablar de Tomás. Es hora de continuar con mis clases de sexo. ¿Preparada? —Sí, sí, sí.

—Preparada.

Capítulo 19

Paco ya está casi totalmente recuperado. Pronto no seré necesaria aquí. Salva y yo seguimos adelante con nuestra relación, pero no hemos hablado de ir más allá. No sé qué haré cuando Paco ya no me necesite. Ya llevamos tres meses, y es perfecto. Hemos hablado mucho y hemos tenido muuuucho sexo.

Salva me ha contado toda su historia, su vida junto a Elena, parte de la cual ya sabía gracias al diario. Me confiesa que, con los años, se ha dado cuenta de que no la amó realmente, sino que le gustaba mucho y era encantadora y buena, pero no era un enamoramiento real y no lo fue por ambas partes. Eran demasiado jóvenes y fantasiosos, según él. Salva estaba muy mal a causa de la enfermedad de Concha, y Elena era joven y enamoradiza. Los dos vivieron una historia fantasiosa y efímera en amor, pero real en respeto y cariño.

Me explica lo mucho que cambió Elena, lo que le sorprendió su embarazo, pues casi no tenían relaciones sexuales y el episodio de intento de suicidio.

Mientras me lo contaba, mi imaginación iba a mil por hora. ¿Podría haberse quedado Elena embarazada de Tomás? Estoy segura de que sí, y que ella lo sabía y por eso intentó quitarse la vida. Callo que tengo el diario de Elena, callo que Tomás intentó forzar a Laura y violó a Elena y callo que sabemos que fue él quien envió al marido de Julia. Guardar tantos secretos está minando mi felicidad, pero no puedo hacer nada por ahora.

Paco y Julia están encantados con nuestra relación. Se lo conté también a Laura y se alegró mucho. Ella sigue también con Eric. Por primera vez desde

que estoy aquí, siento que todo va bien.

Estamos ya en Semana Santa y los días empiezan a ser más largos y hace bastante calor para estar a principios de abril. Me han pasado tantas cosas en estos tres meses, que no he leído nada del diario y también por falta de valor. Ahora que Salva y yo tenemos una relación, tengo la sensación de estar engañándolo, pero tengo que saberlo todo y, como estoy sola, decido leer en el patio.

30 DE MAYO DE 2006

Mi mundo se ha hundido por completo: estoy embarazada. De Tomás, estoy segura. No tengo ganas de vivir; me duele ver lo tocado que está Salva con mi actitud, lo preocupados que están Paco, Julia y mis padres. Todos intentan animarme, ayudarme a salir de este pozo en el que me encuentro, pero no puedo y tampoco quiero. Aquí estoy segura. Él no ha vuelto a venir. Paso casi todo el día en la cama. La mayoría de las veces como sola en mi habitación. No tengo ganas de hablar con nadie, no quiero ver a nadie. Mi vida acabó aquel día. Ya nada merece la pena, ya no tengo nada... solo este hijo que crece dentro de mí y que detesto.

Su relato se ha vuelto desordenado, escribe párrafos sin sentido, sin fechas, hasta...

15 DE NOVIEMBRE DE 2006.

No puedo seguir dándole esta vida a la gente que quiero. Los estoy arrastrando conmigo. Este hijo sigue creciendo dentro de mí, el hijo de Tomás, fruto de un acto horrible, de un acto que me ha arruinado la vida... una vida que no quiero seguir viviendo. Ayer lo oí, vino el halcón, me tapé la cabeza con las sábanas. Oigo la puerta abrirse. Noooo...

—Hola, preciosa. —No puedo verlo, no quiero.

—Me ha dicho mi padre que estas embarazada, enhorabuena. Sé que mi hermano no es capaz ni de preñar a su esposa, así que supongo que es mío. Te lo regalo. Solo he venido a decirte que sigas manteniendo la

boca cerrada como hasta ahora o las cosas se pondrán difíciles para todos. Adiós, muñequita... ya vendré otro día a verte.

Eso no va a pasar, no quiero que se vuelva a acercarse a mí. Prefiero morir antes. Ese es mi destino. Me despido de ti, eres muy valioso y guardas mi mayor secreto, por eso voy a esconderte, para que nunca nadie te encuentre. Podría destruirte, quemarte, pero no puedo. Formas parte de mí. Voy a esconderte y luego acabaré con este sufrimiento. Adiós.

Y no hay nada más. Ese fue el final de su historia. Qué triste final para Elena, para Salva y para el bebé, el más inocente de todos. Tomás le dio la estocada final.

—Hola, cuñadita. —Joder que susto. Tomás.

—¿Qué haces tú aquí?

—Es mi casa y vengo cuando me da la gana. En cambio, tú parece que has encontrado la excusa perfecta para quedarte y ligarte al hermano equivocado.

—Eso mismo fue lo que le dijo a Elena. Pero yo no soy ella.

—Eres un cerdo. —Me levanto para irme pero me agarra del brazo.

—Eres tonta. Yo podría darte una vida mejor que vivir en este cortijo de mierda, con ese putero que arrastra a una mujer loca.

—Elena está donde está por tu culpa, maldito cabrón. —Me callo porque no le puedo decir lo que sé.

—¿Que dices?! Esa tonta pensó que sería feliz viviendo aquí rodeada de campo y mierda de caballo, pero se ahogó, y Salva no estuvo a la altura, pero tú aun estas a tiempo. Vente conmigo.

—Tú estás chalao; quiero a Salva, y es cien mil veces más humano, mas hombre y mas integro que tú. No quiero que vuelvas a acercarte a mí. —Se ha cabreado de verdad.

—¿Quien coño te crees que eres niñata de mierda?! ¿Tú rechazándome a mí, una sin hogar, una desgraciada que no tiene donde caerse muerta? Esto no va a quedar así. —Me ha dejado sin palabras, me ha acojonado de verdad; está

loco, no quiero acabar como Elena. No se puede repetir la misma historia.

Por suerte para mi cordura, al día siguiente llega a Los Chopos Laura para pasar unos días y se ha traído a su noviete. Eric resulta ser un chico encantador y muy cachondo. Nos reunimos todos alrededor de la mesa y comemos, bebemos y reímos como una familia normal. El ambiente es perfecto, la gente es perfecta y es mi familia. Me siento en casa, en familia y voy a luchar como una jabata para que esto siga siendo así.

Anoche nos acostamos a las tantas. Entre charla y chupitos, se nos hizo tardísimo y bueno, Salva alargó un poco más la noche y fue perfecto; él es perfecto para mí y lo quiero con locura.

Al día siguiente despierto sola en la cama, pero feliz. Son las ocho de la mañana, Salva está trabajando y yo voy a ayudar a Paco a levantarse. Lo puede hacer casi totalmente solo, pero no quiero que lo haga. Alegra mi mañana con sus bromas. Cuando entro en la cocina, Julia está haciendo una jarra de zumo de naranja.

—Buenos días, Julia. —Y la beso.

—Buenos días, bicho, te voy a poner un vaso de zumo y me voy a poner una lavadora. —Esta mujer es un amor.

—Gracias Julia, pónmelo, le echo un vistazo a Paco y vuelvo.

—Claro. ¡Pero no tardes que se le van las vitaminas! —Me parto de risa; ese mito ha hecho mucho daño.

—¡Buenos días, Paco!

—Hola, hija, como ves, ya estoy vestido. Podrías haberte quedado más rato en la cama, ayer trasnochasteis.

—No hacía falta, luego me echaré la siesta. ¿Por qué te has arreglado tanto?
—Se ha puesto un pantalón y una camisa.

—Recuerda que hoy Salva y yo tenemos que ir a Sevilla.

—¡Es verdad! No sé dónde tengo la cabeza. ¿Comeréis aquí?

—No, almorzaremos en Sevilla, nos irá bien pasar un día padre e hijo.

—Me parece estupendo. Voy a tomarme el zumo que Julia me ha preparado y

te hago el desayuno.

—Vale hija, solo un cafelito por favor.

—Y una tostada. —Cada mañana la misma guerra.

—Valeeeeeee.

Me tomo mi zumo y le hago el desayuno a Paco, el cafelito y la tostada con manteca colorá. De repente me encuentro un poco mareada. Creo que yo también necesito un café.

—¿Te pasa algo, hija? —estoy sentada frente a Paco y no lo veo bien, me estoy asustando.

—No mucho, estoy un poco mareada.

—¡Julia! Ven por favor.

—¿Qué pasa, Paco?

—Eva no se encuentra bien, ayúdame a llevarla arriba.

Estoy totalmente mareada y me duele mucho la cabeza. Entre los dos me llevan a mi cuarto, el que ahora comparto con Salva y me meten en la cama.

—Paco, dejemos que duerma un rato, ayer Laura y Eric llegaron a las cuatro de la madrugada a casa... estos jóvenes.

—Sí, estará agotada. Pues ala, a dormir preciosa.

—Sí, gracias, lo necesito.

—En unas horas vendré a traerte algo de comer, duerme cariño. —Me besan los dos y salen de la habitación y todo se torna oscuro.

Caigo en un sueño profundo y muy muy agradable, besos, por la cara, en mis labios, por mi cuello. Ummm, Salva me quita la camiseta y el pantalón de chándal, no puedo responder a sus caricias, me pesan los brazos y tampoco puedo abrir los ojos. Estoy tan cansada, pero él no se detiene y sigue a lo suyo. ¿Me ha quitado el sujetador? Sí, sus manos están por todas partes... pero me empiezan a resultar extrañas, sus caricias no son tiernas, no tienen la dulzura de siempre, no me gusta esto. Quiero que pare.

Capítulo 20

SALVA

Paco ha insistido en que almorcemos en Sevilla, bueno, le daré el gusto. Entro en la cocina y ya lo veo vestido como un pincel, pero parece que algo lo preocupa.

—Hola, Paco, Julia, ¿pasa algo?

—Hola, hijo, no es nada. Eva no se encontraba muy bien y la hemos acompañado a la cama. Trasnocasteis mucho anoche y necesitaba dormir.

—Pobrecilla, voy a subir a verla. Paco si no se encuentra bien...

—Claro, hijo, si no se encuentra bien lo dejamos para otro día.

—Gracias, ahora vuelvo.

Subo las escaleras de dos en dos. Necesito ver como se encuentra.

Pero cuando llego a nuestro cuarto me quedo petrificado en la puerta. Eva no está sola, está en la cama, desnuda, con Tomás. No puedo creer lo que veo. Él la está besando y ella no lo rechaza, maldito hijo de puta. Lo agarro por la camisa y lo saco a golpes de la habitación, no he podido ni mirar a Eva, me da asco, me ha engañado. Me ha traicionado con esta escoria.

—¡Maldito cabrón! —Lo empujo y el muy canalla ni se defiende, solo sonrío.

—¡Te quiero fuera de esta casa ya! —Lo voy a matar, lo agarro del cuello y lo empujo escaleras abajo. Lo alcanzo y le doy un puñetazo que tenía guardado desde hacía años. Sin darme cuenta estamos al pie de la escalera, y Paco y

Julia nos miran horrorizados.

—¡¡Parad por favor, parad!! —Paco me agarra del brazo.

—Paco, suéltame, ¡suéltame!

—Háblame, por favor, habla conmigo, hijo.

—Tu hijo soy yo, no este bastardo. —Lo mato.

—¡Basta! Los dos sois mis hijos, Tomás, entiéndelo de una puñetera vez. — Pobre Paco, no soy su hijo, pero ha sufrido tanto por mí... y esto lo va a dañar más. No quiero que sufra y tenga que elegir entre Tomás y yo. No quiero contarle la traición de Eva. Por primera vez en mi vida me doy cuenta de que el que sobra en esta casa soy yo.

—Me marchó. —Es lo mejor para mí, para todos.

—¿Cómo que te marchas, a dónde, y Eva?

—Ja, ja, ja. No entiendo tu mala elección a la hora de escoger mujeres. A Elena pudiste engañarla al principio, pero lo de Eva no lo entiendo. Ella sabía cómo eras. Un día le preguntó a Triana por ti, porque te vio entrar en su garito y aun así... se arriesgó a probar contigo. Hasta que me conocen a mí y se dan cuenta de que han elegido al hermano equivocado. ¡Te he quitado a tus dos mujeres en la cara! —Me largo o lo mato.

—No quiero seguir viviendo aquí, ni quiero volver a ver a Eva, hasta que ella no se haya ido de esta casa, no pienso volver.

Paco se ha quedado tan sorprendido que no ha dicho ni «mu», cojo las llaves del Cherokee y salgo huyendo del daño, del engaño y de lo que todavía tengo grabado en mis retinas. ¿Qué habrá querido decir con que también me quitó a Elena? ¿Elena también me fue infiel con él?

Quiero irme lejos; Eva me ha machacado el corazón. No creía quererla tanto hasta que he sentido el dolor de su traición en el pecho. A la mierda todo.

—Tomás, ¿qué ha pasado ahí arriba?

—Pues que tu... hijito bastardo no acierta con las mujeres. Nos ha pillado. Bueno, ya sabes... en la cama.

—No te creo. Eva no le haría eso a Salva.

—¡Venga ya! Elena hizo lo mismo. Salva no sabe satisfacer a sus mujeres y cuando se dan cuenta de que han elegido al hermano equivocado... pues, pasa lo que pasa.

—Eres mi hijo, pero no te reconozco. ¿De dónde sacas tanto rencor, tanta maldad? Tu madre, que en paz descansa, y yo te criamos bien, con respeto y cariño, pero nada ha servido para hacerte ser un buen hombre. Conozco a Salva y te conozco a ti, y sé que todo este follón lo has causado tú, y en este momento te digo basta. No te quiero ver más en esta casa. Eres dañino y, aunque me duela en el alma, no quiero verte más si no es para pedirle perdón a tu hermano por todo lo que le has hecho pasar. Adiós, Tomás.

—Me parece mentira que me digas eso. ¡A tu propio hijo!

—Vete, ahora mismo.

—Sí, me voy de aquí y no pienso volver ¡¡nunca!!

Capítulo 21

¿Qué hora debe ser? Nadie me ha despertado y parece que he dormido todo el día. El dolor de cabeza no se me ha quitado. Bajaré a comer algo y me tomaré un paracetamol. Retiro las sábanas y veo que solo llevo las bragas. Cuando me acostaron Paco y Julia no me dejaron desnuda. ¿Entonces? Recuerdo, besos, caricias bruscas. ¿Vino a verme Salva? No entiendo nada. Me voy a dar una ducha a ver si me espabilo. Cuando me miro en el espejo, me quedo de piedra. Joder con Salva. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Es un morado feísimo. En el cuello tengo uno, pero al fijarme mejor veo que en el lateral del pecho tengo otro y me duele un montón.

Cuando ya estoy duchada, bajo hecha un basilisco. Cuando vea a Salva le voy a dar una patada en el culo por gilipollas y por bestia. A ver si este se va a creer que me puede hacer lo que le dé la gana. Pero cuando llego a la cocina se me olvida todo. ¿Por Dios, que ha pasado? Paco llora y Julia intenta consolarlo.

—¿¡Que ha pasado!?! Paco, por favor, ¿qué ha pasado, Salva está bien? — Me mira y me parte el alma verlo así.

—Siéntate hija, por favor. Julia, pon unos cafecitos y siéntate con nosotros, te necesito aquí. —Estoy temblando.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa? ¿Dónde está Salva, le ha pasado algo? —Ahora la que llora soy yo.

—Verás. Salva se ha ido. Ha pasado algo... no sé cómo... —Y se pone a

llorar.

—Tranquilo, Paco. Eva, cuando ha venido Salva a buscar a Paco, le hemos comentado que no te encontrabas bien y ha subido a toda prisa a verte, pero a los veinte segundos hemos oído gritos en la escalera y... hemos visto a Salva pegándole a Tomás. No entendíamos nada, entonces Salva se ha ido... y Tomás ha dicho que os había pillado... juntos en la ca... en la cama.

—¿¡¡¡¡Quééé!!!!? Pe... pero eso... eso no es verdad, yo, yo nunca... jamás... Oh, Dios mío. —No puede ser lo que me estoy imaginando. Estoy desolada y horrorizada al mismo tiempo. Un momento, ese tacto brusco... esa falta de cariño... Joder, ¡¡el que me estaba tocando y besando era Tomás!! Me entran arcadas y no puedo reprimir las lágrimas.

—Ya lo sabemos hija. Salva debe haber malinterpretado lo que ha visto, pero estaba... desolado, tan herido. Me ha partido el corazón verlo así... otra vez.

—Paco, te juro que yo no me he dejado tocar por Tomás. Te lo juro, él es... repugnante; yo nunca... con él. —Estoy tan nerviosa que no me salen ni las palabras; tengo que tranquilizarme para poder explicarme.

—Ya lo sé, hija, algo ha pasado porque Salva no se inventaría jamás algo así, pero no sé si ha sabido interpretar lo que ha visto y Tomás le ha dicho cosas horribles.

—¿Qué le ha dicho? —le pregunto con temor.

—Tomás ha insinuado que también estuvo con Elena, que las dos os fijasteis en el hermano equivocado.

—Es una rata asquerosa. Lo siento, Paco —escupo con rabia.

—No lo sientas, lo he echado de aquí. No lo quiero en Los Chopos. —La cosa se ha puesto fea.

—A ver, Paco, Eva, estamos de acuerdo en que lo que Salva ha visto no ha sido real. Recapitulemos: Eva, tú esta mañana te has puesto mala justo cuando te has tomado el zumo. Te subimos arriba, te quedas sola. Tomás se mete en tu cuarto se aprovecha de ti y aparece Salva. —La lógica de Julia.

—La verdad es que es todo un poco... extraño, hasta sospechoso —dice Paco.

—A ver, cuando te hemos dejado en tu cuarto, me he puesto a pensar y no sé... la falta de sueño te puede aturdir un poco, hasta hacer que te dé algún leve mareo, pero tú te has puesto muy mal. Ha habido un momento que hasta se te han puesto los ojos en blanco y me ha parecido oírte delirar mientras te tumbábamos en la cama. Una suposición: ¿y si Tomás le ha echado algo en el zumo para atontarla y atacarla sabiendo que Salva iba a verlos? Todos sabemos de su odio injustificado hacia Salva y... lo siento, Paco, pero Tomás es muy retorcido.

—Lo sé Julia, es mi hijo y me duele, pero la verdad está ahí. No es tan descabellado lo que dices, aunque lo del tranquilizante me parece retorcido hasta para Tomás.

—Ha tenido que ser eso, Paco. Yo tengo un ligero recuerdo de cuando me subisteis al cuarto, pero luego caí en una neblina. Recuerdo besos, pero no podía abrir los ojos ni mover los brazos. Creí que era Salva, pero no pude ver quien era. —Que vergüenza más grande—. Pero sus caricias no me eran conocidas, eran bruscas y me hacían daño; intenté protestar, pero no podía moverme. ¡Por Dios, qué asco y estaba casi desnuda! —Solo pensar que ha puesto sus manos sobre mí.

—Esto es muy grave, Eva, Tomás te ha agredido y lo tienes que denunciar.

—Pero es tu hijo, yo...

—Mi hijo ha cometido un delito imperdonable. Un hijo mío jamás atacaría a una mujer y menos aún si está indefensa. Ahora mismo llamo a Juan Baños, el capitán de la Guardia Civil, para que venga. —Llegó la hora.

—Hay más... hay más cosas que deberíais saber y siento mucho ser yo quien os las cuente, sobre todo a ti, Paco.

—¿De qué hablas, Eva? —Pobre Paco, ni se imagina lo que va a tener que oír.

Y así es como Paco se entera del despojo humano que tiene por hijo. Lo

cuento todo, mis conversaciones con Elena, la búsqueda del diario y lo que pone en él, del halcón, de la violación de Elena, de su ataque a Laura, de sus amenazas, de su culpabilidad con respecto a la visita de Ramiro... todo y, por último, les muestro el diario.

Paco y Julia lloran desconsolados. Ha sido duro contarlo y oírlo aún más, pero había llegado el momento y lo he hecho, tarde, pero ya está. Ya se ha descubierto el secreto.

Cuando ya nos hemos tranquilizado, Paco se levanta y llama a la Guardia Civil. Se encierran en el despacho durante al menos una hora y, cuando la Guardia Civil se marcha, lo hace para ir en busca de Tomás. Lo van a acusar de un montón de cargos; el halcón ha sido cazado.

Capítulo 22

Laura ya se ha marchado. Su madre tuvo una conversación con ella; le pidió perdón por no creerle y así poder haber evitado los dos ataques que sufrió por parte de Tomás, todo quedó aclarado. Todos nos hemos quitado un gran peso de encima, pero la peor parte se la ha llevado Paco, pobre hombre.

Hace ya dos semanas del suceso, Tomás ya está en la cárcel y por muy abogado que sea, de esta no se escapa.

Salva sigue sin aparecer. No le coge el teléfono a su padre ni a mí. Estoy desolada; si esta semana no sé nada de él, me voy para Barcelona. Ya he hablado con Paco y, aunque no quiere que me vaya, lo entiende. Ya no pinto nada aquí. Fue bonito mientras duró y sé que Salva era el amor de mi vida, pero no ha podido ser. Estoy triste, pero sobre todo estoy rabiosa, muy enfadada con Salva, por no confiar en mí, por no querer hablar conmigo, por abandonarme sin querer oír explicaciones, por haberse rendido.

Capítulo 23

SALVA

He estado en Utrera todas estas semanas, pensando, lamiendo mis heridas. He encontrado trabajo aquí y me voy a quedar. He llamado a los padres de Elena para que dispongan el traslado; hoy voy a ir a despedirme de ella.

—Hola, Elena, ¿cómo estás?

—Bien, pero tú no. Tus ojos... —Siempre ha sido tan observadora.

—No es nada... van a venir tus padres y...

—¿Dónde está Eva? —Se me para el corazón al oír su nombre.

—En el cortijo, supongo.

—No la dejes sola, el halcón acecha. Debes protegerla.

—¿Qué halcón? —Otra vez con ese bicho.

—Ella encontró mi secreto, vino a decírmelo y, si se entera el halcón, le hará daño, como a mí.

—Elena, ¿el halcón tiene nombre? No puedo proteger a Eva si no sé de quién.

—El halcón tiene nombre. El halcón es Tomás. Me hizo daño a mí y se lo hará a ella.

—¿Tomás te hizo daño, cómo, cuándo? —Estoy perdiendo los nervios.

—Eso no importa; Eva y tú sois importantes ahora. Ella es tuya y la tienes que cuidar; tienes que protegerla del halcón, porque el halcón la va a querer tener para él, pobrecita Eva.

—Joder Elena. Si ese cabrón te hizo daño... yo... lo siento... No me di cuenta. —Pobrecilla.

—No. No. Tú no tuviste culpa, no, fue el halcón, es malo, un monstruo, yo aquí estoy segura; no quiero salir. —Ahora lo entiendo todo.

—Vale, lo entiendo, Elena, pero...

—¿Van a venir papá y mamá? Los quiero ver. —Ha decidido cambiar de conversación, y creo que para ella es lo mejor.

—Sí. Ellos quieren llevarte con ellos, ¿quieres irte con ellos?

—Sí, sí, quiero. Tú tienes a Eva, yo a ellos.

—Pero iré a verte.

—Y Eva, por favor, tráela para que me peine. Venid los dos juntos. Ahora vete, cuídala, que el halcón no la toque, corre, vete, vete. —No sé si será posible.

—Vale, me marchó. —Le doy un beso en la cabeza como siempre y salgo por la puerta con la cabeza hecha un lío. Tengo que hablar con Paco; voy a llamarlo.

Cuando cuelgo el teléfono media hora después, no puedo creer lo que acabo de oír, lo que ha hecho ese desgraciado que, por suerte para él, está en la cárcel y no le puedo poner las manos encima. Pobre Eva. Me fui sin escuchar a nadie; la dejé sola después de que ese desgraciado la atacara. Paco, mi padre... solo con todo esto. Tengo que enmendar mi error y volver a Los Chopos.

Cuando llego al cortijo, me doy cuenta de que nunca podría vivir en ningún otro lugar. Amo estas tierras. Entro por la puerta de la cocina y a la primera que veo es a Julia que, sin pensárselo, se tira a mis brazos llorando. Me dice que Paco y Eva están en el despacho y para allá que voy. Menuda la que me va a caer.

Cuando abro la puerta, los dos me miran muy serios, y Eva se levanta para marcharse.

—No, Eva, por favor no te vayas. Vengo a disculparme, por favor, hablemos.

—¿Has tardado un poco, no? ¿Sabes lo preocupados que hemos estado por ti, lo que has hecho sufrir a tu padre? —Esta es mi catalana y está furiosa de verdad.

—Lo sé y lo siento. Necesitaba espacio; me sentí traicionado. Tenéis que entenderme, lo que vi... lo que creí ver fue... Elena me ha contado cosas horribles.

—Hijo, si te hubieras quedado, no habrías sufrido tanto... ni nosotros tampoco. —Me parte el alma verlo así.

—Lo siento mucho, perdonadme. Fui un descerebrado; debí darme cuenta de que aquello no podía ser real, pero no podía quedarme. De haberlo hecho, habría hecho una locura. Paco, Tomás es tu hijo... y yo...

—Escucha, Salva, Concha y yo tuvimos dos hijos: Tomás y tú. Y me duele el alma cuando pienso en lo que Tomás le ha hecho a las mujeres de esta casa pero, por otro lado, se me llena el pecho de orgullo cuando pienso en lo honesto y honrado que eres tú. Te quiero más que a mi vida, hijo, no debes dudarle nunca.

—Lo sé papá y así lo siento. —Lo abrazo porque soy el hombre más afortunado del mundo por tener a Paco como padre.

—Sois de lo que no hay, yo que estaba cabreada como una mona y aquí estoy llorando como una «bleda». Ven aquí, grandullón, dame un abrazo por favor.

—Claro que sí, catalana, me muero de ganas. Llevo dos semanas esperando este momento. —Cuanto quiero a esta respondona.

—Bueno, hijo, vamos a la cocina que Julia se tiene que unir a la reunión. Salva, vamos a contarte cosas que te harán daño, pero de las que no tienes ninguna culpa, tranquilo, ¿vale?

—Vale. —Ahora sí que estoy preocupado.

Nos reunimos con Julia en la cocina. Lo que me explican a continuación me pone los pelos de punta. ¿Cómo puede existir un ser tan despreciable como Tomás, como puede ser tan despreciable un ser nacido de dos personas tan maravillosas? Violó a Elena, seguramente la dejó embarazada, la empujó a

intentar suicidarse y años después lo intenta con Laura y con Eva. Eva, pobrecilla, mi niña, mi catalana, cada vez que la recuerdo allí drogada, indefensa y con ese cabrón tocándola... hiervo de rabia. Si hubiera pensado un momento, si mi ira no me hubiera cegado, mi catalana no habría pasado por eso, joder. Soy un estúpido.

—Bueno, lo malo ya pasó. Tomás está en la cárcel; tiene que pagar por lo que hizo. Salva, el diario de Elena lo cogió la Guardia Civil como prueba, pero nos lo devolverán. Es lógico que lo tengas tú; mereces leerlo y decidir lo que hacer con él. Ahora que todo ha pasado, tenemos que aparcar todo lo malo, todo lo que hemos descubierto estos días y vivir, vivir, amar y ser felices. ¿De acuerdo? —¡Qué sabio es Paco! Mi padre.

—Tienes razón. Catalana, tú y yo tenemos que hablar de cosas importantes. Nos vamos. —Paco y Julia sonríen felices de vernos bien.

—Por cierto Salva, no dejes de llamarme «papá» por favor. He esperado treinta y dos años para escucharte llamarme así.

—No te preocupes, papá, te vas a cansar de oírlo.

—Eso nunca. Venga, iros por ahí ja, ja, ja.

Capítulo 24

Salva y yo hablamos de todo y tomamos decisiones importantes. Finalmente me quedo a vivir en Los Chopos y, por supuesto, él hablará con los padres de Elena, se tienen que divorciar y así poder casarnos. Estoy tan feliz... Por fin la vida me sonrío de verdad.

Hoy me levanto sintiéndome diferente, feliz y segura como ningún otro día desde que estoy aquí. Salva ya se ha ido a trabajar y verlo a él también tan contento me llena de felicidad. Me visto y bajo a desayunar con Julia.

—¡Buenos días Julia! —Y la beso.

—Buenos días, mi niña, todo bien por lo que veo. Tienes una carita de felicidad.

—¡No me digas esas cosas! —Ya estoy como un pimiento morrón.

—Ja, ja, ja, no te dé vergüenza, me hace feliz veros tan bien. Os lo merecéis. Me parece mentira todo lo que ha pasado. No me lo puedo creer.

—Ni yo tampoco, parece el guion de una película. Pero la peor parte se la llevó Elena: guardar tantos años ese dolor.

—Sí, y tuviste que llegar tú para liberarla. Nos has dado la paz a todos.

—Y vosotros a mí. ¿Cómo pudo Tomás tramar todo esto? Era un plan diabólico y premeditado y todo por hacerle daño a Salva. Es enfermizo.

—Sí... pero hay algo que me ronda por la cabeza. Algo que dijo Tomás.

—¿El qué?

—Dijo algo de un garito y que tú lo sabías todo porque hablaste con una tal Triana.

—Ostras. ¿Cómo puede saber eso? Es algo... de Salva. No lo puedo decir.

—Ahora sí que estoy alucinando. Yo no le conté a nadie mi encuentro con Triana, ni siquiera a Laura. ¿Cómo es posible que ese lo supiera?

—No te preocupes, sé de qué va. He oído hablar de esa tal Triana y sé a lo que se dedica, pero me extrañó que tú lo supieras.

—Bueno, el caso es que un día que Laura y yo fuimos a Sevilla, lo vimos entrar en ese lugar y esa mujer nos atendió y luego otro día que fui yo sola, me la encontré por casualidad y charlamos un rato. Pero yo no he dicho nada a nadie de que vi a esa mujer.

—Bueno, Sevilla es un pañuelo. En fin, me voy a tender la ropa.

—Vale. —Cuando Julia se va, le sigo dando vueltas al asunto. No me cuadra. Oigo la puerta del patio y, creyendo que es Julia, me giro para preguntarle si Tomás lo dijo delante de Paco, pero me quedo petrificada cuando veo que la persona que ha entrado en la cocina no es Julia, sino... Triana. Lleva un cuchillo y su cara me está causando una taquicardia, ni un día ha durado la tranquilidad.

—¿Triana? ¿Qué haces tú aquí? —No hay nada en ella de la Triana que había visto antes. Está aviejada; va con un tejano y una sudadera, y el pelo con más grasa que un montadito de chorizo. Sus ojos están enrojecidos, y reflejan ira... mucha ira.

—¡Pero si es la niña bonita! A ti te vengo a buscar, guarra. —Ay, mi madre, que la cosa se pone chungueta y otra vez estoy sola.

—Triana, tranquila. ¿Qué te pasa?

—¡¡¿Que qué me pasa?!! ¡¡Me pasas tú!! Antes de llegar tú, tenía esperanzas de que se fijara en mí, de que me viera como a una mujer, de que me deseara... pero apareciste, y él se alejó.

—No sé a qué te refieres; deja el cuchillo y hablemos. —De esta no me

salvo.

—¡Hablo de Salva! Él tenía que ser para mí. Esperé, aguanté verlo acostarse con todas mis chicas. ¿Sabes lo que sentía cada vez que se metía en una habitación con una de ellas? ¿Y el sufrimiento cuando decían lo que disfrutaban estando entre sus brazos? Pero esperé, le di tiempo para que se fijara en mí... pero unos días después de venir tú buscándolo, vino a despedirse, y me dijo que no vendría más ¡y fue por tu culpa! ¡Tú me lo has robado!

—Yo no he hecho nada, por favor. Tienes que entender que nos hemos enamorado. —Estoy acojonadita del todo; esta tía está loca y cada vez está más cerca y mueve el cuchillo delante de mí.

— ¿Sabes lo que he tenido que hacer para intentar recuperarlo? Me he tenido que entregar a ese asqueroso de Tomás, acceder a todo lo que le gusta. No tienes ni idea de lo que me ha llegado a hacer... y todo para que accediera a ayudarme. Le di el somnífero para ti, ¡¡pero toda la humillación y el dolor no sirvieron de nada!!

—Lo siento yo... yo sé que Tomás es un cerdo. Te manipuló.

—¡No, hicimos un trato! Yo me dejaba hacer todo lo que se le ocurría a ese depravado a cambio de que Salva volviera a mi casa y me viera ¡ME VIERA! Todo tenía que salir bien; él se alejaría de ti y volvería a mí. Pero has vuelto a quedártelo, a quitármelo. He venido a quitarte yo misma del medio. Tiene que ser mío. ¡Lo amo! ¿entiendes eso? ¡Lo amo y va a ser mío!

Y se abalanza sobre mí como una leona. Caemos las dos al suelo; ella encima de mí, le cojo la mano que lleva el cuchillo, pero tiene mucha fuerza. No voy a poder resistir mucho más. De repente oigo la puerta y veo a alguien por encima de nosotras, es Julia con una sartén y se la stampa en la cabeza a Triana. Esta cae desmayada sobre mí. Ha ido de poco.

—¡¡Eva, cariño!! ¿estás bien? —Julia me ayuda a levantarme; estoy hecha un flan.

—¡Qué miedo he pasado! Gracias, Julia, muchas gracias. —Me abrazo a ella

desconsolada. Triana está inconsciente y le sangra la cabeza. Julia se apresura a atarle las manos con el cordón que usa para hacer el pollo relleno. Esta Julia no tiene precio.

—Dame el móvil, voy a llamar a la Guardia Civil. ¡Esto es un no parar por Dios! —Yo soy incapaz de reaccionar, suerte del temple de Julia.

Me siento en la silla porque las piernas ya no me sostienen y empiezo a llorar desconsolada. En ese momento entran Paco y Salva, que se quedan horrorizados al ver la escena.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo? —Salva me mira para ver si estoy herida.

—¿Hija estás herida? —Pobre Paco.

—No, no tranquilos estoy bien, es solo el susto. Julia ha llegado a tiempo y le ha dado un sar... sartenazo, ji, ji, ji y la ha atado con... con el cordón de... ji, ji, ji. —Y empiezo a reírme como una loca. No puedo parar; la histeria se ha apoderado de mí.

—Solo tú puedes reírte en un momento como este catalana.

—A ver... ¿Alguien me puede decir quién es esta mujer? —Pobre Paco.

—Papá, se llama Triana, es... bueno, yo... —pobre Salva no sabe qué decirle.

—Vale, lo pillo. Esta es la famosa Triana de la calle Triana, vale, no pasa nada, hijo. ¿Por qué está aquí?

—Pues por lo visto, está enamorada de Salva y ha dicho que yo se lo he quitado. También ha dicho que... Tomás le prometió que me quitaría de su camino para que ella pudiera estar con Salva. Ella le dio el somnífero.

—¡Madre mía! Pero ¿¡qué ganaba Tomás con todo esto!?! —A ver como se lo explico, espero que me funcione el filtro.

—A ver, Paco. Hicieron un trato, ella accedía a... bueno a dejarse hacer todo lo que él quisiera, y él le dejaba el camino libre para que pudiera conquistar a Salva.

—¡Joder! Esto es una telenovela, vaya par de locos. ¡Triana despierta so

asquerosa! —Salva la zarandea con fuerza.

—Salva, mi amor, quédate conmigo. He venido a buscarte —le dice ella.

—¡Estás loca de remate! Quiero a Eva, te lo dije. Has sido una inconsciente al aliarte con Tomás. Vas a pagar por esto.

—Ya está aquí la Guardia Civil... otra vez—nos anuncia Julia.

—Julia, muchas gracias. —Paco la abraza con cariño.

—Julia, si no llega a ser por ti... —Salva también la abraza.

—Ella también salvó a mi hija y a mí. Somos una familia y la familia se ayuda y se protege.

—¡Eres la caña, Julia! —Nos abrazamos las dos, que bien se sienten los abrazos... y de ahora en adelante tendré todos los que quiera.

La Guardia Civil se lleva a Triana detenida. Bueno, ahora sí, ahora ya no quedan cabos sueltos.

Estoy teniendo un sueño precioso, estoy sobre nubes, en el aire, me siento ingrávida, tranquila y feliz. Noto unos labios sobre los míos, unas manos amables que me acarician, siento tanto amor en esos labios y en esas manos. Soy tan afortunada.

—Despierta, catalana, tengo algo que decirte. —Me susurra Salva.

—Si sigues así, no voy a abrir los ojos nunca.

—Pues te necesito despierta. Han llegado los papeles del divorcio.

—¡¡¿Quééé?! Menos mal. ¡Qué bien Salva! —Fuimos a ver a Elena a su nueva residencia. Se puso feliz de vernos juntos y le explicamos que nos queríamos casar. Ella y sus padres iniciaron todos los trámites y ya es una realidad: ¡nos podemos casar!

—Sí, catalana, ahora ya no te me vas a escapar y tengo algo para ti. —Y me da una cajita. Al abrirla veo el anillo más bonito y más perfecto que me podía imaginar.

—¡Es precioso, Salva!

—Catalana, ¿quieres casarte conmigo?

—Síiiii, sí, *señorito*, me quiero casar contigo.

Por fin todo está en su lugar y nos toca ser felices, el secreto se descubrió y se cerró para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Este sueño no habría sido posible sin la confianza que depositó en mí la editorial Selecta y gracias a Lola Gude, mi editora, por su paciencia y por estar siempre disponible para mí.

Mil gracias a mis hijos por convencerme y darme el empujón que necesitaba para atreverme a escribir. ¡*Us estimo!!* (a los tres...)

Gracias a mi amiga Mar, por ser crítica y sincera conmigo, en todos los sentidos.

Gracias a Pedro y a Martina, dueños del Castell de Riudabella, por el apoyo y por abrirme las puertas de su casa y de su familia.

Y gracias a ti, Jose, por ser mi compañero, mi amigo, por la historia de amor que vivimos cada día desde hace veinticinco años, por leer mis libros y emocionarte sin vergüenza a demostrarlo y por ilusionarte tanto o más que yo con este proyecto.

Y, por último, gracias a ti por leer *Voy a volverte loco*; lo escribí para ti.

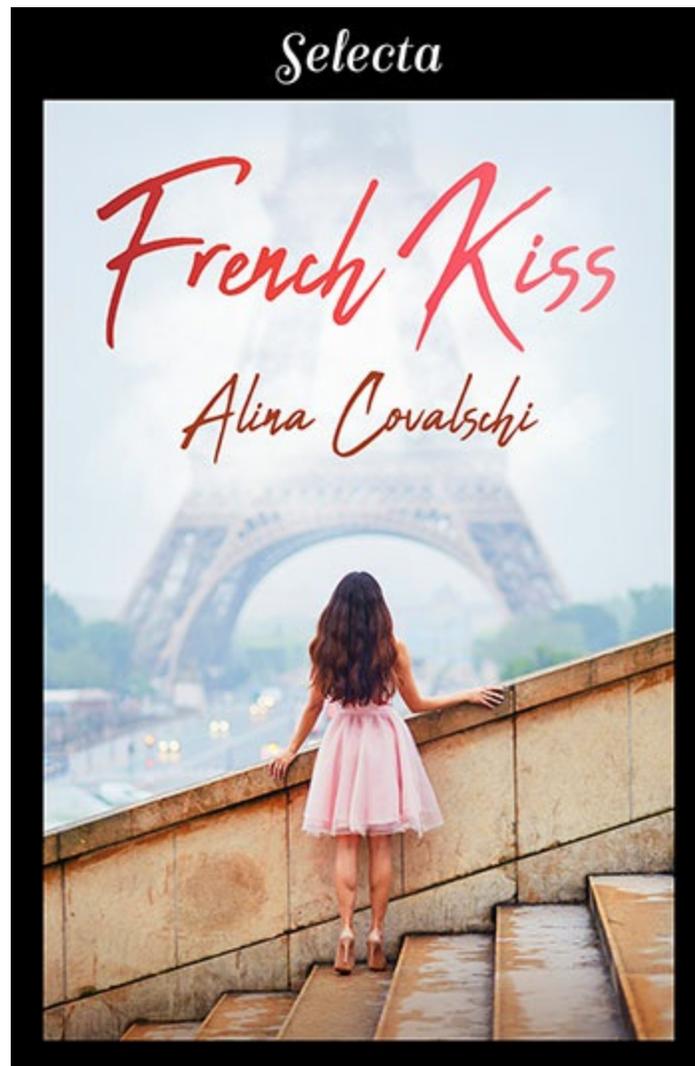
Si te ha gustado

Voy a volverte loco

te recomendamos comenzar a leer

French Kiss

de *Alina Covalschi*



Introducción

Amelia

Cerré los ojos con nervio. Mi corazón se sintió repentinamente fracturado cuando los vi juntos. Me negué a creerlo, pensé que mi hermano solo quería separarme de él, sin embargo, me había equivocado. Él tenía razón cuando me decía que Iván no era de fiar y que lo había visto docenas de veces flirteando con otras chicas.

—Me encanta cómo besas —dijo mi novio y la agarró por la cintura—. Amelia no sabe besar, solo mueve los labios sin sentido. Sus besos son fríos y no siento nada.

—Es una inexperta —contestó mi mejor amiga—. Eres el primero que la besó hasta ahora.

—Vamos a tu casa —susurró en su cuello—. No quiero que nos vea juntos.

—Tranquilo, hoy está en su club de lectura. —Se echó a reír.

—No entiendo cómo sois amigas. Tenéis gustos diferentes.

—Pero... —Ella tocó sus labios—. Parece que nos gusta el mismo chico. — Se apretó contra él.

Enderecé mi cuerpo y me escondí tras la pared, tratando de respirar. Quería gritarles, quería decirles que se equivocaban, pero no lo hice. La cabeza me daba vueltas y me temblaban las piernas. Dejé escapar un sonido, entre un suspiro y un lamento, antes de salir corriendo. Ese brutal encuentro, entre mi novio y mi mejor amiga, cambió el rumbo de mi vida.

Capítulo 1

Amelia

Mi hermano sacó la pasta fresca del agua hirviendo y comenzó a lanzarla a través del pollo frito. Añadió un poco más de aceite de oliva y limón. Mientras el aroma llenaba el aire, puse un mantel blanco encima de la mesa y me senté.

Era un sábado soleado y había decidido quedarme en la casa en vez de salir con mis amigas Hannah y Sarah. Ellas no sabían que Iván me engañaba con Chelsea. Me sentía desolada y triste, y no quería preocuparles.

Ellas eran las únicas personas que no me habían fallado. La vida las había colocado en mi camino y estuvieron a mi lado en cada momento. Con ellas compartí miles de instantes buenos y alegres, risas y lágrimas, horas interminables conversando hasta quedarnos dormidas.

La amistad que había tenido con Chelsea fue diferente. Cuando ella y su familia se mudaron a mi barrio hace cinco años, era una chica tímida y retraída. Nadie quería hablar con ella y la ignoraban constantemente.

Un día la invité al club de lectura que tenía lugar cada viernes después de clases. Me gustaba la literatura y los libros me fascinaban.

Hannah y Sarah eran las cofundadoras del club. Fueron las que tuvieron la idea y se lo propusieron a nuestro director. No obstante, cuando vieron a Chelsea, protestaron. Solo se podía inscribirse a través de una petición y una breve carta de presentación, nombrando los últimos libros que habías leído.

Después de la primera clase, hablé con ellas y decidieron aceptarla.

*—Sabes que hay una lista larga de espera, no podemos aceptarla —
comentó Hannah.*

—Lo sé, pero esta chica es nueva y necesita integrarse, hacerse amigos. ¿No ves que nadie quiere hablar con ella? —susurré.

—Amelia tiene razón. Deberíamos darle una oportunidad. Parece buena chica, y además dijo que leyó bastantes libros estos meses —dijo Sarah con entusiasmo—. Necesitamos nuevas opiniones en los debates.

Los meses pasaron y Chelsea se convirtió en mi mejor amiga. El club de lectura la ayudó a integrarse y hacer nuevos amigos.

Sin embargo, siempre me llamó la atención que, a pesar de ser bastante guapa, no tenía buena suerte con las relaciones sentimentales. Duraban poco o algunas no llegaban a concretarse.

Cosa contraria a mí. Iván se mostraba cariñoso conmigo y tenía todo lo que un chico de su edad debía poseer para ser un buen novio. Todo hasta que se lo presenté a Chelsea. Al principio pensé que ella era celosa, porque me pedía que la llevara conmigo a las citas. No vi que estaba prendada por él y que le hacía ojitos. No vi que él la miraba con deseo y que prestaba atención solo a lo que ella decía. Hasta que los vi besándose a escondidas.

Fue entonces cuando mi mundo se derrumbó y me costó afrontar lo sucedido. Descubrí que no todo aquello en lo que creía era tal y como había pensado.

Súbitamente, no sabía cómo sentirme. Todos los días me preguntaba si podría volver a confiar en alguien y en mi criterio. Estuve sumida en una relación en la que creí cosas inciertas, pero lo que sí existía y sentía como verdadero fue aquello vivido por mí. Y fue auténtico en mi mundo porque lo palpé de algún modo.

—Amelia... ¿Estás bien? —Mi hermano empujó el tenedor y me miró con atención—. ¿Pasó algo? Puedes contármelo.

Finalmente, levanté la vista de mi plato.

—Estoy bien —suspiré dolorosamente—. Solo un poco cansada, nada más.

—La semana que viene es la fiesta de tu graduación y no he visto a Iván por aquí.

—No quiero ir, bueno, no lo sé.

Desvié la mirada, me costaba hablar y mantener mi tono sin romper a llorar. Sentía tristeza por haber sentido, por haber creído y por haber confiado en Iván. Atesoraba rabia y resentimiento contra él por aquello que no existió en su corazón. Todo aquello me llevaba a una sola pregunta: «¿Y ahora qué?».

—Como quieras, yo no puedo obligarte. Pero no quiero que te arrepientas de no haber ido.

El timbre de la puerta sonó y él dejó de hablar. Suspiré con alivio y me puse de pie.

—Seguro que son mis amigas. —Empujé la silla y salí de la cocina.

Caminé hasta la puerta y la abrí sin mirar por la mirilla. Me quedé helada cuando me encontré frente a Iván.

—Hola, preciosa. —Esbozó una sonrisa y se apoyó en el marco de la puerta —. No me contestaste a los mensajes.

—No tuve tiempo, lo siento.

Me resultaba doloroso verlo de nuevo. Respiré de manera profunda, una cantidad inmensurable de pensamientos y emociones se agolpaban en mi mente de forma contundente, ampliando mi rabia. Fueron incontables las veces que me insté a mantener la mente en blanco y que meforcé a prestarle atención a las conversaciones que tenía con mi hermano diariamente para olvidarlo. En este momento estaba frente a mí como si nada hubiera pasado, apareció justo cuando había comenzado a tener un poco de paz.

Iván era un chico guapo y carismático. Se le daban muy bien las palabras, y siempre me había tratado bien. Su problema eran las mentiras y el engaño.

Mientras lo miraba, me preguntaba si continuaba respirando. Todo sucedía a cámara lenta y no me encontraba bajo control.

Su cabello estaba totalmente revuelto, pero en vez de verse horrible, se veía adorable y lo odiaba.

—Quería asegurarme de que vas a ir al baile conmigo. —Estiró una mano y acarició mi mejilla.

Tragué duro y apreté los puños. Mi corazón latía en el pecho, desesperado, y

no sabía por cuál de tantas razones era; si por verlo, por la rabia que sentía por haberme engañado con mi mejor amiga o por sentirme tan indefensa delante de él.

Una sensación de temblor invadió mi cuerpo. Se congregaron tantos sentimientos en mi mente que me había quedado sin saber qué decir o hacer.

—¿No me invitas dentro? —susurró.

—No sé si voy a ir al baile —dije tajante—. Te llamaré.

Me aparté y le cerré la puerta en las narices. Me quedaba muy poco para romper a llorar y no quería que él me viera así. Planeaba plantarle cara, pero necesitaba encontrarme mejor y con fuerzas para hacerlo.

—¿Qué ha sido eso? —Harry me miraba con los brazos cruzados—. ¿Por fin rompiste con él?

—No, bueno... no quiero hablar.

Pasé por su lado y subí las escaleras corriendo.

—¡Es un idiota! —chilló mi hermano—. Pronto te vas a dar cuenta.

Cerré la puerta de mi habitación y me tiré en la cama. Miré fijamente el techo mientras la soledad de la habitación me embargaba. Un sollozo escapó de mis labios y mis sentimientos se apagaron. Imágenes de ellos dos burlándose de mí pasaban en mi cabeza como una grabación, y los temblores de mi cuerpo aumentaron.

Iván había sido mi novio durante un año y nunca había dudado de él. Fue el primer chico que se había fijado en mí; me había ilusionado muchísimo. Cuando murieron mis padres, rechacé a casi todos los que querían conocerme. Estaba rota, destrozada y pensaba que no merecía ser feliz.

Sin embargo, Iván rompió todas esas barreras que había levantado y me ganó el corazón. Fue hermoso mientras duró.

Nuestra historia de amor llegó a su fin y él tenía que saberlo cuanto antes.

Un cambio de residencia puede modificar la vida para siempre.

En el nuevo trabajo Eva va a vivir situaciones incómodas... pero también excitantes, apasionadas e inolvidables con su nuevo jefe.



La vida de Eva no ha estado exenta de obstáculos y soledad, y ahora, para rematar, la han despedido. Sola en el mundo y sin posibilidad de salir adelante sin trabajo, está desesperada. Ante ella se muestra un futuro incierto. Eva ha tocado fondo. Sin embargo, la vida te da sorpresas...

Y a ella la sorpresa le llega a través de una llamada en la que le ofrecen un trabajo como enfermera personal, pero no en Barcelona donde ella reside, sino en Sevilla. Aunque la primera toma de contacto con su nuevo jefe no es para nada halagüeña.

Las circunstancias han hecho de Salva un hombre hosco, malhumorado e irascible, que hace lo que quiere y como quiere. Su mundo se reduce a Los Chopos —su amado cortijo—, sus caballos y sus secretos inconfesables.

Salva no está preparado para el torbellino que está a punto de perturbar su existencia. Su vida tranquila y organizada, que hasta ahora tiene bajo control, va a cambiar con la llegada de la enfermera, ¡y ni se imagina de qué manera!

Los secretos, la culpabilidad, la traición, el rencor, el odio, el miedo y un cúmulo de sinsabores escondidos desde hace tiempo han transformado a Salva, pero el amor, la ternura, las risas y las ganas de salir adelante de Eva alejarán la oscuridad que se cierne, desde hace años, sobre Los Chopos.

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Pilar Piñero

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-05-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Voy a volverte loco

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13. Salva

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16. Salva

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20. Salva

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23. Salva

Capítulo 24

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Pilar Piñero

Créditos